

SUMARIO

BOLETÍN OFICIAL DEL OBISPADO DE ZAMORA



ISSN 1139 3726

Dep. Leg.

ZA 41 - 1958

Ediciones

Monte Casino

(Benedictinas)

Ctra. Fuentesauco

Km. 2

ZAMORA, 2013

Elección de S.S. Francisco a la Sede de San Pedro

I. DOCUMENTACIÓN E INFORMACIÓN DIOCESANA

Sr. Obispo

Carta a S. S. Francisco con motivo de su elección	121
Contestación de la Secretaría de Estado del Vaticano por la felicitación a S.S. Francisco.	122
Carta invitando a la Eucaristía de acción de gracias por la elección del Papa Francisco....	123
Palabras del Sr. Obispo en el pregón de la Semana Santa de Zamora	123
Colaboración en la Revista “IV Estación”	125
Cartas para la Hoja Diocesana “Iglesia en Zamora”:	
- Nº 161 – Domingo, 3 de marzo.....	128
- Nº 162 – Domingo, 17 de marzo.....	129
- Nº 163 – Domingo, 31 de marzo	131
- Nº 164 – Domingo, 14 de abril.....	132
- Nº 165 – Domingo, 28 de abril.....	134

Secretaría General

Defunciones: D. José-María Joaquín Rodríguez, D. Avelino Regueras Hernández y Sor M. Luisa-Antonia Mezquita Vara	135
Reseña de la Sesión ordinaria del Consejo Presbiteral, celebrada el 7 de marzo de 2013	136

Información Diocesana

Zamora celebra con múltiples actividades el Día del Seminario	137
Obispo de Zamora: “ahora ya no existe el cardenal Bergoglio; existe el Papa Francisco” ..	139
La Catedral restaura un Crucifijo de Luis Salvador Carmona	140

Obispo de Zamora: “Que los gestos del Papa nos lleven a la conversión, no sólo a la admiración”	142
El arciprestazgo de Toro-La Guareña convoca la Semana de la Fe	144
La Semana de la Familia cumple 20 años en Zamora.....	145
Adoradores nocturnos de toda España harán una ofrenda a su fundador en Zamora.....	146
Cinco piezas de Zamora y de la parroquia de Flores se expondrán en “Credo” (Las Edades del Hombre) en Arévalo.....	147
El obispo comienza la visita pastoral al arciprestazgo de El Pan	150
Ecónoma de la Diócesis de Zamora: “hay transparencia en las cuentas y en la gestión”.....	152
El obispo inauguró la visita pastoral a El Pan bajo la mirada de la Virgen del Templo.....	154
Más de 41.000 declaraciones de la Renta de 2011 en Zamora pusieron la X para la Iglesia.....	156
Diez zamoranos participarán en la Jornada Mundial de las Cofradías en Roma	156

II. DOCUMENTACIÓN E INFORMACIÓN GENERAL

Santa Sede

S. S. Francisco

Anuncio de la elección del nuevo Papa Francisco	158
Bendición Urbi et Orbi (Primer saludo tras la elección).....	159
Biografía oficial de Jorge Mario Bergoglio, S.J., hasta su elección como Papa	160
Homilía en la Eucaristía con los cardenales	162
Discurso en la audiencia a todos los cardenales	163
Discurso en el encuentro con los representantes de los Medios de Comunicación	166
Homilía en la Santa Misa, Imposición del Pallio y Entrega del Anillo del Pescador en el solemne inicio del ministerio petrino del Obispo de Roma.....	169

Discurso en el encuentro con los representantes de las Iglesias y Comunidades eclesiales, y de las diversas religiones	172
Discurso en la Audiencia al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede	174
Mensaje urbi et orbi en la Pascua 2013	177

Benedicto XVI

Mensaje para la L Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones	179
---	-----

Decano Colegio Cardenalicio

Homilía en la Misa “Pro eligendo Pontifice” del Cardenal Angelo Sodano	183
--	-----

Conferencia Episcopal Española

Asamblea Plenaria

Mensaje con motivo de la Beatificación de mártires del S.XX en España, en el Año de la fe; en Tarragona, el 13 de octubre de 2013	188
---	-----

Comisión Episcopal de Seminarios y Universidades

Reflexión Teológico-Pastoral con motivo del Día del Semanario	193
---	-----

Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis

Nota sobre la formación religiosa y moral de la escuela	209
---	-----

Subcomisión Episcopal para la Familia y la Vida

Mensaje con ocasión del Día de la Vida	211
--	-----

Oficina de Información

La Beatificación de mártires del S.XX en España, en el Año de la Fe, tendrá lugar el domingo 13 de octubre	214
Aumenta un 2,3% el número de seminaristas	215
Presentación del documento “Vocaciones sacerdotales para el siglo XXI”	216
Dos de cada tres alumnos eligen religión católica	220
El Comité Ejecutivo de la Conferencia Episcopal Española envía una carta de felicitación al Papa Francisco	221

Nota de prensa final de la CI Asamblea Plena-
ria de la Conferencia Episcopal Espa-
ñola.....

223



S.S. FRANCISCO

El día 13 de marzo de 2013 fue elegido Sumo Pontífice el Eminentísimo Sr. Cardenal Jorge Mario Bergoglio, S.J., quien asumió el nombre de Francisco.

Con la Iglesia, pedimos a Dios para él: “confirme en la fe a todos los hermanos, y que toda la Iglesia se mantenga en comunión con él por el vínculo de la unidad, del amor y de la paz”.

I. DOCUMENTACIÓN E INFORMACIÓN DIOCESANA

Sr. Obispo

CARTA DEL SR. OBISPO A S.S. FRANCISCO CON MOTIVO DE SU ELECCIÓN

Zamora, 14 de marzo de 2013

A Su Santidad el Papa Francisco
CIUDAD DEL VATICANO

Beatísimo Padre:

Con gran alegría y colmado anhelo hemos recibido la noticia de la reciente elección en su persona del nuevo Obispo de Roma y Pastor Universal de la Santa Iglesia Católica, por lo que me apresuro para expresarle a Su Santidad, en mi nombre y de toda esta Iglesia Diocesana de Zamora en España, nuestra más cordial felicitación.

Por la presente le hacemos llegar a Su Santidad la adhesión filial y la obediencia fiel de cuantos integramos esta comunidad eclesial diocesana: el Obispo, los sacerdotes, los consagrados y los laicos. Toda esta Iglesia reconoce en su persona al Pastor que el Señor Jesucristo le concede para que la presida por las sendas luminosas del Evangelio.

Agradecemos abundantemente a Dios que haya derramado generosamente su gracia sobre su Iglesia otorgándole un nuevo Papa en su venerada persona, al tiempo que proseguimos dirigiendo nuestra plegaria a Dios para que acompañe, fortalezca, ilumine y sostenga continuamente a Su Santidad en la nueva y alta misión que le confía.

Esta Iglesia Diocesana, comprometida y gozosa de su pertenencia a la comunión católica, lo acoge, lo escucha y lo sigue, a Su Santidad, nuestro ya muy amado Papa Francisco, ya que reconoce que en su persona se nos ha dado un nuevo Vicario de Cristo y Sumo Pontífice que nos confirmará para mantenernos asidos a la fe en Cristo.

Cuente desde ahora, Santidad, con el aprecio, el apoyo, el respeto y la plegaria constantes de esta Iglesia que camina en Zamora, la cual ya siente y agradece el ministerio paternal y solícito del nuevo Sucesor de Pedro, encabezando a toda la Iglesia y guiando a toda la humanidad.

Además como expresión de nuestro gozo por el nuevo Pastor y testimonio visible de nuestra comunión incondicional con Su Santidad, esta Iglesia Diocesana dará las gracias y suplicará fervientemente a Dios por el Papa Francisco con una Eucaristía que Obispo y fieles celebraremos próximamente en nuestra Catedral.

Suplicándole su bendición para esta Iglesia, le saluda filialmente en Cristo.

† Gregorio Martínez Sacristán
Obispo de Zamora

CONTESTACIÓN DE LA SECRETARÍA DE ESTADO DEL VATICANO POR LA FELICITACIÓN A S. S. FRANCISCO

Vaticano, 27 de marzo de 2013

N. 10

Señor Obispo:

Con ocasión de la elección del Santo Padre Francisco a la Sede de San Pedro, en nombre también de esa Comunidad diocesana, ha tenido la amabilidad de hacerle llegar un atento mensaje de felicitación.

El Papa agradece esta muestra de cordial cercanía y suplica que recen por él y por los frutos de su servicio a la Iglesia, al mismo tiempo que imparte con particular afecto a Vuestra Excelencia, y a cuantos se han unido a esta delicada atención, la Bendición Apostólica.

Aprovecho gustoso la oportunidad para manifestarle, Señor Obispo, los sentimientos de mi consideración y estima en Cristo.

† Cardenal Tarcisio Bertone
Secretario de Estado de Su Santidad

Mons. Gregorio MARTÍNEZ SACRISTÁN
Obispo de Zamora
ZAMORA

CARTA DEL SR. OBISPO INVITANDO A LA EUCHARISTÍA DE ACCIÓN DE GRACIAS POR LA ELECCIÓN DEL PAPA FRANCISCO

Zamora, 14 de marzo de 2013

A todos los fieles de la Diócesis

Muy apreciados hermanos en el Señor Jesucristo:

Recibíamos ayer con júbilo la noticia de la elección de un nuevo Papa, Francisco; al que deseamos un Pontificado fecundo para la vida de la Iglesia en su misión de hacer presente el Reino de Dios entre los hombres.

Nos unimos, desde la alegría compartida por el acontecimiento, en acción de gracias a Dios, y mostramos nuestra adhesión filial al Santo Padre. Pedimos a Dios que el nuevo Papa sea un pastor que nos lleve al conocimiento de Cristo y haga de la Iglesia un lugar de comunión para todos los hombres, desde el seguimiento de Jesucristo.

En acción de gracias por el nuevo Papa celebraremos una solemne eucaristía en la S.I. Catedral, el próximo día 21 de marzo, jueves, a las 20:00 h.

Os convoco a todos para que pidamos por el Santo Padre y, en nuestra oración común, le mostremos nuestra comunión afectiva y efectiva. Allí os espero.

Con mi afecto y bendición,

† Gregorio Martínez Sacristán
Obispo de Zamora

PALABRAS DEL SR. OBISPO DE ZAMORA EN EL PREGÓN DE LA SEMANA SANTA DE ZAMORA

Zamora, 24 de marzo de 2013

Muy estimadas autoridades.

Sr. Presidente y Consejo Rector de la Junta Pro-Semana Santa de Zamora.

Presidentes, Directivas y miembros de las Cofradías y Hermandades.
Señoras y señores.

Nos encontramos celebrando hoy, como ya lo estábamos anhelando, el Domingo de Ramos, con el cual se inicia la celebración anual de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor Jesucristo. Una vez desarrollada la Procesión de Palmas con la Eucaristía, llegamos a la escucha del Pregón de la Semana Santa de nuestra ciudad.

Quiero sinceramente agradecerle D. José-Luis Alonso Ponga la proclamación ante nosotros de su Pregón de nuestra Semana Santa, así como deseo felicitar al Barandales de Honor de este año: D. Robustiano Lorenzo Sevillano, por esta distinción que reconoce su dilatada aportación a favor de la Semana Santa de Zamora.

Además me corresponde ahora, como Obispo de esta Iglesia Diocesana de Zamora, dirigirles unas palabras para resaltar lo más significativo de lo que queremos celebrar con estos días tan llenos de acciones, imágenes y mensajes religiosos.

Debemos tener en cuenta, en primer lugar, que la presente Semana Santa se desarrolla en el Año de la Fe que toda la Iglesia Católica está celebrando. Por lo cual la fe católica ha de constituir su clave y finalidad esenciales, ya que ha sido la fe en Cristo la que ha originado, modelado y dado continuidad a nuestra Semana Santa. Por lo cual debemos reconocer y mostrar que la Semana Santa es una celebración religiosa, es la confesión y expresión públicas del hecho que la funda y sustenta: la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo.

Reconocemos la importancia de las Cofradías y Hermandades en nuestra Semana Santa, lo cual nos lleva a recordar su identidad como asociaciones públicas de fieles cristianos para el ejercicio y la promoción del culto público a Cristo Crucificado y Resucitado o a Santa María Virgen de cuantos las integran. Así como conviene que señalemos que las Cofradías y Hermandades están llamadas a avanzar en la fluida comunicación y en la creciente hermandad entre todas ellas, ya que viviendo en cordial armonía están sirviendo a la única y digna celebración de la Pasión de Cristo.

Constituye una satisfacción comprobar cómo la Semana Santa es vivida con intensidad por el pueblo de Zamora, de modo que la fe en Cristo se ha injertado y modelado el sentir de las gentes sencillas. Por ello tenemos la gran responsabilidad de cuidar la fe cristiana de este pueblo expresada en su vivencia de estos días santos. De ahí que hemos de respetar a este pueblo que observa, admira, calla, adora, aguarda y ora con piedad ante las benditas imágenes que mostramos y portamos en procesión.

Además debemos destacar que nos corresponde salvaguardar la singular belleza de nuestra Semana Santa, ya que su austera expresividad ha

cautivado el interés más allá de nuestras tierras, por lo cual debemos procurar que cuantos acuden a contemplar nuestra Pasión puedan llegar a percibir el contenido genuino de lo que celebramos.

Por último aprovecho esta oportunidad para alentarles, a cuantos me escuchan, a vivir con intensidad nuestra Semana Santa, a que la celebren con fe viva, que cuiden la identidad religiosa de nuestras admiradas procesiones, y que esta celebración tan apreciada nos motive, a todos nosotros, a asemejarnos más a su centro: Jesucristo.

Muchas gracias.

† Gregorio Martínez Sacristán
Obispo de Zamora

COLABORACIÓN DEL SR. OBISPO DE ZAMORA EN LA REVISTA “IV ESTACIÓN”

Con motivo del Cincuenta Aniversario de la Apertura del Concilio Euménico Vaticano II, en Octubre de 1.962, en cuanto hecho más relevante del siglo XX de la Iglesia Católica, el Papa Benedicto XVI ha convocado un “Año de la Fe” para toda la Iglesia. El cual se desarrolla desde el 11 de Octubre del pasado año hasta el 24 de Noviembre del presente, por esto la Semana Santa de este año está integrada en el Año de la Fe, lo cual implica que la fe sobresalga más en esta gran celebración cristiana.

Para explicar los acentos y los contenidos del Año de la Fe el Papa publicó la Carta Apostólica “Porta Fidei”, en la cual señala que las dos finalidades que han de procurarse con este Año de la Fe son: “redescubrir la alegría de creer y el entusiasmo de comunicar la fe”. Por eso, también en la Semana Santa se han de resaltar estas dos perspectivas de la vida cristiana, de tal modo que suponga un reforzamiento de la experiencia creyente y un impulso para la transmisión de la fe en la sociedad presente.

Además este Año de la Fe coincide también con el Vigésimo Aniversario de la publicación del “Catecismo de la Iglesia Católica”, texto fundamental y sistemático para el conocimiento y enseñanza de la fe de la Iglesia. En este Catecismo se expone el contenido de la fe cristiana en cuatro apartados correlacionados entre sí: la fe profesada, celebrada, vivida y rezada. Esto conlleva que se han de manifestar conjuntamente estas cuatro dimensiones de la vida creyente para que la experiencia de la fe despliegue su plena realización por parte de cada cristiano. Por lo cual la fe creída, celebrada, vivida y orada ha de estar presente en la celebración

cristiana más relevante: la memoria anual de la Pascua de Jesucristo. Es decir, en la Semana Santa han de desarrollarse expresa y coordinadamente estas cuatro perspectivas para que aquella muestre todo su significado.

Inmersos en este Año de la Fe nos corresponde recordar que la Semana Santa constituye esencialmente una realidad de fe, ya que es la celebración de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús desarrollada por los creyentes en Él: los cristianos. Son los fieles en Cristo quienes han originado y transmitido esta memoria celebrativa de lo que es el centro de su fe: el Misterio Pascual de Jesucristo. Por lo cual la fe es la base y el objetivo irrenunciables en cualquier actividad y agrupación vinculadas a la Semana Santa. Así lo que se pretende realizar con esta celebración eclesial es consolidar y renovar la experiencia creyente en el Hijo de Dios que padece, muere y resucita por amor a todos los hombres. Como también está orientada a expresar en la esfera pública el hecho generador de la fe cristiana, de tal modo que pueda ser una propuesta ante los demás ciudadanos para ayudarles a descubrir, asumir y agregarse a la vida cristiana.

Deteniéndonos en las dimensiones de la fe, destacamos, en primer término, la fe creída, la cual integra la adhesión personal a Dios y la aceptación de la verdad que Él nos ha desvelado sobre sí en Cristo. Esta fe creída encuentra su expresión en la vivencia de la Semana Santa como sustrato esencial desde el cual cada cristiano asume el significado de esta celebración. Por eso una fe consciente y cultivada es la base para que sean vividos con autenticidad estos días tan cargados de contenido cristiano. Esto ha de reflejarse de modo relevante en cuantos han decidido vivir más comprometidamente la Pasión de Jesús: los miembros de las diversas cofradías y hermandades. Así, en cada uno de ellos ha de ser la fe la que les debe motivar a esa experiencia cristiana como cofrade. Esta fe creída les llevará a que su celebración de la Semana Santa les impulse a fortalecer su confianza y su entrega al Señor Jesús como el centro y fundamento de su existencia personal. Así como les motivará a acrecentar el conocimiento de la fe, de tal modo que su vivencia creyente no sea un mero sentimiento, sino que esté nutrida con la verdad de la persona de Cristo y su salvación.

Además resulta imprescindible que esta fe creída integre, también, la identidad y la vida de las cofradías y hermandades, en cuanto que son asociaciones de fieles cristianos. Por eso su realidad más genuina es la experiencia compartida de la fe por un grupo de creyentes. Esto supone que sus fines y actividades se orienten necesariamente para el cultivo,

formación, y sostenimiento de la fe de sus integrantes. Así, apoyar y acompañar la vida creyente de sus miembros será el motivo que determine sus acciones.

Otra nota del creer es la fe celebrada, lo cual significa que ésta no se reduce a ideas o conceptos, sino que es presencia de los hechos que se recuerdan. Así, la fe cristiana nos permite revivir y ser beneficiarios en el presente de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo. Por eso no existe experiencia personal de fe si no hay celebración con el conjunto de la Iglesia. Esta dimensión celebrante de la fe se desarrolla principalmente en los Sacramentos, sobre todo, en la Eucaristía. Por eso la Semana Santa es, sobre todo, la celebración eclesial del centro de la fe cristiana, de modo que en las diversas celebraciones de estas jornadas, tan bellas y significativas, realmente Jesús se entrega a la muerte y resucita a la vida gloriosa para bien nuestro.

Nos debemos congratular porque esta fe celebrada se prolonga y se extiende, de un modo más abundante en la Semana Santa, desde las celebraciones litúrgicas a las acciones de piedad popular, entre las cuales destacan las múltiples procesiones que promueven las cofradías y hermandades. Así, cada desfile procesional constituye una expresión de la fe celebrada. Esto conlleva que los cofrades que en ellas participan han de ser conscientes que con su vestir la túnica penitente, con su desfilar piadoso acompañando una imagen sagrada, o con su portar esforzado un paso religioso, están celebrando su fe, ya que están dejando que la Pasión del Señor se haga presente en ellos.

También está la dimensión de la fe vivida, en cuanto que la experiencia creyente implica toda la existencia, por lo cual supone su expresión en la vida de cada cristiano. Así de la fe se deriva un estilo de vida a semejanza del Señor Jesús, que se distinguió por su amor a Dios en fidelidad y a los hombres en compasión. Por eso la Semana Santa reclama la adecuación de la vida de cuantos la celebramos al modo de vivir de Cristo, de modo que vayamos caminando hacia la asimilación y la práctica continuada de sus sentimientos, actitudes y comportamientos. Esta fe vivida es una exigencia para cuantos integran las cofradías y hermandades, de modo que mantengan una coherencia entre lo que celebran y cómo actúan. Como también lo ha de ser para consolidar las relaciones de fraternidad y mutuo apoyo que han de reinar entre las diversas cofradías.

Señalábamos otra característica: la fe orada, ya que la oración es un integrante esencial de la experiencia de todo creyente, de modo que cuando se ora se ejercita y se expresa la relación confiada con Dios. Así, comprobamos que la Semana Santa desarrolla ampliamente esta dimen-

sión orante, ya que está integrada por numerosos momentos y actos de plegaria. En este sentido destacan las múltiples miradas y palabras confiadas y suplicantes que dirigen los cofrades hacia las imágenes sagradas; los cánticos que entonan los Coros de las Cofradías en medio de nuestras calles; y también son oraciones las melodías musicales que acompañan el discurrir de los pasos procesionales. Por todo ello procuremos que en esta Semana Santa la fe en Cristo, que va voluntariamente a la Pasión y participa de la Gloria, nos alcance en toda su realidad.

† Gregorio Martínez Sacristán
Obispo de Zamora

CARTAS PARA LA HOJA DIOCESANA “IGLESIA EN ZAMORA”

Hoja nº 161 - Domingo, 3 de marzo 2013

Muy queridos amigos:

Como bien conocemos hace unos días se hacía efectiva la anunciada renuncia del Papa Benedicto XVI al ministerio petrino como Pastor Universal y Cabeza del Colegio Episcopal, por lo cual en este momento nuestra Iglesia Católica se encuentra en el régimen de “Sede vacante”, hasta la elección de un nuevo Obispo de Roma.

Nos ha sorprendido su meditada y valiente decisión de renunciar libre y voluntariamente al Papado, y la acogemos, como él ha afirmado, buscando el bien de la Iglesia, a cuyo servicio se ha ido entregando como Sacerdote, Teólogo, Obispo y Papa.

Realizando una mirada sintética a su Pontificado, nos corresponde, sobre todo, dar gracias abundantemente a Dios por la persona de su muy fiel servidor, el Papa Benedicto XVI, ya que su ministerio ha sido un gran y fructífero bien para el conjunto de la Iglesia Católica y para toda la Humanidad. Podemos afirmar que Dios, a través de este Papa, tan lleno de humildad, nos ha bendecido generosamente, ya que por su servicio pastoral Jesucristo se ha hecho presente y visible para continuar acompañando, custodiando, guiando y sirviendo a todos los católicos, incluso a todos los hombres.

Mantendremos en nuestro recuerdo a Benedicto XVI, como aquel Papa con una mirada transparente, reflejo de la bondad de Dios; con un rostro afable, expresión del gozo de la fe; con palabra sosegada y luminosa, manifestación de la voz del Señor Jesús que nos quiere llamar; y con los brazos abiertos a todos, signo de ser acogidos en Dios.

Además lo admiraremos como el Papa que desarrolló su ministerio con gran hondura, ejercitándose ejemplarmente en estos tres servicios característicos del ministerio petrino: Maestro en la Verdad; para ello nos ha ofrecido con abundancia, claridad y sencillez un valioso Magisterio del cual debemos seguir alimentándonos los cristianos. En su clarividente enseñanza destacan sus tres Encíclicas sobre realidades nucleares cristianas, y sus Exhortaciones sobre la Eucaristía y la Palabra de Dios.

Sumo Pontífice, ya que ha consagrado su Papado para servir de “puente” o signo de encuentro entre Dios y el hombre, así ha procurado recordarnos continuamente la primacía y soberanía de Dios sobre la vida de los hombres. Lo cual se refleja en su interés por recuperar la belleza y la relevancia de la acción litúrgica, en cuanto ámbito donde Dios sale a nuestro encuentro y nos atrae hacia sí para colmarnos de su vida.

Pastor en la Caridad; para esto ha permanecido solícito promoviendo el crecimiento y renovación de la Iglesia. Además se ha hecho presente para alentar y sostener a los católicos en lugares tan distantes como Alemania, Benín, México, Portugal, Turquía y Australia. Y la Iglesia en España se siente agraciada por sus tres visitas: afianzando la familia cristiana, haciéndose peregrino compostelano, robusteciendo nuestro ser Iglesia, y convocando a vivir la fe con fortaleza a los jóvenes.

Por todo ello, y muchísimo más, le decimos desde esta Iglesia Diocesana: ¡Muchas gracias, querido Papa Benedicto XVI! Te seguimos acompañando con nuestro afecto y reconocimiento, y cuenta siempre con nuestra oración.

† GREGORIO MARTÍNEZ SACRISTÁN
Obispo de Zamora

Hoja nº 162 - Domingo, 17 de marzo 2013

Muy queridos amigos:

Nuestra Iglesia Diocesana celebra este domingo el Día del Seminario, por lo cual todos los cristianos estamos llamados a centrar nuestra

atención en una realidad imprescindible para la vida de la Iglesia: las vocaciones sacerdotales, que, como bien sabemos, siguen siendo escasas en el momento presente. Debemos interesarnos por las vocaciones sacerdotales ya que el ministerio pastoral es fundamental para el desarrollo de la Iglesia, de tal modo que la carencia de sacerdotes, como ya lo estamos viendo entre nosotros, repercute en la vitalidad de las comunidades cristianas.

Podemos considerar resumidamente que los sacerdotes son los creyentes que han sido llamados, consagrados y enviados por la Iglesia al servicio de la fe de todos los otros creyentes, como también para despertar la fe de los no creyentes. Por eso el rasgo fundamental de los sacerdotes es que están sustentados en la fe y viven en bien de la fe.

Así los sacerdotes están enviados, en primer lugar, a anunciar la fe, de tal modo que su misión se centra en testimoniar a Dios y su salvación a los otros cristianos y a todos los hombres. Gracias a su palabra llega el mensaje de Cristo a muchas personas, así como su ministerio ayuda al crecimiento y mayor conocimiento de la fe cristiana.

También los sacerdotes son enviados para la celebración de la fe, por eso gracias a su ministerio la fe se hace actual y vivificante a través de los Sacramentos. Así, por los sacerdotes Cristo se hace presente en su Iglesia, generándola, robusteciéndola, alimentándola, reconciliándola y enviándola a ser signo vivo de su obra salvadora.

Además los sacerdotes están llamados a custodiar la fe y congregar a los fieles, siendo pastores que procuran que los cristianos se mantengan en la fe verdadera y se integren y perseveren en la comunidad creyente: la Iglesia. O sea, el sacerdocio está al servicio para guiar en la experiencia de fe y para promover la unidad entre los fieles.

Celebrar el Día del Seminario nos ayuda a reconocer por la fe que el Señor Jesús quiere continuar otorgando sacerdotes a su Iglesia, de modo que, lo primero que nos corresponde es confiar en que Dios sigue llamando a creyentes para ser sacerdotes. Por ello el punto de partida de la pastoral vocacional es la súplica confiada y continuada.

Además del ejercicio de la plegaria a Dios por el surgimiento de nuevas vocaciones sacerdotales que ya es un acto de fe, nos corresponde incidir más en la propuesta vocacional sacerdotal dirigida a los niños, adolescentes y jóvenes de nuestras comunidades y grupos cristianos. Como la fe es una experiencia personal en la Iglesia, también la invitación a plantearse el sacerdocio ha de ser, sobre todo, un diálogo de persona a persona. O sea, una interpelación que cada cristiano, sobre todo, cada sacerdote, hemos de atrevernos a presentar a otro creyente en quien

descubrimos signos vocacionales. Por ello que este Día del Seminario sea un impulso para que crezcamos en compromiso efectivo en bien de la germinación y acompañamiento de nuevas vocaciones sacerdotales, así como de aprecio, apoyo y cercanía con nuestro Seminario.

† GREGORIO MARTÍNEZ SACRISTÁN
Obispo de Zamora

Hoja nº 163 - Domingo, 31 de marzo 2013

Muy queridos amigos:

Con la alegría de los apóstoles hoy proclamamos: ¡Jesucristo ha resucitado! Ésta es la noticia más decisiva que los creyentes en Jesús seguimos anunciando, celebrando y viviendo, no sólo este día tan festivo, Domingo de Pascua, sino durante todo el Tiempo Pascual, y también a lo largo de todos los días de nuestra vida.

Nos hemos acercado durante las jornadas precedentes a los acontecimientos más densos de la vida de Jesús. En los cuales Él ha percibido el oscuro panorama que se estaba tramando sobre su persona, lo ha asumido conscientemente y ha comprendido su final dramático como una ofrenda personal para rescatar del mal a todos los hombres.

Con fe agradecida hemos visto a Cristo levantado en la cruz, a donde ha sido llevado por la perfidia de los hombres de todos los tiempos con el propósito de querer excluir a Dios de la experiencia humana. Dejando a Jesús allí clavado hemos pensado engreídamente haberlo derrotado, consiguiendo así nuestro engrandecimiento. Pero el Padre Dios no permaneció indiferente ante aquel injusto crucificado, sino que actuó de un modo imprevisto, ya que desde la misma muerte de Jesús lo ha llenado de una vida nueva, definitiva, gloriosa y perdurable: la vida resucitada. Por ello Jesús ya no está bajo el dominio de la muerte, sino que vive en la existencia amorosa de Dios.

Por ello la acción resucitadora de Dios exaltando a Cristo muerto como Señor se convierte en el hecho más significativo de la obra que Dios viene realizando a favor de los hombres desde la Creación. Es decir, constituye la clave desde la que comprender a Dios mismo, así como donde conocer su designio en bien de sus criaturas. Por ello la Resurrección de Jesús es el núcleo de la fe de los cristianos, de modo que desvane-

ciéndose o cuestionándose la verdad de este hecho todo el conjunto del mensaje cristiano queda sin fundamento. Por ello la necesidad de centrar continuamente la experiencia de fe, a nivel personal y comunitario, a partir de la Resurrección de Cristo.

Así la fe en la Resurrección nos desvela el auténtico rostro de Dios, ya que en ella queda manifiesto que Dios es el Padre, fuente de la vida y rescatador de los débiles, debido a que a Jesús lo ha colmado de vida y lo ha levantado de su humillación.

Además creer en la Resurrección conlleva reconocer que Jesús es realmente el Hijo amado del Padre, ya que al rescatarlo de la muerte está corroborando que cuanto anunció y realizó durante su vida terrenal eran la palabra y la acción del mismo Dios. O sea, está otorgando credibilidad definitiva a Jesús y legitimando la fe en su persona.

Gracias a la Resurrección también se descubre la auténtica identidad humana, ya que el Resucitado constituye la máxima realización del hombre, y en Él se nos abre la posibilidad para que cada hombre participe de su filiación divina. Esto supone que, creyendo en Jesús y viviendo como nos enseña, estamos ya haciendo presente el Reino de Dios. Así celebrar la Resurrección nos lleva renovar nuestra adhesión a Cristo, viéndola junto a toda la Iglesia. Por ello con aprecio os digo: ¡Feliz y Santa Pascua!

† GREGORIO MARTÍNEZ SACRISTÁN
Obispo de Zamora

Hoja nº 164 - Domingo, 14 de abril 2013

Muy queridos amigos:

Continuamos viviendo el gozo de este tiempo de Pascua, en el cual acrecentamos nuestra fe en Cristo el Resucitado, que está presente en su Iglesia para alentarla en su misión: anunciar al Dios de la Vida, y en este ambiente pascual el próximo domingo se celebrará la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones.

Para esta jornada se nos propone centrarnos en esta afirmación: *“Las vocaciones, signo de la esperanza fundada sobre la fe”*. Con esta expresión se busca que lleguemos a redescubrir la mutua vinculación entre

la fe y la esperanza en el surgimiento de nuevas vocaciones de especial consagración para el servicio de las comunidades cristianas.

Los cristianos somos hombres de fe y esperanza ya que hemos reconocido al Dios fiel, el cual ha sellado una alianza de amor con todos los hombres a través de la Pascua de Jesucristo. Por eso experimentamos lo reconfortante que es fiarse de Dios en toda circunstancia, ya que Él mantiene su fidelidad a pesar de nuestros abandonos.

Cultivamos nuestra esperanza en la fidelidad de Dios a través de nuestra relación creyente con el Señor Jesús, de modo que la vida cristiana ha de ser un progresivo itinerario de adhesión a Aquel que nos llamado y nos sigue amando por ser fiel. Esto lo experimentamos, sobre todo, a través de una abundante y confiada práctica de la oración, dialogando con Dios. Por ello, en esta relación de intimidad orante con Cristo, es como descubrimos la vocación que Él nos dirige personalmente a cada uno. Así cada cristiano cimentará su vida sobre la fe en el Señor, quien además le robustecerá su esperanza, al saberse guiado y sostenido por Él para que asuma y realice su voluntad.

Gracias a la fidelidad del Señor a su Pueblo podemos estar convencidos que continúa acompañándolo a través de las diversas vocaciones que Él mismo sigue suscitando entre sus discípulos. Ya que Cristo, también en la actualidad, dirige su llamada a algunos de sus fieles para que lo sigan en el ministerio sacerdotal o la vida consagrada. A través de las vocaciones sacerdotales y consagradas, el Señor está reavivando la esperanza en todos los hombres, de tal modo que cada uno de los llamados por Él queda constituido en un signo reconocible que muestra y propone la prioridad de Dios, invitando a que sea tenido por cada uno como el centro de su vida.

Sintamos, así, la relevancia de cultivar la plegaria por las vocaciones de especial consagración, fundados en la confianza de que Dios continúa llamando a algunos de nosotros para ser “signos” que acercan su esperanza a todos nuestros contemporáneos.

Por eso nos corresponde desarrollar ampliamente la oración por las vocaciones, a nivel personal y grupal, en todas nuestras parroquias, comunidades y asociaciones de fieles. En este sentido debemos habituar a los niños y jóvenes de los procesos de formación cristiana a que, realizando asiduamente esta plegaria vocacional, lleguen a plantearse en primera persona cuál es la voluntad de Cristo sobre su vida, y al tiempo ayudarles para que se muestren dispuestos a responderle con decisión y perseverancia.

† GREGORIO MARTÍNEZ SACRISTÁN
Obispo de Zamora

Muy queridos amigos:

Proseguimos aprovechando los bienes que nos aporta la Pascua ya que por ella estamos unidos a Cristo Resucitado, el cual nos hace partícipes de su vida filial, de tal modo que somos adheridos al Padre Dios y somos enviados a compartir la experiencia cristiana con los otros hombres y mujeres que conviven con nosotros.

Reconocemos que la experiencia cristiana, en primer lugar, ha de vivirse en primera persona, como una convicción interior que cada cristiano ha asumido y procura cultivar y mantener. Por esta experiencia se siente vinculado con Cristo, aceptándolo como el eje fundamental desde el cual desarrollar todos los ámbitos de su vida.

A la vez de ser una experiencia personal, también la vida de fe es una vivencia pública, en cuanto que la fe no puede quedar reducida a la esfera de las convicciones íntimas, sino que ha de repercutir en la vida cotidiana, así como ha de ser el criterio que oriente y modele los comportamientos y relaciones de cada cristiano en su vida social.

Por eso la Pascua nos motiva a desvanecer una tendencia que pretende encerrar la vida de fe de los cristianos en su esfera más privada, o en todo caso, dejándola reducida a la expresión comunitaria dentro de las iglesias. Con ello se postula excluir y dificultar la presencia pública de los creyentes desde sus motivaciones cristianas.

Ante este planteamiento nos corresponde señalar que los cristianos nos sabemos enviados por Cristo para que, en medio de las diversas realidades de nuestro mundo, aportemos nuestra singular contribución, a la cual estamos legitimados ya que nuestra fe nos cualifica para integrarnos en medio de la sociedad desde nuestra identidad propia.

Comprendemos esta presencia pública de los cristianos a partir de las imágenes evangélicas de la “luz” y la “sal”, debido a que el Señor Jesús nos ha asociado a su misión iluminadora y sanadora a favor de todas las personas y los diversos pueblos. O sea, nos sentimos enviados ante los hombres para compartirles los valores evangélicos.

Así celebrar la Pascua intensifica nuestra identidad misional por la que todos los creyentes somos destinados por Cristo para irradiar la vida nueva que en Él se nos ofrece. Esto implica que estamos llamados a manifestar y realizar las relaciones interpersonales y los criterios de compromiso social que Jesús enseña en el Evangelio.

Por lo cual los cristianos somos constituidos en testigos del Reino de Dios en medio y para el bien de nuestra sociedad. De tal modo que Cristo nos encomienda anunciar expresamente a los otros el designio de Dios sobre la humanidad como Él personalmente lo hizo. Así como también nos reclama sembrar con nuestras actuaciones los valores que construyen el mundo según el propósito de Dios. O sea, nos corresponde actuar, en nuestros comportamientos personales y en las estructuras sociales, según la justicia, la libertad, la paz y la solidaridad. Para promover esto nos sentiremos identificados con cuantos compartan estos principios. Como también confiamos que en esta amplia misión estamos acompañados por Jesús, Señor de la Vida.

† GREGORIO MARTÍNEZ SACRISTÁN
Obispo de Zamora

Secretaría General

DEFUNCIONES

D. José-María Joaquín Rodríguez

Falleció en Zamora el 25 de marzo de 2013, a los 86 años de edad y 61 de sacerdocio.

Biografía: Nació en Granja de Moreruela, el 21 de marzo de 1927. Fue ordenado presbítero el 22 de septiembre de 1951. Ejerció los siguientes ministerios y servicios: Ecónomo de Alcorcillo y Encargado de Ribas, el 19 de octubre de 1951. Párroco de Bretó, por Concurso General de 1956, el 28 de septiembre de 1957. Párroco de Granja de Moreruela, del 1 de agosto de 1988 hasta el 22 de julio de 1995. Encargado de Santovenia, del 22 de julio de 1995 hasta el 8 de septiembre de 2010. Párroco emérito de Bretó, el 21 de junio de 2012.

d.e.p.

D. Avelino Regueras Hernández

Falleció en Zamora el 1 de abril de 2013, a los 81 años de edad y 57 de sacerdocio.

Biografía: Nació en Riego del Camino, el 27 de agosto de 1931. Fue ordenado presbítero el 24 de septiembre de 1955. Licenciado en Derecho Canónico por la Universidad Pontificia de Salamanca, en 1965. Ejerció los siguientes ministerios y servicios: Ecónomo de Palazuelo de Sayago y Encargado de Formariz, 27 de septiembre de 1955. Encargado de Mámoles (en 3º servicio), el 17 de noviembre de 1955. Párroco de Jambrina, el 29 de septiembre de 1957, por Concurso General de 1956. Cura adscrito a la parroquia de San Juan de Zamora, del 29 de mayo de 1976 al 13 de octubre de 1977, continuando en Jambrina. Encargado de Peleas de Abajo, entre el 7 de julio de 1980 y marzo de 1984. Juez Diocesano el 31 de diciembre de 1986. Párroco emérito de Jambrina, el 1 de febrero de 1993.

d.e.p.

Hna. M. Luisa (Antonia) Mezquita Vara

Falleció en el Monasterio Cisterciense de El Salvador, en Benavente, el 16 de marzo de 2013, a los 83 años de edad y 65 de profesión monástica.

Biografía: Nació el 28 de agosto de 1929. Ingresó en el Monasterio el 10 de enero de 1946. Inició el noviciado el 27 de julio de 1946. Hizo su profesión temporal el 19 de septiembre de 1947 y la solemne el 18 de octubre de 1950.

d.e.p.

RESEÑA DE LA SESIÓN ORDINARIA DEL CONSEJO PRESBITERAL, CELEBRADA EL 7 DE MARZO DE 2013

El día 7 de marzo de 2013 se reunió en la Casa de la Iglesia, por primera vez, el nuevo Consejo Presbiteral de la Diócesis de Zamora, en sesión de constitución del mismo, presidido por el Sr. Obispo, y con la participación de todos los consejeros. Se leyó el Decreto de Constitución del

Consejo, como es preceptivo. El Consejo está formado por el Sr. Obispo y 19 sacerdotes.

D. Gregorio Martínez Sacristán, Obispo y presidente del Consejo, saludó a todos los presentes y les animó a la participación cordial, a la interrelación y comunicación entre los consejeros y de éstos con los sacerdotes o sectores a quienes representan; pidiendo al Señor que nos ayude a todos a discernir el camino a seguir para servir con fidelidad a la Iglesia.

Se eligieron los tres miembros para la Comisión Permanente, según derecho. Fueron elegidos: D. Agustín Montalvo Fernández, D. Eustaquio Martínez Conde y D. Timoteo Marcos Gamazo. Estos formarán dicha Comisión Permanente junto al Sr. Obispo, el Vicario General y el Secretario del Consejo, según disponen los estatutos del Consejo Presbiteral.

A continuación cada consejero fue presentando la lista de posibles temas para el nuevo Objetivo Pastoral Diocesano, como nuestro Obispo había pedido al Consejo.

Concluyó la reunión con la presentación del programa de la Campaña del Día del Seminario, que se celebrará próximamente, haciendo una llamada a todos a vivirla con espíritu.

LUIS-MIGUEL RODRÍGUEZ HERRERO
Secretario del Consejo Presbiteral

Información Diocesana

Por LUIS SANTAMARÍA DEL RÍO
Delegado de Medios de Comunicación Social

ZAMORA CELEBRA CON MÚLTIPLES ACTIVIDADES EL DÍA DEL SEMINARIO

El próximo 17 de marzo la Diócesis de Zamora celebra el Día del Seminario. Los responsables del Seminario San Atilano informaron en rueda de prensa sobre el estado actual de la institución educativa y el programa de actividades para conmemorar su jornada festiva anual.

Zamora, 10/03/13. El equipo directivo y docente del Seminario Menor San Atilano de Zamora presentó el pasado viernes 8 el programa

de actividades para conmemorar el Día del Seminario, que se celebrará el domingo 17 de marzo con el lema “Sé de quién me he fiado, junto con la mayor parte de las Diócesis españolas.

Florentino Pérez, rector del Seminario Menor y Mayor de Zamora, explicó que la característica principal de este centro educativo, privado y gratuito es que “*se ofrece la posibilidad de plantearse la vocación sacerdotal desde el respeto y la libertad personal de cada uno*”. En este sentido, subrayó que la cifra de chicos que contemplan la posibilidad de ser sacerdotes ha subido “*ligeramente*”; pasando de 7 alumnos nuevos en el curso pasado a 20 incorporaciones en el Seminario Menor este año.

Mientras en el Seminario Mayor se han registrado dos nuevos ingresos y por tanto son tres los seminaristas mayores que cursan los estudios teológicos en la Universidad Pontificia de Salamanca, residiendo también allí: “*son datos que nos abren a la esperanza*”.

El rector del Seminario San Atilano explicó que en los dos últimos cursos, “*ante el descenso del número de ordenaciones sacerdotales en los últimos 10 años*”, el centro ha desarrollado una campaña publicitaria para dar a conocer “*nuestra oferta educativa integral*”. La campaña consta de un vídeo, colgado en Youtube y titulado “Yo quiero ir”; de una lona colgada en la fachada principal del edificio; de un folleto explicativo de las características del centro; y de un cartel que se ha repartido por numerosos comercios y parroquias de Zamora.

Por su parte, el director pedagógico, **Juan Carlos López**, recalcó que el seminario es un centro de Educación Secundaria Obligatoria cuyo objetivo es “*alcanzar la excelencia educativa*”, siendo los valores del evangelio los vertebradores del proyecto. La personalización como metodología de trabajo, un equipo docente experimentado y el apoyo del gabinete psicopedagógico son tres pilares fundamentales de este centro educativo. López añadió que el centro educativo ofrece también otros servicios como estudio asistido, comedor, escuela de padres y actividades extraescolares, entre las que destacan el deporte y el teatro.

Programa de actividades

Del lunes 11 al miércoles 13

Campeonatos deportivos

Frontón “San Atilano”, a partir de las 17 horas.

Jueves 14

Vigilia de oración por las vocaciones

Iglesia de San Andrés, 20,30 horas.

Viernes 15

Torneo de Fútbol sala

Frontón “San Atilano”

17,30 h. – 18,30 h. Zamora – San José Obrero

18,30 h. – 19,30 h. Seminario –Zamora

Sábado 16

Concierto de la Orquesta Sinfónica de Zamora

Iglesia de San Andrés, 21 horas.

Domingo 17, Día del Seminario

Eucaristía presidida por el obispo

Iglesia de San Andrés, 12 horas.

Festival de teatro

Salón de actos del Seminario, 17 horas.

OBISPO DE ZAMORA: “AHORA YA NO EXISTE EL CARDENAL BERGOGLIO; EXISTE EL PAPA FRANCISCO”

Primeras declaraciones del obispo de Zamora ante la elección del nuevo Papa, Francisco. Las campanas de la Diócesis han repicado, y la presencia diocesana en las redes sociales de Internet se ha hecho eco de inmediato. El obispo anuncia que se celebrará una Misa de acción de gracias en la Catedral, con la fecha aún sin determinar.

Zamora, 13/03/13. A las 19:06 horas de hoy salió por la chimenea instalada en la Capilla Sixtina del Vaticano la esperada “*fumata bianca*”, indicativa de la elección de un nuevo Papa. Algo más de una hora más tarde, el cardenal protodiácono anunció, desde el balcón de la Basílica de San Pedro, el tradicional “*habemus Papam*”. Ya hay un nuevo sucesor de San Pedro, el cardenal **Jorge Mario Bergoglio**, que ha tomado el nombre de **Francisco**.

El obispo de Zamora, **Gregorio Martínez Sacristán**, ha comentado tras esta elección su “*emoción y agradecimiento a Dios nuestro Señor, porque a través de este hombre se realiza la sucesión de Pedro. Ahora en este momento ya no existe el cardenal Bergoglio; existe el Papa Francisco, el sucesor de Pedro que guía a la Iglesia y a los cristianos por el camino de la fe y de caridad*”.

Además, ha reconocido: “*para mí ha sido un poco sorpresiva la elección de este Papa, pero es el Papa que Dios ha querido en este momento poner al frente de su Iglesia, y ya lo iremos conociendo más detenidamente. Tampoco hay que conocerle mucho más. Es él el que verdaderamente*

nos guiará como cristianos y como pueblo de Dios por el camino de la fe y de la vida”.

Monseñor Martínez Sacristán también afirmó: *“hay que rezar mucho, hay que arroparlo con la compañía del afecto, con la compañía de la oración y con el amor. Porque, como digo, no es el cardenal Bergoglio, es el sucesor de Pedro”.* En cuanto al futuro inmediato en la Diócesis, el prelado señaló que *“tendremos una eucaristía, ahora no sabemos cuándo, en la Catedral, para dar gracias a Dios y unirnos a él en el afecto y en la oración, manteniendo y expresando así la comunión con él”.*

Campanas... y redes sociales

Las iglesias de la Diócesis de Zamora, tanto en la capital como en los pueblos, han repicado para mostrar la alegría de volver a tener obispo de Roma, principio de unidad en la Iglesia católica. Hicieron lo mismo el pasado 28 de febrero, siguiendo las indicaciones que se dieron desde la Delegación Diocesana de Liturgia. Algunos párrocos han señalado que han comenzado a repicar las campanas en el mismo momento de la *“fumata”*, por encontrarse en la iglesia.

Las cuentas de Facebook y Twitter de la Diócesis de Zamora, gestionadas por la Delegación Diocesana de Medios de Comunicación Social, han publicado lo siguiente tras el anuncio del nuevo pontífice: *“Habemus Papam! Jorge Mario Bergoglio. Bendito el que viene en nombre del Señor!”.* La cuenta de Twitter de la S.I. Catedral se adelantaba, al publicar un *“tweet”* a la vez que repicaban sus campanas.

LA CATEDRAL RESTAURA UN CRUCIFIJO DE LUIS SALVADOR CARMONA

El Cabildo Catedral de Zamora ha presentado esta mañana la restauración de un crucifijo realizados en el siglo XVIII por Luis Salvador Carmona, uno de los más destacados escultores del rococó en España.

Zamora, 20/03/13. Esta mañana se ha presentado en la Catedral de Zamora la restauración de un crucifijo del siglo XVIII, realizado por el célebre escultor **Luis Salvador Carmona**. Según ha explicado en una rueda de prensa **José Ángel Rivera de las Heras**, canónigo y director del Museo Catedralicio, la restauración ha costado 2.800 euros, que han sido sufragados por el Cabildo Catedral, con el dinero que se obtiene por las

entradas turísticas al primer templo diocesano. El proceso ha estado a cargo de la restauradora **Patricia Ganado**.

Reproducimos a continuación la explicación detallada de la pieza, a cargo de José Ángel Rivera de las Heras, que es también delegado diocesano para el Patrimonio y la Cultura.

Luis Salvador Carmona (Nava del Rey, Valladolid, 1708-Madrid, 1767) está considerado como uno, si no el mejor, de los grandes maestros de la escultura rococó en España. Activo en el segundo tercio del siglo XVIII, su obra, tanto documentada como atribuida, es abundante y se halla diseminada por gran parte de la geografía nacional: Madrid, Navarra, Guipúzcoa, Cantabria, Sevilla, Toledo, Segovia, Ávila, León, Zamora, Salamanca y Valladolid.

También la Diócesis de Zamora contaba hasta el momento con una obra considerada autógrafa: la Virgen del Rosario, en la iglesia parroquial de la Asunción de Morales del Vino, que preside el retablo de la capilla fundada por **Juan de Luelmo y Pinto** (1706-1784), oriundo de la localidad y obispo de Calahorra y La Calzada, y que fue realizada posiblemente entre 1755 y 1767.

Los crucifijos realizados por Carmona ocupan un lugar destacado en su producción por su elevado número y su correcta y apurada ejecución. Son fácilmente reconocibles, ya que todos ellos participan de unos estilemas que se repiten casi invariablemente. De entre los conservados destacan los del Museo Nacional Colegio de San Gregorio de Valladolid (depósito del Museo del Prado); Azpilcueta (Navarra), y El Real de San Vicente, Torrijos y Los Yébenes, en la provincia de Toledo, con los cuales el zamorano, de gran calidad técnica, muestra un gran parecido desde el punto de vista estilístico y formal, y abundantes semejanzas en cuanto a detalles, por lo cual creemos que se trata de una obra personal.

Es éste un crucifijo de pequeño tamaño, de 35,5 x 27,5 cm. (cruz: 76 x 39,5 cm.), como los pertenecientes a las imágenes de San Francisco de Asís de los conventos franciscanos de Estepa (Sevilla) y Olite (Navarra); el de facistol –el único representado en agonía hasta ahora conocido– conservado en el convento de Capuchinas de Nava del Rey (Valladolid), y el que porta la imagen de San Juan Nepomuceno de la iglesia vallisoleтана de San Miguel y San Julián.

Ignoramos si originalmente fue el atributo de una imagen hagiográfica, o bien un crucifijo “de púlpito” o “de mesa de altar”. Existe documentación gráfica, de mediados del siglo pasado, en la que se encuentra situado sobre el altar de la capilla catedralicia de San Juan Evangelista. Hasta época reciente se hallaba en la sala capitular. Carece del rótulo o

titulus, posiblemente por pérdida. Actualmente se halla izado sobre una peana de factura relativamente moderna.

Cristo está expirado y fijado mediante tres clavos a una cruz arbórea, con los brazos tallados en forma de troncos, como era habitual en la tradición andaluza. El escultor ha puesto todo su empeño en representar la belleza del Salvador a través de un cuerpo anatómicamente correcto, proporcionado, de formas suaves. Está ligeramente arqueado hacia su izquierda. La pierna derecha aparece flexionada en sentido inverso al torso, mientras la izquierda se curva y remete para colocar el pie izquierdo bajo el derecho. Los brazos, por su parte, se extienden sobre la cruz formando un amplio ángulo.

La cabeza muestra unos rasgos minuciosos y delicados, y una expresión serena, dulce, alejada de la tragedia. Está ladeada hacia la derecha e inclinada hacia abajo. Su abundante cabellera, partida a raya, tiene finamente tallados sus mechones, algunos de los cuales caen por delante del hombro derecho y otros, onduladamente, hacia la espalda, dejando despejada la oreja izquierda, detalle que es constante en los crucifijos de Carmona. La barba es corta y cuidada. Los ojos están cerrados y la boca entreabierta. La corona de espinas es de rama espinosa.

El paño de pureza, sujetado con una cuerda, está anudado y arremolinado en la cadera derecha, dejando visible su desnudez y colgante un extremo de la tela, disponiendo el otro en la parte central, por encima de la cuerda. Sus pliegues son minuciosos, aristados y agitados.

A pesar del realismo del modelado anatómico, la policromía no exagera la nota dramática. El cuerpo apenas está salpicado de sangre, ya que sólo lo recorren algunos hilillos por el pecho y la espalda, aparte de la que mana de las llagas de manos, pies y costado, de las erosiones de las rodillas, y de la herida que el maestro sitúa siempre en la cadera izquierda.

OBISPO DE ZAMORA: “QUE LOS GESTOS DEL PAPA NOS LLEVEN A LA CONVERSIÓN, NO SÓLO A LA ADMIRACIÓN”

La Catedral de Zamora acogió en la tarde de ayer la Misa de acción de gracias por la elección de Francisco como nuevo obispo de Roma. El obispo de Zamora destacó en su homilía la importancia de la sucesión apostólica, la llamada a la conversión que suponen los primeros gestos del Papa y la oración por él.

Zamora, 22/03/13. Unos minutos después de las 20 horas de ayer comenzaba en la Catedral de Zamora la Misa de acción de gracias por el nuevo Papa **Francisco**, que llenó el primer templo diocesano para celebrar, presididos por el obispo **Gregorio Martínez Sacristán**, el gozo por el nuevo pastor de la Iglesia universal. Medio centenar de sacerdotes concelebraron en la eucaristía.

La Misa se celebró con ornamentos blancos y con el formulario “por el Papa”, empleando en la Liturgia de la Palabra lecturas relativas al pastoreo de la Iglesia y al papel especial del apóstol Pedro en el pueblo de Dios. El obispo comenzó su homilía dando las gracias a los presentes *“por responder a la invitación del obispo para celebrar esta eucaristía de acción de gracias por la elección de Francisco como sucesor de San Pedro”*.

“Hemos vivido todos estos días con bastante intensidad, porque nuestra Iglesia es apostólica”, explicó el prelado, *“porque Jesús ha puesto y ha cimentado su Iglesia sobre la roca de los apóstoles, para que permanezca en el mundo como signo de su santidad”*. El fundamento y la roca es Cristo, subrayó, y la misión es la evangelización.

La experiencia de la sucesión apostólica

“El Espíritu Santo ha dado a la iglesia, por medio de los cardenales, un nuevo Papa. Por eso los católicos nos alegramos y celebramos la gloria de Dios”, afirmó monseñor Martínez Sacristán, que también dijo que *“hemos vivido una experiencia verdaderamente eclesial, la experiencia de la sucesión apostólica. Esto ha de ensanchar nuestro corazón y nos tiene que llenar de gozo”*.

Tal como había dicho en sus primeras declaraciones al conocer la elección del nuevo pontífice, el obispo de Zamora señaló que *“a partir de ahora, el cardenal Bergoglio no existe más; quien existe es el Papa Francisco, y así nosotros tenemos que vivirlo y acogerlo”*. Y se refirió a lo que está siendo tan comentado: *“si el Papa en estos días primeros del pontificado tiene gestos que nos llegan al corazón, será por algo. Los gestos de la simplicidad, la humildad, la verdad, la oración, la cercanía con los pobres y los débiles... ¿Acaso no es la Iglesia la que en su afán por evangelizar tiene que volver a privilegiar sobre todo estas actitudes por encima de otras?”*.

Porque, en esta línea, subrayó, los creyentes deben ser conscientes de que *“la evangelización no es algo que entienden unos cuantos, sino el*

testimonio de la presencia de la Iglesia en la calle, en el mundo, en la vida misma. Para señalar a todos el camino que nos lleva hacia Dios”.

De la admiración al cambio de vida

“Nuestra eucaristía quiere ser una súplica a Dios nuestro Padre, para que asista al Papa Francisco, para que lo mantenga en estos firmes y nobles y evangélicos propósitos y actitudes. Que no sea una pose de los primeros tiempos—que no será—, sino una actitud permanente que arrastre a todos en la Iglesia a una conversión, no a una simple admiración”, afirmó el obispo de Zamora.

Recordó también que los gestos del Papa, como ha dicho su hermana desde Argentina, son *“una llamada para que nos convirtamos, porque Iglesia somos todos”*. Y concluyó su homilía llamando a los fieles a orar *“para que este pontificado no sea simplemente un pontificado que se admira, sino que se sigue, por el ejemplo verdadero de santidad y de evangelización. Que el Espíritu lo ilumine y lo haga fuerte y verdadero testigo creíble para toda la Iglesia y para el mundo entero según lo que necesita en el plan de Dios”*.

EL ARCIPRESTAZGO DE TORO-LA GUAREÑA CONVOCA LA SEMANA DE LA FE

Del 8 al 10 de abril los Salones Interparroquiales de San Julián de Toro acogerán la Semana de la Fe, tres conferencias de sacerdotes zamoranos sobre temas centrales en este Año de la Fe.

Zamora, 6/04/13. El próximo lunes 8 de abril comenzará la Semana de la Fe, organizada por el arciprestazgo de Toro – La Guareña en el contexto del Año de la Fe que celebra la Iglesia católica. Constará de tres conferencias que tendrán lugar en los Salones Interparroquiales de San Julián en la ciudad de Toro a las 21 horas de los días 8, 9 y 10 de abril.

El lunes 8 comenzará la actividad con la conferencia *“A cincuenta años del Concilio Vaticano II”*, que estará a cargo de **Eustaquio Martínez Conde**, vicario episcopal para Asuntos Económicos y Sociales. El martes 9 se acercará a Toro **Luis Fernando Toribio Viñuela**, vicario episcopal de Pastoral, que expondrá *“El reto de la nueva evangelización”*. Por último, el miércoles 10 será el turno de **Juan Luis Martín Barrios**, delegado diocesano de Catequesis, que hablará sobre *“El Catecismo de la Iglesia Católica”*, del que se celebra el vigésimo aniversario.

Según explica uno de los párrocos de Toro, **José Luis Miranda**, “*estos años estábamos haciendo desde el arciprestazgo una semana de la familia en la segunda semana de Pascua. Ha habido dos ediciones. Pero este año, por ser el Año de la fe, decidimos hacer un inciso y organizar en las mismas fechas una semana de la fe para ayudar a cumplir el objetivo pastoral diocesano y nuestro objetivo arciprestal, que es vivir, compartir y transmitir la fe desde una pastoral de comunión*”.

Por ello, explica Miranda, “*estas tres charlas quieren tener en cuenta los grandes hitos que conmemoramos este Año, así como el tema de la nueva evangelización, que es tan importante en estos tiempos que corren y que fue el tema principal del pasado Sínodo de obispos en Roma*”.

Las conferencias están abiertas a todos los fieles del arciprestazgo de Toro – La Guareña que quieran participar y que tengan interés en conocer y profundizar en estos grandes acontecimientos (quincuagésimo aniversario del Concilio Vaticano II y vigésimo aniversario del Catecismo) y retos (la nueva evangelización) de la Iglesia en el mundo actual.

LA SEMANA DE LA FAMILIA CUMPLE 20 AÑOS EN ZAMORA

Los expertos Jesús Trillo-Figueroa, Alfonso Aguiló y María Lacalle son los expertos que este año participarán como ponentes en la XX Semana de la Familia de Zamora, organizada por la Delegación Diocesana para la Familia y Defensa de la Vida en colaboración con la Fundación Científica Caja Rural.

Zamora, 7/04/13. La próxima semana se celebrará la XX Semana de la Familia de Zamora, organizada por la Delegación Diocesana para la Familia y Defensa de la Vida en colaboración con la Fundación Científica Caja Rural de Zamora. Como es habitual desde hace unos años, contará con ponentes de prestigio internacional que hablarán en el paraninfo del Colegio Universitario de la capital, a las 20 horas de los días 9, 10 y 11 de abril.

El martes 9 de abril vendrá a Zamora **Jesús Trillo-Figueroa**, que tras la inauguración de la Semana de la Familia presentará su ponencia “Revolución jurídica en España: política sexual e ideología de género”. Abogado del Estado, Trillo-Figueroa (Cartagena, 1955) es también autor de numerosos artículos, estudios y libros sobre temas no sólo jurídicos sino de diversas materias como el arte, la cultura y el pensamiento político. Entre ellos destacan *El fundamentalismo islámico* (1992), *La ideología*

invisible (2006), *Una revolución silenciosa* (2007), *Una tentación totalitaria. Educación para la Ciudadanía* (2008) y *La ideología de género* (2009). Colabora habitualmente con los medios de comunicación.

El miércoles 10 de abril será el turno de **Alfonso Aguiló Pastrana**, que hablará sobre “La transmisión de la fe en la familia”. El ponente (Madrid, 1959) es ingeniero de Caminos y lleva muchos años dedicado a la educación. Actualmente es el director del Colegio Tajamar de Madrid, además de dirigir el portal Interrogantes.net y ser el vicepresidente del Instituto Europeo de Estudios de la Educación. Ha escrito varios libros, entre los que destacan *Educación el carácter* (1992), *Interrogantes en torno a la fe* (1994), *La tolerancia* (1995) y *Educación los sentimientos* (1999). Escribe artículos divulgativos sobre educación y familia.

Por último, el jueves 11 de abril la ponente será **María Lacalle Noriega**, que disertará sobre “Género, persona y familia”. Lacalle, doctora en Derecho, máster en Teología y licenciada en Ciencias Religiosas, es profesora de Derecho Civil en la Universidad Francisco de Vitoria, Directora de la Cátedra de Biojurídica y Bioética y del Centro de Estudios para la Familia del Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales. Además, es directora de la Fundación Carmen de Noriega y miembro correspondiente de la Real Academia Española de Jurisprudencia y Legislación. Sus publicaciones se centran principalmente en cuestiones relacionadas con la familia y con la enseñanza del Derecho.

ADORADORES NOCTURNOS DE TODA ESPAÑA HARÁN UNA OFRENDA A SU FUNDADOR EN ZAMORA

El sábado 13 de abril Zamora acogerá una eucaristía organizada por la Adoración Nocturna en la Catedral a las 18 horas, con una ofrenda floral a su fundador, Luis de Trelles, y a las 19,30 se presentará un libro sobre esta temática en el Seminario San Atilano.

Zamora, 11/04/13. El próximo sábado 13 de abril, la Fundación que lleva su nombre, organiza una eucaristía y la ofrenda anual ante la tumba del Siervo de Dios **Luis de Trelles y Noguero**, fundador de la Adoración Nocturna en España y cuyos restos descansan en la Catedral de Zamora. Con más de un centenar de adoradores venidos de distintos puntos de la geografía española, el acto dará comienzo a las 18 horas, con la celebración Misa. Seguidamente realizará la ofrenda el presidente de la Sección Adoradora de Aranda de Duero, **Gregorio Peñacoba Martín**.

El segundo acto de la tarde del sábado tendrá lugar a las 19,30 horas en el salón de actos del Seminario San Atilano: la presentación del libro *Luis de Trelles hablando con Jesucristo sacramentado*, a cargo de su autor, **Francisco Puy Muñoz**, catedrático emérito de la Universidad de Santiago de Compostela y autor de la *Positio* para la causa de beatificación del fundador de la Adoración Nocturna.

En esta novedad editorial, Puy recoge un ramillete de oraciones que Luis de Trelles dirigía a Jesús sacramentado. Seguidamente la Sección Adoradora de Aranda de Duero expondrá en un video-memoria los distintos actos que acontecieron en el XXIII Curso de Verano Luis de Trelles, celebrado el pasado año en esa localidad burgalesa.

Como complemento a estos actos públicos, el domingo 14 tendrá lugar una reunión de los patronos de la citada Fundación y una visita turística por la ciudad de Zamora.

CINCO PIEZAS DE ZAMORA Y DE LA PARROQUIA DE FLORES SE EXPONDRÁN EN “CREDO” (LAS EDADES DEL HOMBRE) EN ARÉVALO

Hoy se han presentado en Zamora las cinco pinturas que representarán a la Diócesis de Zamora en la exposición de Las Edades del Hombre “Creo”, que comenzará en Arévalo el 21 de mayo. Se trata de dos tablas de la iglesia de Flores, un lienzo de la iglesia de los Remedios de la capital y dos lienzos de la sacristía de la Catedral.

Zamora, 15/04/13. Esta mañana el Seminario San Atilano ha acogido la presentación a los medios de comunicación de la participación de la Diócesis de Zamora en la exposición “Credo” de Las Edades del Hombre, que abrirá sus puertas en la localidad abulense de Arévalo el próximo mes de mayo. Serán en total cinco piezas de arte sacro las que serán expuestas en esta importante muestra.

Olalla González, del Departamento de Comunicación de la Fundación Las Edades del Hombre, ha sido la encargada de dar en la rueda de prensa todos los detalles de la exposición, señalando que en el año 2010 *“la Fundación Las Edades del Hombre y la Junta de Castilla y León suscribieron un convenio para seguir trabajando unidos por la conservación, restauración y difusión del patrimonio de la Comunidad”*.

Las Edades, en el Año de la Fe

En 2013, será la localidad de Arévalo, situada al norte de la provincia de Ávila, la que acoja la próxima edición de Las Edades del Hombre. Declarado por el Papa **Benedicto XVI** Año de la Fe, “*por esa razón ‘Credo’ quiere convertirse en referente, no sólo de Castilla y León, sino de todas las Diócesis*”. Estará abierta entre el 21 de mayo y el 3 de noviembre, en cuatro sedes: las iglesias de El Salvador, San Martín y Santa María, y la Casa de Sexmos, centro de recepción de visitantes.

González explicó también el cartel de la muestra: “*la imagen creada para expresar ‘Credo’ son cuatro rostros con los que se quiere poner de manifiesto que el contenido de la fe cristiana es hoy igual que ayer y mañana. Eduardo Palacios, pintor que también realizó el cartel de ‘Monacatus’, ha sido el creador de esta imagen. Para ello ha elegido cuatro rostros románicos tomados del presbiterio de la iglesia de Santa María de Arévalo, conectándolos con rostros actuales*”.

El título de la exposición, “Credo”, es la primera palabra del símbolo de la fe, y expresa tanto en latín como en castellano la confesión de la doctrina cristiana. En cuanto al esquema de la exposición, un preámbulo bajo el título “Creo” dará paso a tres capítulos unidos por el propio Credo: Creo en Dios, Creo en Jesucristo y Creo en el Espíritu Santo. Según la responsable de Comunicación de la Fundación, “*se creará un itinerario urbano que además de guiar al visitante hacia las sedes expositivas vaya mostrando el rico patrimonio de la localidad de Arévalo*”.

25 años de Las Edades y apoyo del Vaticano

En su intervención, Olalla González también explicó que “*esta muestra coincidirá con el XXV aniversario de la primera edición de Las Edades del Hombre cuyo título fue ‘El arte en la Iglesia de Castilla y León. Las Edades del Hombre’, celebrada en la Catedral de Valladolid del 24 de octubre de 1988 al 2 de abril de 1989*”. Así, “*este aniversario se muestra tanto en el cartel de ‘Credo’ como en el recorrido que une las sedes mediante la colocación de unos tótems que recordarán las ediciones anteriores*”.

Además de señalar las colaboraciones de empresas privadas con la muestra de este año, González destacó el importante impulso que ha dado la Santa Sede a la exposición: “*desde hace tiempo el Vaticano, a través del Consejo Pontificio para la Cultura, realiza un especial seguimiento del proyecto de Las Edades del Hombre, siendo este valorado muy positi-*

vamente considerándolo como la mejor muestra de arte religioso desarrollado en el tiempo que trae a nuestros días la siempre necesaria relación entre fe y cultura. Es en esta edición cuando se materializa este interés en forma de patrocinio”.

También intervino en la presentación **Pilar Alonso Viviano**, jefa del Servicio Territorial de Cultura de la Junta de Castilla y León en la provincia de Zamora, que mostró el apoyo continuo del Ejecutivo regional a esta iniciativa de arte sacro, y recordó la importancia que supuso para Zamora la posibilidad de ser sede de la edición de 2001 de Las Edades del Hombre, “Remembranza”.

Una aportación modesta pero de calidad

Por su parte, el delegado diocesano de Medios de Comunicación Social, **Luis Santamaría**, destacó el aniversario de estas exposiciones, afirmando que se trata de “*un cuarto de siglo de catequesis a través de las artes, no sólo plásticas, sino también de otras áreas como la música*”.

Santamaría se refirió también a que, en el marco del Año de la Fe, “*en este importante proyecto se conjuga la Iglesia universal (a través del Consejo Pontificio para la Cultura, de la Santa Sede) y la Iglesia local, hecha realidad en las 11 diócesis de Castilla y León*”, y recordó que el obispo de Zamora, **Gregorio Martínez Sacristán**, es uno de los patronos de la Fundación Las Edades del Hombre, como prelado de la región.

El delegado de Medios de Comunicación Social explicó que “*de la Diócesis de Zamora, la participación es menor en cantidad este año, con cinco piezas, pero su calidad artística no desmerece nuestra aportación de ediciones anteriores*”, y enumeró las pinturas que se llevarán a Arévalo: “*dos tablas del siglo XVI del retablo de la iglesia parroquial de la pequeña localidad de Flores, en Aliste; un lienzo de la Visitación de la iglesia de los Remedios de la capital; y dos lienzos de personajes bíblicos, atribuidos a Lucas Jordán, de la sacristía de la Catedral*”.

Fichas técnicas de las obras

Ascensión. Autor desconocido. Primer tercio del siglo XVI. Pintura al temple sobre tabla 87 x 62 cm. Iglesia parroquial de la Asunción. Flores (Zamora).

Pentecostés. Autor desconocido. Primer tercio del siglo XVI. Pintura al temple sobre tabla. 88 x 63 cm. Iglesia parroquial de la Asunción. Flores (Zamora).

Visitación. Francisco Antolínez, 1699. Óleo sobre lienzo. 98 x 126 cm (con marco) Iglesia de Nuestra Señora de los Remedios. Zamora.

Moisés. Lucas Jordán (atribución). Siglo XVII. Óleo sobre lienzo. 99 x 74,5 cm. S.I. Catedral de Zamora.

Aarón. Lucas Jordán (atribución). Siglo XVII. Óleo sobre lienzo. 99 x 74,5 cm. S.I. Catedral de Zamora.

EL OBISPO COMIENZA LA VISITA PASTORAL AL ARCIPRESTAZGO DE EL

El próximo domingo 21 de abril el obispo de Zamora inaugurará su visita pastoral al arciprestazgo de El Pan con la eucaristía que presidirá a las 18 horas en la ermita de la Virgen del Templo de Pajares de la Lampreana. Entre abril y noviembre visitará 43 parroquias que cuentan con 12.000 habitantes, atendidos por 11 sacerdotes y 3 religiosas.

Zamora, 17/04/13. El obispo de Zamora, **Gregorio Martínez Sacristán**, retoma las visitas pastorales a la Diócesis, y lo hace en el arciprestazgo de El Pan, con cuyas parroquias se encontrará en el período de tiempo comprendido entre abril y noviembre. La inauguración oficial de la visita pastoral tendrá lugar el próximo domingo 21 de abril a las 18 horas, con la eucaristía presidida por el prelado en la ermita de la Virgen del Templo, en Pajares de la Lampreana, un importante santuario mariano de la zona.

Este arciprestazgo está compuesto por 40 parroquias donde viven más algo más de 12.000 habitantes que son atendidos actualmente por 11 sacerdotes. Actualmente, el arcipreste es **Santiago Alonso**. Desde el año 2011 colabora en la acción pastoral del arciprestazgo una comunidad de vida consagrada de vida activa: las Hijas de Cristo Rey, que residen en Aspariegos.

Son en total 43 pueblos los que visitará el obispo, pues se incluyen en la visita tres parroquias que pertenecen al arciprestazgo de Aliste-Alba, pero que pastoralmente entran en el territorio de El Pan, ya que los atiende un sacerdote de este arciprestazgo: Ricobayo, Villafior y Villanueva de los Corchos.

La última visita pastoral a este arciprestazgo tuvo lugar en el año 2005 y fue realizada por el entonces obispo de Zamora, **Casimiro López Llorente**, en los meses de junio y julio. En aquel momento El Pan integraba 30 parroquias. Y al igual que en esta ocasión, se inauguró en la ermita de la Virgen del Templo de Pajares.

Algunos datos del arciprestazgo y la visita

Situado al norte del Duero, el arciprestazgo de El Pan integra comarcas dispersas como El Pan, La Lampreana o El Carrizal, pueblos limeros a Castrotorafe o al Camino, tierras de Campos en las riberas del Valderaduey o del Salado. Los pueblos del Arciprestazgo de El Pan son generalmente pueblos de labradores y pastores, con alguna industria que añade puestos de trabajo.

Pueblos de tradiciones arraigadas, ya sean religiosas o profanas, como el bolero de Algodre, el Zangarrón de Montamarta, las Águedas de Castronuevo... Las advocaciones de la Virgen María son muchas y con gran devoción: la Virgen del Castillo, vigilando el último brazo del embalse del Esla; la del Realengo, en San Cebrián, única superviviente de vestigios históricos; la del Templo, en Pajares, que acoge cada año a los pueblos vecinos que cumplen su voto y sigue protegiendo de epidemias y pestes o la del Tobar, en Malva.

Como curiosidad, cabe reseñar que el obispo visitará el templo más antiguo de la Diócesis: la iglesia visigótica de San Pedro de la Nave, nada menos que del siglo VII, y que sirve como iglesia parroquial de la localidad de El Campillo desde su traslado, piedra a piedra, con la construcción del embalse del Esla en el siglo XX. Y enfrente de ella se encuentra el templo de construcción más reciente de la Diócesis: la iglesia parroquial de San Boal en Villafior, inaugurada en el año 2006.

Durante varios meses el obispo se acercará a todas las parroquias, sobre todo los sábados y los domingos, y allí presidirá la eucaristía, además de reunirse con los fieles para escucharles y hablarles en asambleas, visitar enfermos, ver a los ancianos en las residencias y a los niños de los pueblos, reunirse con los catequistas, celebrantes de la Palabra y otros agentes pastorales.

¿Qué es la visita pastoral?

Según el Directorio para el Ministerio pastoral de los Obispos, *“la visita pastoral es uno de los modos, ciertamente singular, por el que el Obispo cultiva el encuentro personal con el clero y demás fieles del pueblo de Dios, para que los conozca y dirija, los exhorte a una vida de fe y de práctica cristiana, así como para que vea de cerca y valore en su real eficacia las estructuras e instrumentos destinados a su servicio pastoral”* (n. 166).

El objetivo principal de la visita pastoral es “*el encuentro del Obispo con las personas, es decir, con el clero, los religiosos y los laicos: todos los actos de la visita deben orientarse hacia este fin*” (n. 168). Se le indica al obispo que trate de encontrarse con los niños en la catequesis y con los jóvenes, con los enfermos, con los miembros de asociaciones de apostolado, con el Consejo Pastoral de la parroquia y con los grupos parroquiales de Cáritas, etc.

La Iglesia pide a los obispos que hagan la visita pastoral a todas las comunidades cristianas y a las instituciones católicas. Así lo prescribe el Código de Derecho Canónico: “*El Obispo tiene la obligación de visitar la diócesis cada año total o parcialmente, de modo que al menos cada cinco años visite la diócesis entera, personalmente o, si se encuentra legítimamente impedido, por medio del Vicario general o de otro presbítero. El obispo puede elegir a los clérigos que desee para que le acompañen y ayuden en la visita*” (CIC 396).

ECÓNOMA DE LA DIÓCESIS DE ZAMORA: “HAY TRANSPARENCIA EN LAS CUENTAS Y EN LA GESTIÓN”

En el material que se reparte estos días por las parroquias de toda España se incluye un periódico que termina con una entrevista a la gerente económica de la Diócesis de Zamora, Pilar Ramos, donde explica cómo se sostiene una Diócesis pequeña como ésta en tiempos de crisis.

Zamora, 20/04/13. Se acaba de empezar a distribuir en las parroquias de la Diócesis de Zamora el material informativo sobre el sostenimiento económico de la Iglesia católica en el tiempo en el que los ciudadanos realizan su Declaración de la Renta anual. Además de los carteles, se han repartido 3.500 ejemplares del periódico Por tantos, editado por la Conferencia Episcopal Española.

El periódico se cierra precisamente con una entrevista a la ecónoma de la Diócesis de Zamora, **Pilar Ramos Guerreira**, que lleva 23 años trabajando para esta institución. En 1996 fue nombrada la gerente económica, convirtiéndose así en la primera mujer con este cargo en una Iglesia local española.

Tiene 55 años y, como explica el periodista **José Ignacio Rivarés** al presentar la entrevista, su mensaje desde la experiencia es claro: “a las diócesis también les está pasando factura la crisis, y la transparencia en las cuentas y en la gestión es la seña de identidad de las finanzas de la Iglesia”. Reproducimos a continuación la entrevista íntegra.

- *La de Zamora es una diócesis pequeña (162.000 fieles, 303 parroquias y unos 200 sacerdotes), similar a muchas otras de nuestro país: Barbastro-Monzón, Ibiza, Guadix, Palencia, Teruel y Albarracín, Huesca, Osma-Soria... ¿Cómo se financia?*

- Como el resto. El modo es similar en todas, aunque los porcentajes de cada una de las formas de llevarla a cabo varía. Generalmente las diócesis se financian por tres vías: la primera, a través del Fondo Común Interdiocesano, una vez se distribuye el dinero procedente de marcar la “X” en la Declaración de la Renta; la segunda, con los donativos, cuotas, colectas, legados, etc. que se reciben; y la tercera, mediante el rendimiento de recursos propios diocesanos o parroquiales. Resumiendo: se financian a través de las aportaciones que hacen los católicos y quienes, sin serlo, apoyan la tarea que realiza la Iglesia católica en general y la diocesana en particular.

- *Cuentan ustedes, por tanto, con recursos propios. ¿Cómo los administran?*

- Sí, contamos con bienes inmuebles, patrimonio artístico y económico. En el caso de los inmuebles, tratamos de incentivar el alquiler en todos aquellos bienes que no son necesarios para el desarrollo de las actividades pastorales; procuramos también conservar y difundir nuestro patrimonio artístico; y los recursos económicos los administramos según las directrices marcadas por el Consejo Diocesano de Asuntos Económicos. Procuramos actuar siempre con prudencia y cautela, pero procurando también obtener un rendimiento que nos permita desarrollar las actividades de nuestra Iglesia, que no son otras que los objetivos pastorales fijados y que se llevan a cabo a través de las distintas vicarías, delegaciones y secretariados.

- *¿Cuáles son los programas pastorales más importantes de la diócesis?*

- Se fijan cada año. En 2012/13 toda la programación pastoral se desarrolla dentro del Año de la fe. Como aportación particular de la Iglesia de Zamora, estamos trabajando en la puesta en marcha y potenciación de la pastoral de adolescencia, como instrumento para acompañar el crecimiento y maduración de los adolescentes en su ser cristiano. No obstante, me gustaría citar también, en el ámbito de la gestión económica de la diócesis, el Plan Diocesano de Reforma Económica que se desarrolló de 1996 a 2002 y marcó un antes y un después. Propuso, entre otros, el objetivo particular de reestructurar la economía diocesana y conseguir que fuera “más racionalizada, más corresponsable, más solidaria” y caminase hacia la autofinanciación.

- *¿Han notado también las cuentas diocesanas la crisis?*

- Por supuesto. Una fuente importante de financiación es la aportación económica de los fieles. En un momento tan delicado como el actual, en el que en cada familia hay un problema que atender, es habitual que se rebajen o supriman las cuotas y donativos.

- *Hay gente que desconfía cuando se habla de dinero. ¿Hay transparencia en las cuentas?*

- Sin ninguna duda. Hay transparencia tanto en las cuentas como en la gestión. Es algo que se tiene muy en cuenta. Tanto para mí, en tanto que gerente económico, como para el resto de los miembros del Consejo Diocesano de Asuntos Económicos, este aspecto tiene una tremenda importancia. Las cuentas son presentadas, estudiadas y aprobadas cada año por el Consejo competente y, posteriormente, se presentan también al Consejo Presbiteral. Somos especialmente sensibles en las donaciones, herencias y legados a la hora de mantener intacta la voluntad del donante, respetando fielmente el destino de los bienes recibidos. La gestión, de igual forma, se aprueba también en los distintos Consejos.

- *¿Qué les diría a aquellas personas que, por dejadez, descuido u otros motivos, no marcan la “X” destinada a la Iglesia católica en el impreso de Declaración de la Renta?*

- En primer lugar, que tienen que tener muy claro que marcar la “X” no supone ninguna aportación extra. Y en segundo, que este gesto es importante, ya que vamos a destinar la cantidad que marca la ley a la entidad que nosotros elijamos. Yo pido, ante todo, que se marque la casilla de la Iglesia católica por la tarea que esta realiza en favor de millones de personas. Todos, en algún momento de la vida, necesitamos a la Iglesia.

EL OBISPO INAUGURÓ LA VISITA PASTORAL A EL PAN, BAJO LA MIRADA DE LA VIRGEN DEL TEMPLO

Zamora, 22/04/13. Ayer, domingo del Buen Pastor, el obispo de Zamora, **Gregorio Martínez Sacristán**, inauguró la visita pastoral al arciprestazgo de El Pan con una eucaristía que presidió en la ermita de la Virgen del Templo, en la localidad de Pajares de la Lampreana, un enclave mariano muy significativo en la comarca.

El prelado fue recibido a su llegada por representantes de la parroquia de Pajares y por las mayordomas de la Virgen del Templo junto con su párroco, que es también el arcipreste de El Pan, **Santiago Alonso**. En

la eucaristía concelebraron los párrocos del arciprestazgo y otros sacerdotes naturales de la zona, tanto diocesanos como religiosos.

En la celebración participaron fieles de varias parroquias y de todas las edades, además de contar con la presencia de las Hijas de Cristo Rey, comunidad religiosa que reside en Aspariegos y colabora en la acción pastoral del arciprestazgo. Antes de la homilía del obispo, el arcipreste lo presentó y agradeció su visita, que constituye para los cristianos de estos pueblos *“una ilusión y una esperanza”*. Porque, señaló, *“caminamos todos detrás de un mismo pastor, que es Cristo”*.

En sus palabras a los fieles, monseñor Martínez Sacristán manifestó su deseo de visitar uno a uno todos los pueblos del arciprestazgo: *“la visita pastoral consiste en el encuentro directo del obispo, pastor de esta Iglesia local, con todos los cristianos esparcidos por estos pueblos, para conocerlos, escucharlos, rezar con vosotros, predicaros la Palabra de Dios, visitar vuestros enfermos y las situaciones de debilidad y sufrimiento”*.

Saludó de forma especial a los niños y jóvenes presentes en la eucaristía, a los que preguntó su procedencia, y manifestó su interés por encontrarse *“con los escasos jóvenes que hay en estos pueblos”*. Además, enmarcó la visita pastoral en el Año de la Fe, con el deseo de *“que sirva para expresar con orgullo y satisfacción nuestra fe, la fe de la Iglesia en la que hemos sido bautizados, una fe vivida con gozo y entusiasmo, no para dejarla en la cuneta de la vida, sino para vivirla y transmitirla a las generaciones jóvenes”*.

Según D. Gregorio, *“a través de la visita pastoral queremos que se edifique la Iglesia en el contacto con el obispo”*, y llamó a *“expresar la comunión, sin la cual no puede haber Iglesia de Cristo”*. También recordó a los sacerdotes del arciprestazgo que tienen que ser *“pastores con olor a oveja, como ha dicho el Papa Francisco”*, y les dijo a los fieles presentes que *“tienen que estar con vosotros, como uno más, con una presencia como la de Jesucristo, que se hizo uno de tantos y entregó la vida hasta morir”*.

Invitó a rezar por el éxito y los buenos frutos de la visita pastoral, y a fijarse en María, la Madre del Señor, ante cuya imagen, en su advocación de la Virgen del Templo, se celebró la eucaristía. *“Que le pidamos para que este recorrido del obispo por esta tierra sea a imagen de Jesucristo. Que ella nos guíe y nos lleve de la mano en el camino de la vida”*. Al finalizar la Misa, y antes de que se entonara el himno a la Virgen del Templo, hizo una petición a los asistentes: *“deseo que con esta visita pastoral surja una vocación sacerdotal, que algún chico de estos pueblos entre en nuestro Seminario”*.

MÁS DE 41.000 DECLARACIONES DE LA RENTA DE 2011 EN ZAMORA PUSIERON LA X PARA LA IGLESIA

En el período en el que los españoles realizan su Declaración de la Renta, la Diócesis de Zamora hace públicos los datos relativos al penúltimo ejercicio, el de la Campaña de la Renta 2011, en el que casi el 48 % de los contribuyentes zamoranos marcaron la X en la casilla de la Iglesia católica.

Zamora, 23/04/13. Según los datos facilitados por la Agencia Tributaria a la Conferencia Episcopal Española, en la Diócesis de Zamora, en la Declaración de la Renta correspondiente al IRPF 2010 (Campaña de la Renta 2011) un total de 41.527 declaraciones fueron a favor de la Iglesia Católica, un 47,73 % de las declaraciones, lo que supone que la cantidad recaudada por Asignación Tributaria fue de 753.726 euros.

En estas cifras no se incluyen aquellos contribuyentes que, obteniendo rentas sujetas a IRPF, no están obligados a hacer declaración y que según los últimos datos de Hacienda publicados, ascienden en toda España a 6,7 millones de contribuyentes.

El actual sistema de asignación tributaria entró en vigor el 1 de enero de 2007. Se incrementó el coeficiente al 0,7% y la Iglesia renunció a la exención del IVA vigente en algunas operaciones. Con el nuevo sistema, el Estado no garantiza ya ningún mínimo para el sostenimiento básico de la Iglesia. Ha dejado de existir el llamado “complemento presupuestario”, de modo que la Iglesia, para su sostenimiento, sólo recibe lo que resulta de la asignación voluntaria de los contribuyentes y nada de los Presupuestos Generales del Estado.

DIEZ ZAMORANOS PARTICIPARÁN EN LA JORNADA MUNDIAL DE LAS COFRADÍAS EN ROMA

Del 3 al 5 de mayo Roma acogerá, en el marco del Año de la Fe, la Jornada Mundial de las Cofradías y la Religiosidad Popular. Diez representantes de cofradías de la Diócesis de Zamora participarán en este evento histórico.

Zamora, 29/04/13. Dentro del calendario de actividades del Año de la Fe, iniciado el año pasado por el ahora Papa emérito Benedicto XVI, está convocada una Jornada Mundial de las Cofradías y la Religiosidad Popular que tendrá lugar en Roma entre los días 3 y 5 de mayo. Se espera la asistencia de varios miles de cofrades de diversos países, especialmente Italia, España, Francia y Malta.

A pesar de la crisis y de la fecha (en mayo se multiplican los eventos de religiosidad popular, especialmente en Andalucía), de nuestro país acudirá un grupo de unas 200 personas, procedentes de Sevilla, Jerez, Zamora, Valladolid, Salamanca, Ponferrada, Hellín, Bilbao, Gandía, Barcelona y Mondoñedo.

De Zamora serán 10 los participantes, entre otros el delegado diocesano para la Religiosidad Popular, **Javier Fresno**, y el presidente de la Junta Pro Semana Santa de la capital, **Antonio Martín Alén**. Además, desde Zamora se coordina la participación de otras ciudades próximas.

El programa de actos incluye una visita a la Tumba de San Pedro en la mañana del sábado 4, una catequesis impartida por el cardenal **Antonio Cañizares** seguida de la celebración de la Eucaristía en la iglesia de Santa María dell'Orto en la tarde de ese día, y la Misa con el Papa Francisco en la Plaza de San Pedro el domingo 5. Además de eso, se prevé visitar las cuatro basílicas romanas y los Museos Vaticanos.

Según explica Javier Fresno, *“lo realmente importante de esta celebración es que por primera vez se cuenta con una realidad eclesial tan importante como son las cofradías y la religiosidad popular en una programación eclesial que incluye los principales sectores de la vida eclesial (seminarios, vida consagrada, familias cristianas, catequistas...)”*. Además de eso, el delegado para la Religiosidad Popular destaca *“la ocasión para el conocimiento y la convivencia con los hermanos cofrades de otros países”*.

II. DOCUMENTACIÓN E INFORMACIÓN GENERAL

Santa Sede

S.S. Francisco

ANUNCIO DE LA ELECCIÓN DEL NUEVO PAPA FRANCISCO

FRANCISCUS

13 de marzo de 2013

El cardenal Jorge Mario Bergoglio S.I. ha sido elegido Sumo Pontífice, 265 sucesor de Pedro, tomando el nombre de Francisco. Es el primer Papa latinoamericano, el primer Pontífice miembro de la Compañía de Jesús y el primer "Francisco" de la historia.

A las 20:12 h., -cincuenta y cuatro minutos después de la aparición de una espesa "fumata" blanca a las 19:06 h., el Cardenal Protodiácono, Jean-Louis Tauran ha dado el anuncio a las gentes desde la "loggia" o balcón de la Bendición de la basílica vaticana, con estas palabras:

**Annuntio vobis gaudium magnum;
habemus Papam:
Eminentissimum ac Reverendissimum Dominum,
Dominum Georgium Marium
Sanctae Romanae Ecclesiae Cardinalem Bergoglio
qui sibi nomen imposuit Franciscum**

(Os anuncio con gran alegría:
Tenemos Papa,
el eminentísimo y reverendísimo
Señor Jorge Mario
Cardenal, de la Santa Iglesia Romana, Bergoglio
que ha tomado el nombre de Francisco)

El cónclave que ha llevado a la elección del Papa Francisco comenzó el martes, 12 de marzo, en la Capilla Sixtina del Palacio Apostólico Vaticano, con el "extra omnes" intimado a las 17.33 por el maestro de las Celebraciones Litúrgicas Pontificias, monseñor Guido Marini, tras el juramento de los 115 cardenales electores.

La primera fumata negra apareció a las 19:42 del mismo día. El miércoles, 13 de marzo, la fumata negra fue a las 11:40. La fumata blanca apareció a las 19:06 del 13 de marzo.

A las 20: 24 el Santo Padre Francisco, precedido por la Cruz, se ha asomado al balcón exterior de la basílica, completamente iluminada, para saludar e impartir la bendición apostólica "Urbi et Orbi" (a la ciudad y al mundo) a las decenas de miles de personas, que abarrotaban la Plaza de San Pedro y la Via della Conciliazione, llenas de paraguas, a causa de la lluvia que ha caído durante toda la jornada en Roma.

Antes de que el nuevo Papa saliera al balcón, un destacamento de honor de la Guardia Suiza Pontificia, en uniforme de gran gala y llevando el estandarte pontificio, se situó bajo la "loggia", seguido por una representación de los diversos cuerpos del Ejército italiano que desde 1929 rinden homenaje al Papa en las ocasiones importantes, en señal de reconciliación entre la Santa Sede y el Estado italiano. La Banda de la Santa Sede acompañaba la espera. Apenas se ha sabido el nombre del nuevo pontífice, la multitud ha empezado a cantar en coro: "Francisco, Francisco".

El nuevo pontífice ha dirigido estas palabras a los fieles:

BENDICIÓN URBI ET ORBI

Hermanos y hermanas, buenas tardes.

Sabéis que el deber del cónclave era dar un Obispo a Roma. Parece que mis hermanos Cardenales han ido a buscarlo casi al fin del mundo..., pero aquí estamos. Os agradezco la acogida. La comunidad diocesana de Roma tiene a su Obispo. Gracias. Y ante todo, quisiera rezar por nuestro Obispo emérito, Benedicto XVI. Oremos todos juntos por él, para que el Señor lo bendiga y la Virgen lo proteja.

(Padre nuestro. Ave María. Gloria al Padre).

Y ahora, comenzamos este camino: Obispo y pueblo. Este camino de la Iglesia de Roma, que es la que preside en la caridad a todas las Iglesias. Un camino de fraternidad, de amor, de confianza entre nosotros. Recemos siempre por nosotros: el uno por el otro. Recemos por todo el mundo, para que haya una gran fraternidad. Deseo que este camino de Iglesia, que hoy comenzamos y en el cual me ayudará mi Cardenal Vicario, aquí presente, sea fructífero para la evangelización de esta ciudad tan hermosa. Y ahora quisiera dar la Bendición, pero antes, antes, os pido un favor: antes que el Obispo bendiga al pueblo, os pido que vosotros recéis para el que Señor me bendiga: la oración del pueblo, pidiendo la Bendición para su Obispo. Hagamos en silencio esta oración de vosotros por mí...

Ahora daré la Bendición a vosotros y a todo el mundo, a todos los hombres y mujeres de buena voluntad.

(Bendición).

Hermanos y hermanas, os dejo. Muchas gracias por vuestra acogida. Rezad por mí y hasta pronto. Nos veremos pronto. Mañana quisiera ir a rezar a la Virgen, para que proteja a toda Roma. Buenas noches y que descanséis.

BIOGRAFÍA OFICIAL DE JORGE MARIO BERGOGLIO, S.J. HASTA SU ELECCIÓN COMO PAPA

El cardenal Jorge Mario Bergoglio, S.J., arzobispo de Buenos Aires (Argentina), Ordinario para la Fe de Rito Oriental de los residentes en Argentina y desprovisto de Ordinario del mismo rito, nació en Buenos Aires el 17 de diciembre de 1936. Estudió y se diplomó como Técnico Químico, para después escoger el camino del sacerdocio y entrar en el seminario de Villa Devoto.

El 11 de marzo de 1958 ha ingresado en el noviciado de la Compañía de Jesús, ha realizado estudios humanísticos en Chile, y en 1963, de regreso a Buenos Aires, se ha licenciado en Filosofía en la Facultad de Filosofía del Colegio «San José» de San Miguel.

De 1964 a 1965 fue profesor de Literatura y Psicología en el Colegio de la Inmaculada de Santa Fe, y en 1966 enseñó la misma materia en el colegio de El Salvador de Buenos Aires.

De 1967 a 1970 estudió Teología en la Facultad de Teología del Colegio «San José», en San Miguel, donde se licenció.

El 13 de diciembre de 1969 fue ordenado sacerdote.

En el curso 1979-71, superó la tercera probación en Alcalá de Henares (España) y el 22 de abril hizo la profesión perpetua.

Fue maestro de novicios en Villa Barilari, en San Miguel (1972-1973), profesor de la Facultad de Teología, Consultor de la Provincia y Rector del Colegio Massimo. El 31 de julio de 1973 fue elegido Provincial de Argentina, cargo que ejerció durante seis años.

Entre 1980 y 1986, fue rector del Colegio Massimo y de la Facultad de Filosofía y Teología de la misma casa y párroco de la parroquia del Patriarca San José, en la diócesis de San Miguel.

En marzo de 1986, se trasladó a Alemania para concluir su tesis doctoral, y sus superiores lo destinaron al colegio de El Salvador, y después a la iglesia de la Compañía de Jesús, en la ciudad de Córdoba, como director espiritual y confesor.

El 20 de mayo de 1992, Juan Pablo II lo nombró obispo titular de Auca y auxiliar de Buenos Aires. El 27 de junio del mismo año recibió en la catedral de Buenos Aires la ordenación episcopal de manos del cardenal Antonio Quarracino, del Nuncio Apostólico Monseñor Ubaldo Calabresi y del obispo de Mercedes-Luján, monseñor Emilio Ogñénovich.

El 13 de junio de 1997 fue nombrado arzobispo coauditor de Buenos Aires, y el 28 de febrero de 1998, arzobispo de Buenos Aires por sucesión, a la muerte del cardenal Quarracino.

Es autor de los siguientes libros: «Meditaciones para religiosos» de 1982, «Reflexiones sobre la vida apostólica» de 1986, y «Reflexiones de esperanza» de 1992.

Es ordinario para los fieles de rito oriental residentes en Argentina que no cuentan con un ordinario de su rito.

Gran Canciller de la Universidad Católica Argentina.

Relator General Adjunto en la 10ª Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos de octubre de 2001.

Desde noviembre de 2005 a noviembre de 2011 fue Presidente de la Conferencia Episcopal Argentina.

Juan Pablo II le ha creado y publicado cardenal en el Consistorio del 21 de febrero de 2001, titular de San Roberto Bellarmino.

Es miembro de las siguientes congregaciones: para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos; para el Clero; para los Institutos de Vida Consagrada y de la Sociedad de Vida Apostólica; del Consejo Pontificio de la Familia y la Comisión Pontificia para América Latina.

HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO EN LA SANTA MISA CON LOS CARDENALES

Capilla Sixtina. Jueves, 14 de marzo de 2013

En estas tres lecturas veo que hay algo en común: es el movimiento. En la primera lectura, el movimiento en el camino; en la segunda lectura, el movimiento en la edificación de la Iglesia; en la tercera, en el Evangelio, el movimiento en la confesión. Caminar, edificar, confesar.

Caminar. «Casa de Jacob, venid; caminemos a la luz del Señor» (Is 2,5). Ésta es la primera cosa que Dios ha dicho a Abrahán: Camina en mi presencia y sé irreprochable. Caminar: nuestra vida es un camino y cuando nos paramos, algo no funciona. Caminar siempre, en presencia del Señor, a la luz del Señor, intentando vivir con aquella honradez que Dios pedía a Abrahán, en su promesa.

Edificar. Edificar la Iglesia. Se habla de piedras: las piedras son consistentes; pero piedras vivas, piedras ungidadas por el Espíritu Santo. Edificar la Iglesia, la Esposa de Cristo, sobre la piedra angular que es el mismo Señor. He aquí otro movimiento de nuestra vida: edificar.

Tercero, confesar. Podemos caminar cuanto queramos, podemos edificar muchas cosas, pero si no confesamos a Jesucristo, algo no funciona. Acabaremos siendo una ONG asistencial, pero no la Iglesia, Esposa del Señor. Cuando no se camina, se está parado. ¿Qué ocurre cuando no se edifica sobre piedras? Sucede lo que ocurre a los niños en la playa cuando construyen castillos de arena. Todo se viene abajo. No es consistente. Cuando no se confiesa a Jesucristo, me viene a la memoria la frase de Léon Bloy: «Quien no reza al Señor, reza al diablo». Cuando no se confiesa a Jesucristo, se confiesa la mundanidad del diablo, la mundanidad del demonio.

Caminar, edificar, construir, confesar. Pero la cosa no es tan fácil, porque en el caminar, en el construir, en el confesar, a veces hay temblores, existen movimientos que no son precisamente movimientos del camino: son movimientos que nos hacen retroceder.

Este Evangelio prosigue con una situación especial. El mismo Pedro que ha confesado a Jesucristo, le dice: Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo. Te sigo, pero no hablemos de cruz. Esto no tiene nada que ver. Te sigo de otra manera, sin la cruz. Cuando caminamos sin la cruz, cuando edificamos sin la cruz y cuando confesamos un Cristo sin cruz, no somos discípulos del Señor: somos mundanos, somos obispos, sacerdotes, cardenales, papas, pero no discípulos del Señor.

Quisiera que todos, después de estos días de gracia, tengamos el valor, precisamente el valor, de caminar en presencia del Señor, con la cruz del Señor; de edificar la Iglesia sobre la sangre del Señor, derramada en la cruz; y de confesar la única gloria: Cristo crucificado. Y así la Iglesia avanzará.

Deseo que el Espíritu Santo, por la plegaria de la Virgen, nuestra Madre, nos conceda a todos nosotros esta gracia: caminar, edificar, confesar a Jesucristo crucificado. Que así sea.

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO EN LA AUDIENCIA A TODOS LOS CARDENALES

Sala Clementina. Viernes, 15 de marzo de 2013

Hermanos Cardenales,

Este periodo dedicado al Cónclave ha estado cargado de significado, no sólo para el Colegio Cardenalicio, sino también para todos los fieles. En estos días hemos sentido casi de manera tangible el afecto y la solidaridad de la Iglesia universal, así como la atención de tantas personas que, aun sin compartir nuestra fe, miran con respeto y admiración a la Iglesia y a la Santa Sede. Desde todos los rincones de la tierra se ha elevado la oración ferviente y unísona del pueblo cristiano por el nuevo Papa; y también ha sido muy emotivo mi primer encuentro con la multitud apiñada en la Plaza de San Pedro. Con la sugestiva imagen del pueblo alegre y en oración todavía grabada en mi mente, quiero expresar mi más sincero agradecimiento a los obispos, sacerdotes y personas consagradas, a los jóvenes, las familias y los ancianos por su cercanía espiritual, tan efusiva y conmovedora.

Siento la necesidad de expresar a todos mi más viva y profunda gratitud, venerados y queridos hermanos Cardenales, por la solícita colaboración en la guía de la Iglesia durante la Sede Vacante. Dirijo un cordial saludo a cada uno, empezando por el Decano del Colegio Cardenalicio, el Señor Cardenal Angelo Sodano, a quien agradezco las expresiones de devoción y felicitación que me ha dirigido en nombre de todos. Y, junto a él, agradezco al Señor Cardenal Tarcisio Bertone, Camarlengo de la Santa Iglesia Romana, su trabajo diligente en esta delicada fase de transición; y también al querido Cardenal Giovanni Battista Re, que nos ha hecho de jefe en el Cónclave. Y pienso con particular afecto en los ve-

nerados Cardenales que, por razones de edad o enfermedad, han asegurado su participación y su amor a la Iglesia a través del ofrecimiento de las dolencias y la oración. Y quisiera decirles que el Cardenal Mejía ha sufrido anteayer un infarto cardiaco: está hospitalizado en la clínica Pío XI. Pero se cree que su salud es estable, y nos ha enviado sus saludos.

No puede faltar mi agradecimiento a quienes, en sus respectivos cometidos, han trabajado activamente en la preparación y desarrollo del Cónclave, favoreciendo la seguridad y tranquilidad de los Cardenales en estos momentos tan importantes de la vida de la Iglesia.

Y pienso con gran afecto y profunda gratitud en mi venerado Predecesor, el Papa Benedicto XVI, que durante estos años de pontificado ha enriquecido y fortalecido a la Iglesia con su magisterio, su bondad, su dirección, su fe, su humildad y su mansedumbre. Seguirán siendo un patrimonio espiritual para todos. El ministerio petrino, vivido con total dedicación, ha tenido en él un intérprete sabio y humilde, con los ojos siempre fijos en Cristo, Cristo resucitado, presente y vivo en la Eucaristía. Le acompañarán siempre nuestras fervientes plegarias, nuestro recuerdo incesante, nuestro imperecedero y afectuoso reconocimiento. Sentimos que Benedicto XVI ha encendido una llama en el fondo de nuestros corazones: ella continuará ardiendo, porque estará alimentada por su oración, que sustentará todavía a la Iglesia en su camino espiritual y misionero.

Queridos hermanos Cardenales, este encuentro nuestro quiere ser casi una prolongación de la intensa comunión eclesial experimentada en estos días. Animados por un profundo sentido de responsabilidad, y apoyados por un gran amor por Cristo y por la Iglesia, hemos rezado juntos, compartiendo fraternalmente nuestros sentimientos, nuestras experiencias y reflexiones. Así, en este clima de gran cordialidad, ha crecido el conocimiento recíproco y la mutua apertura; y esto es bueno, porque somos hermanos. Alguno me decía: los Cardenales son los presbíteros del Santo Padre. Esta comunidad, esta amistad y esta cercanía nos harán bien a todos. Y este conocimiento y esta apertura nos han facilitado la docilidad a la acción del Espíritu Santo. Él, el Paráclito, es el protagonista supremo de toda iniciativa y manifestación de fe. Es curioso. A mí me hace pensar esto: el Paráclito crea todas las diferencias en la Iglesia, y parece que fuera un apóstol de Babel. Pero, por otro lado, es quien mantiene la unidad de estas diferencias, no en la «igualdad», sino en la armonía. Recuerdo aquel Padre de la Iglesia que lo definía así: *«Ipse harmonia est»*. El Paráclito, que da a cada uno carismas diferentes, nos une en esta comunidad de Iglesia, que adora al Padre, al Hijo y a él, el Espíritu Santo.

A partir precisamente del auténtico afecto colegial que une el Colegio Cardenalicio, expreso mi voluntad de servir al Evangelio con renovado amor, ayudando a la Iglesia a ser cada vez más, en Cristo y con Cristo, la vid fecunda del Señor. Impulsados también por la celebración del *Año de la fe*, todos juntos, pastores y fieles, nos esforzaremos por responder fielmente a la misión de siempre: llevar a Jesucristo al hombre, y conducir al hombre al encuentro con Jesucristo, Camino, Verdad y Vida, realmente presente en la Iglesia y contemporáneo en cada hombre. Este encuentro lleva a convertirse en hombres nuevos en el misterio de la gracia, suscitando en el alma esa alegría cristiana que es aquel céntuplo que Cristo da a quienes le acogen en su vida.

Como nos ha recordado tantas veces el Papa Benedicto XVI en sus enseñanzas, y al final con ese gesto valeroso y humilde, es Cristo quien guía a la Iglesia por medio de su Espíritu. El Espíritu Santo es el alma de la Iglesia, con su fuerza vivificadora y unificadora: de muchos, hace un solo cuerpo, el Cuerpo místico de Cristo. Nunca nos dejemos vencer por el pesimismo, por esa amargura que el diablo nos ofrece cada día; no caiamos en el pesimismo y el desánimo: tengamos la firme convicción de que, con su aliento poderoso, el Espíritu Santo da a la Iglesia el valor de perseverar y también de buscar nuevos métodos de evangelización, para llevar el Evangelio hasta los extremos confines de la tierra (cf. *Hch* 1,8). La verdad cristiana es atrayente y persuasiva porque responde a la necesidad profunda de la existencia humana, al anunciar de manera convincente que Cristo es el único Salvador de todo el hombre y de todos los hombres. Este anuncio sigue siendo válido hoy, como lo fue en los comienzos del cristianismo, cuando se produjo la primera gran expansión misionera del Evangelio.

Queridos Hermanos: ¡Ánimo! La mitad de nosotros tenemos una edad avanzada: la vejez es – me gusta decirlo así – la sede de la sabiduría de la vida. Los viejos tienen la sabiduría de haber caminado en la vida, como el anciano Simeón, la anciana Ana en el Templo. Y justamente esta sabiduría les ha hecho reconocer a Jesús. Ofrezcamos esta sabiduría a los jóvenes: como el vino bueno, que mejora con los años, ofrezcamos esta sabiduría de la vida. Me viene a la mente aquello que decía un poeta alemán sobre la vejez: «*Es ist ruhig, das Alter, und fromm*»; es el tiempo de la tranquilidad y de la plegaria. Y también de brindar esta sabiduría a los jóvenes. Ahora volveréis a las respectivas sedes para continuar vuestro ministerio, enriquecidos por la experiencia de estos días, tan llenos de fe y de comunión eclesial. Esta experiencia única e incomparable nos ha permitido comprender en profundidad la belleza de la realidad eclesial,

que es un reflejo del fulgor de Cristo resucitado. Un día contemplaremos ese rostro bellísimo de Cristo resucitado.

A la poderosa intercesión de María, nuestra Madre, Madre de la Iglesia, encomiendo mi ministerio y el vuestro. Que cada uno de vosotros, bajo su amparo maternal, camine alegre y con docilidad a la voz de su divino Hijo, fortaleciendo la unidad, perseverando concordemente en la oración y dando testimonio de la fe genuina en la continua presencia del Señor. Con estos sentimientos –que son auténticos–, con estos sentimientos, os imparto de corazón la Bendición Apostólica, que hago extensiva a vuestros colaboradores y cuantos están confiados a vuestro cuidado pastoral.

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO EN EL ENCUENTRO CON LOS REPRESENTANTES DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN

Sala Pablo VI. Sábado, 16 de marzo de 2013

Queridos amigos

Al comienzo de mi ministerio en la Sede de Pedro, me alegra encontrarme con vosotros, que habéis trabajado aquí en Roma en este momento tan intenso, que comenzó con el anuncio sorprendente de mi venerado predecesor, Benedicto XVI, el pasado 11 de febrero. Os saludo cordialmente a todos vosotros.

El papel de los medios de comunicación ha ido creciendo cada vez más en los últimos tiempos, hasta el punto de que se ha hecho imprescindible para relatar al mundo los acontecimientos de la historia contemporánea. Expreso, pues, un agradecimiento especial a vosotros por vuestro competente servicio durante los días pasados –habéis trabajado ¡eh!, habéis trabajado– en los que el mundo católico, y no sólo el católico, ha puesto sus ojos en la Ciudad Eterna, y particularmente en este territorio cuyo «centro de gravedad» es la tumba de San Pedro. En estas semanas, habéis tenido ocasión de hablar de la Santa Sede, de la Iglesia, de sus ritos y tradiciones, de su fe y, sobre todo, del papel del Papa y de su ministerio.

Doy gracias de corazón especialmente a quienes han sabido observar y presentar estos acontecimientos de la historia de la Iglesia, teniendo en cuenta la justa perspectiva desde la que han de ser leídos, la de la fe. Los acontecimientos de la historia requieren casi siempre una lectura compleja, que a veces puede incluir también la dimensión de la fe. Los

acontecimientos eclesiales no son ciertamente más complejos de los políticos o económicos. Pero tienen una característica de fondo peculiar: responden a una lógica que no es principalmente la de las categorías, por así decirlo, mundanas; y precisamente por eso, no son fáciles de interpretar y comunicar a un público amplio y diversificado. En efecto, aunque es ciertamente una institución también humana, histórica, con todo lo que ello comporta, la Iglesia no es de naturaleza política, sino esencialmente espiritual: es el Pueblo de Dios. El santo Pueblo de Dios que camina hacia el encuentro con Jesucristo. Únicamente desde esta perspectiva se puede dar plenamente razón de lo que hace la Iglesia Católica.

Cristo es el Pastor de la Iglesia, pero su presencia en la historia pasa a través de la libertad de los hombres: uno de ellos es elegido para servir como su Vicario, Sucesor del apóstol Pedro; pero Cristo es el centro, no el Sucesor de Pedro: Cristo. Cristo es el centro. Cristo es la referencia fundamental, el corazón de la Iglesia. Sin él, ni Pedro ni la Iglesia existirían ni tendrían razón de ser. Como ha repetido tantas veces Benedicto XVI, Cristo está presente y guía a su Iglesia. En todo lo acaecido, el protagonista, en última instancia, es el Espíritu Santo. Él ha inspirado la decisión de Benedicto XVI por el bien de la Iglesia. Él ha orientado en la oración y la elección a los cardenales.

Es importante, queridos amigos, tener debidamente en cuenta este horizonte interpretativo, esta hermenéutica, para enfocar el corazón de los acontecimientos de estos días.

De aquí nace ante todo un renovado y sincero agradecimiento por los esfuerzos de estos días especialmente fatigosos, pero también una invitación a tratar de conocer cada vez mejor la verdadera naturaleza de la Iglesia, y también su caminar por el mundo, con sus virtudes y sus pecados, y conocer las motivaciones espirituales que la guían, y que son las más auténticas para comprenderla. Tened la seguridad de que la Iglesia, por su parte, dedica una gran atención a vuestro precioso cometido; tenéis la capacidad de recoger y expresar las expectativas y exigencias de nuestro tiempo, de ofrecer los elementos para una lectura de la realidad. Vuestro trabajo requiere estudio, sensibilidad y experiencia, como en tantas otras profesiones, pero implica una atención especial respecto a la verdad, la bondad y la belleza; y esto nos hace particularmente cercanos, porque la Iglesia existe precisamente para comunicar esto: la Verdad, la Bondad y la Belleza «en persona». Debería quedar muy claro que todos estamos llamados, no a mostrarnos a nosotros mismos, sino a comunicar esta tríada existencial que conforman la verdad, la bondad y la belleza.

Algunos no sabían por qué el Obispo de Roma ha querido llamarse Francisco. Algunos pensaban en Francisco Javier, en Francisco de Sales, también en Francisco de Asís. Les contaré la historia. Durante las elecciones, tenía al lado al arzobispo emérito de San Pablo, y también prefecto emérito de la Congregación para el clero, el cardenal Claudio Hummes: un gran amigo, un gran amigo. Cuando la cosa se ponía un poco peligrosa, él me confortaba. Y cuando los votos subieron a los dos tercios, hubo el acostumbrado aplauso, porque había sido elegido. Y él me abrazó, me besó, y me dijo: «No te olvides de los pobres». Y esta palabra ha entrado aquí: los pobres, los pobres. De inmediato, en relación con los pobres, he pensado en Francisco de Asís. Después he pensado en las guerras, mientras proseguía el escrutinio hasta terminar todos los votos. Y Francisco es el hombre de la paz. Y así, el nombre ha entrado en mi corazón: Francisco de Asís. Para mí es el hombre de la pobreza, el hombre de la paz, el hombre que ama y custodia la creación; en este momento, también nosotros mantenemos con la creación una relación no tan buena, ¿no? Es el hombre que nos da este espíritu de paz, el hombre pobre... ¡Ah, cómo quisiera una Iglesia pobre y para los pobres! Después, algunos hicieron diversos chistes: «Pero tú deberías llamarte Adriano, porque Adriano VI fue el reformador, y hace falta reformar...». Y otro me decía: «No, no, tu nombre debería ser Clemente». «Y ¿por qué?». «Clemente XV: así te vengas de Clemente XIV, que suprimió la Compañía de Jesús». Son bromas... Os quiero mucho. Os doy las gracias por todo lo que habéis hecho. Y pienso en vuestro trabajo: os deseo que trabajéis con serenidad y con fruto, y que conozcáis cada vez mejor el Evangelio de Jesucristo y la realidad de la Iglesia. Os encomiendo a la intercesión de la Santísima Virgen María, Estrella de la Evangelización, a la vez que os expreso los mejores deseos para vosotros y vuestras familias, a cada una de vuestras familias, e imparto de corazón a todos mi Bendición.

(Palabras en español)

Les dije que les daba de corazón la bendición. Como muchos de ustedes no pertenecen a la Iglesia católica, otros no son creyentes, de corazón doy esta bendición en silencio a cada uno de ustedes, respetando la conciencia de cada uno, pero sabiendo que cada uno de ustedes es hijo de Dios. Que Dios los bendiga.

HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO EN LA SANTA MISA, IMPOSICIÓN DEL PALIO Y ENTREGA DEL ANILLO DEL PESCADOR EN EL SOLEMNE INICIO DEL MINISTERIO PETRINO DEL OBISPO DE ROMA

Plaza de San Pedro. Martes ,19 de marzo de 2013,
Solemnidad de San José

Queridos hermanos y hermanas

Doy gracias al Señor por poder celebrar esta Santa Misa de comienzo del ministerio petrino en la solemnidad de san José, esposo de la Virgen María y patrono de la Iglesia universal: es una coincidencia muy rica de significado, y es también el onomástico de mi venerado Predecesor: le estamos cercanos con la oración, llena de afecto y gratitud.

Saludo con afecto a los hermanos Cardenales y Obispos, a los presbíteros, diáconos, religiosos y religiosas y a todos los fieles laicos. Agradezco por su presencia a los representantes de las otras Iglesias y Comunidades eclesiales, así como a los representantes de la comunidad judía y otras comunidades religiosas. Dirijo un cordial saludo a los Jefes de Estado y de Gobierno, a las delegaciones oficiales de tantos países del mundo y al Cuerpo Diplomático.

Hemos escuchado en el Evangelio que «José hizo lo que el ángel del Señor le había mandado, y recibió a su mujer» (*Mt* 1,24). En estas palabras se encierra ya la misión que Dios confía a José, la de ser *custos*, custodio. Custodio ¿de quién? De María y Jesús; pero es una custodia que se alarga luego a la Iglesia, como ha señalado el beato Juan Pablo II: «Al igual que cuidó amorosamente a María y se dedicó con gozoso empeño a la educación de Jesucristo, también custodia y protege su cuerpo místico, la Iglesia, de la que la Virgen Santa es figura y modelo» (Exhort. ap. *Redemptoris Custos*, 1).

¿Cómo ejerce José esta custodia? Con discreción, con humildad, en silencio, pero con una presencia constante y una fidelidad total, aun cuando no comprende. Desde su matrimonio con María hasta el episodio de Jesús en el Templo de Jerusalén a los doce años, acompaña en todo momento con esmero y amor. Está junto a María, su esposa, tanto en los momentos serenos de la vida como en los difíciles, en el viaje a Belén para el censo y en las horas temblorosas y gozosas del parto; en el momento dramático de la huida a Egipto y en la afanosa búsqueda de su

hijo en el Templo; y después en la vida cotidiana en la casa de Nazaret, en el taller donde enseñó el oficio a Jesús.

¿Cómo vive José su vocación como custodio de María, de Jesús, de la Iglesia? Con la atención constante a Dios, abierto a sus signos, disponible a su proyecto, y no tanto al propio; y eso es lo que Dios le pidió a David, como hemos escuchado en la primera Lectura: Dios no quiere una casa construida por el hombre, sino la fidelidad a su palabra, a su designio; y es Dios mismo quien construye la casa, pero de piedras vivas marcadas por su Espíritu. Y José es «custodio» porque sabe escuchar a Dios, se deja guiar por su voluntad, y precisamente por eso es más sensible aún a las personas que se le han confiado, sabe cómo leer con realismo los acontecimientos, está atento a lo que le rodea, y sabe tomar las decisiones más sensatas. En él, queridos amigos, vemos cómo se responde a la llamada de Dios, con disponibilidad, con prontitud; pero vemos también cuál es el centro de la vocación cristiana: Cristo. Guardemos a Cristo en nuestra vida, para guardar a los demás, para salvaguardar la creación.

Pero la vocación de custodiar no sólo nos atañe a nosotros, los cristianos, sino que tiene una dimensión que antecede y que es simplemente humana, corresponde a todos. Es custodiar toda la creación, la belleza de la creación, como se nos dice en el libro del Génesis y como nos muestra san Francisco de Asís: es tener respeto por todas las criaturas de Dios y por el entorno en el que vivimos. Es custodiar a la gente, el preocuparse por todos, por cada uno, con amor, especialmente por los niños, los ancianos, quienes son más frágiles y que a menudo se quedan en la periferia de nuestro corazón. Es preocuparse uno del otro en la familia: los cónyuges se guardan recíprocamente y luego, como padres, cuidan de los hijos, y con el tiempo, también los hijos se convertirán en cuidadores de sus padres. Es vivir con sinceridad las amistades, que son un recíproco protegerse en la confianza, en el respeto y en el bien. En el fondo, todo está confiado a la custodia del hombre, y es una responsabilidad que nos afecta a todos. Sed custodios de los dones de Dios.

Y cuando el hombre falla en esta responsabilidad, cuando no nos preocupamos por la creación y por los hermanos, entonces gana terreno la destrucción y el corazón se queda árido. Por desgracia, en todas las épocas de la historia existen «Herodes» que traman planes de muerte, destruyen y desfiguran el rostro del hombre y de la mujer.

Quisiera pedir, por favor, a todos los que ocupan puestos de responsabilidad en el ámbito económico, político o social, a todos los hombres y mujeres de buena voluntad: seamos «custodios» de la creación, del designio de Dios inscrito en la naturaleza, guardianes del otro, del medio am-

biente; no dejemos que los signos de destrucción y de muerte acompañen el camino de este mundo nuestro. Pero, para «custodiar», también tenemos que cuidar de nosotros mismos. Recordemos que el odio, la envidia, la soberbia ensucian la vida. Custodiar quiere decir entonces vigilar sobre nuestros sentimientos, nuestro corazón, porque ahí es de donde salen las intenciones buenas y malas: las que construyen y las que destruyen. No debemos tener miedo de la bondad, más aún, ni siquiera de la ternura.

Y aquí añado entonces una ulterior anotación: el preocuparse, el custodiar, requiere bondad, pide ser vivido con ternura. En los Evangelios, san José aparece como un hombre fuerte y valiente, trabajador, pero en su alma se percibe una gran ternura, que no es la virtud de los débiles, sino más bien todo lo contrario: denota fortaleza de ánimo y capacidad de atención, de compasión, de verdadera apertura al otro, de amor. No debemos tener miedo de la bondad, de la ternura.

Hoy, junto a la fiesta de San José, celebramos el inicio del ministerio del nuevo Obispo de Roma, Sucesor de Pedro, que comporta también un poder. Ciertamente, Jesucristo ha dado un poder a Pedro, pero ¿de qué poder se trata? A las tres preguntas de Jesús a Pedro sobre el amor, sigue la triple invitación: Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas. Nunca olvidemos que el verdadero poder es el servicio, y que también el Papa, para ejercer el poder, debe entrar cada vez más en ese servicio que tiene su culmen luminoso en la cruz; debe poner sus ojos en el servicio humilde, concreto, rico de fe, de san José y, como él, abrir los brazos para custodiar a todo el Pueblo de Dios y acoger con afecto y ternura a toda la humanidad, especialmente a los más pobres, los más débiles, los más pequeños; eso que Mateo describe en el juicio final sobre la caridad: al hambriento, al sediento, al forastero, al desnudo, al enfermo, al encarcelado (cf. Mt 25,31-46). Sólo el que sirve con amor sabe custodiar.

En la segunda Lectura, san Pablo habla de Abraham, que «apoyado en la esperanza, creyó, contra toda esperanza» (*Rm* 4,18). Apoyado en la esperanza, contra toda esperanza. También hoy, ante tantos cúmulos de cielo gris, hemos de ver la luz de la esperanza y dar nosotros mismos esperanza. Custodiar la creación, cada hombre y cada mujer, con una mirada de ternura y de amor; es abrir un resquicio de luz en medio de tantas nubes; es llevar el calor de la esperanza. Y, para el creyente, para nosotros los cristianos, como Abraham, como san José, la esperanza que llevamos tiene el horizonte de Dios, que se nos ha abierto en Cristo, está fundada sobre la roca que es Dios.

Custodiar a Jesús con María, custodiar toda la creación, custodiar a todos, especialmente a los más pobres, custodiarnos a nosotros mismos;

he aquí un servicio que el Obispo de Roma está llamado a desempeñar, pero al que todos estamos llamados, para hacer brillar la estrella de la esperanza: protejamos con amor lo que Dios nos ha dado.

Imploro la intercesión de la Virgen María, de san José, de los Apóstoles san Pedro y san Pablo, de san Francisco, para que el Espíritu Santo acompañe mi ministerio, y a todos vosotros os digo: Rezad por mí. Amén.

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO EN EL ENCUENTRO CON LOS REPRESENTANTES DE LAS IGLESIAS Y COMUNIDADES ECLESIALES, Y DE LAS DIVERSAS RELIGIONES

Sala Clementina. Miércoles, 20 de marzo de 2013

Queridos hermanos y hermanas:

Ante todo, agradezco de corazón lo que me ha dicho mi Hermano Andrés [*n. de la r.* El Patriarca Ecuménico Bartolomeo I]. Gracias. Muchas gracias.

Me causa una especial alegría encontrarme hoy con vosotros, Delegados de las Iglesias ortodoxas, las Iglesias ortodoxas orientales y las Comunidades eclesiales de Occidente. Agradezco que hayáis querido participar en la celebración que ha marcado el comienzo de mi ministerio como Obispo de Roma y Sucesor de Pedro.

Ayer por la mañana, durante la misa, he reconocido espiritualmente presentes a través de vosotros a las comunidades que representáis. En esta manifestación de fe me ha parecido vivir de manera aún más apremiante la oración por la unidad de todos los creyentes en Cristo, y ver en ella prefigurada de algún modo esa plena realización, que depende del designio de Dios y de nuestra cooperación leal.

Comienzo mi ministerio apostólico durante este año que mi venerado predecesor, Benedicto XVI, con intuición verdaderamente inspirada, ha proclamado para la Iglesia católica *Año de la Fe*. Con esta iniciativa, que deseo continuar, y que espero que impulse el camino de fe de todos, quería conmemorar el 50 aniversario del inicio del Concilio Vaticano II, proponiendo una especie de peregrinación a lo que es esencial para todo cristiano: la relación personal y transformadora con Jesucristo, Hijo de Dios, muerto y resucitado por nuestra salvación. En el corazón del men-

saje conciliar reside precisamente el deseo de proclamar este tesoro permanentemente válido de la fe a los hombres de nuestro tiempo.

Junto con vosotros, no puedo olvidar lo que aquel Concilio ha significado para el camino ecuménico. Deseo recordar las palabras que el Beato Juan XXIII, del que en breve recordaremos el 50 aniversario de su muerte, pronunció en el memorable discurso de inauguración: «La Iglesia católica considera deber suyo el esforzarse diligentemente en realizar el gran misterio de la unidad por la que Jesucristo, poco antes de su sacrificio, oró ardientemente al Padre celestial. Ella goza de esta apacible paz, porque se siente íntimamente unida a esta oración de Cristo» (AAS 54 [1962], 793). Así, el Papa Juan.

Sí, queridos hermanos y hermanas en Cristo, sintámonos todos íntimamente unidos a la oración de nuestro Salvador en la Última Cena, a su invocación: *Ut unum sint*. Pidamos al Padre misericordioso que vivamos plenamente esa fe que hemos recibido como un don el día de nuestro bautismo, y que demos de ella un testimonio libre, alegre y valiente. Éste será nuestro mejor servicio a la causa de la unidad entre los cristianos, un servicio de esperanza para un mundo todavía marcado por divisiones, contrastes y rivalidades. Cuanto más fieles seamos a su voluntad en pensamientos, palabras y obras, más caminaremos real y substancialmente hacia la unidad.

Por mi parte, deseo asegurar, siguiendo la línea de mis predecesores, la firme voluntad de proseguir el camino del diálogo ecuménico y, ya desde ahora, agradezco al Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos la ayuda que continuará ofreciendo en mi nombre para esta nobilísima causa. Os pido, queridos hermanos y hermanas, que llevéis mi cordial saludo, junto con la seguridad de mi recuerdo ante el Señor, a las Iglesias y Comunidades cristianas que representáis, y os pido a vosotros la caridad de una plegaria especial por mi persona, para que sea un pastor según el corazón de Cristo.

Y ahora me dirijo a vosotros, distinguidos representantes del pueblo judío, al que nos une un vínculo espiritual muy especial, pues, como dice el Concilio Vaticano II, «la Iglesia de Cristo reconoce que, conforme al misterio salvífico de Dios, los comienzos de su fe y de su elección se encuentran ya en los Patriarcas, en Moisés y en los profetas» (Declaración *Nostra Aetate*, 4). Agradezco vuestra presencia y confío en que, con la ayuda del Altísimo, podamos proseguir con provecho ese diálogo fraterno que deseaba el Concilio (cf. *ibíd.*), y que efectivamente se ha llevado a cabo, dando no pocos frutos, especialmente a lo largo de las últimas décadas.

También saludo y agradezco cordialmente a todos vosotros, queridos amigos pertenecientes a otras tradiciones religiosas; en primer lugar a los

musulmanes, que adoran al Dios único, viviente y misericordioso, y lo invocan en la plegaria, y a todos vosotros. Precio mucho vuestra presencia: en ella veo un signo tangible de la voluntad de incrementar el respeto mutuo y la cooperación para el bien común de la humanidad.

La Iglesia católica es consciente de la importancia que tiene la promoción de la amistad y el respeto entre hombres y mujeres de diferentes tradiciones religiosas –esto, lo quiero repetir: promoción de la amistad y del respeto entre hombres y mujeres de diversas tradiciones religiosas–, lo atestigua también el trabajo valioso que desarrolla el Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso. También es consciente de la responsabilidad que todos tenemos respecto a este mundo nuestro, respecto a toda la creación, a la que debemos amar y custodiar. Y podemos hacer mucho por el bien de quien es más pobre, débil o sufre, para fomentar la justicia, promover la reconciliación y construir la paz. Pero, sobre todo, debemos mantener viva en el mundo la sed de lo absoluto, sin permitir que prevalezca una visión de la persona humana unidimensional, según la cual el hombre se reduce a aquello que produce y a aquello que consume. Ésta es una de las insidias más peligrosas para nuestro tiempo.

Sabemos cuánta violencia ha causado en la historia reciente el intento de eliminar a Dios y lo divino del horizonte de la humanidad, y nos damos cuenta del valor que tiene el dar testimonio en nuestras sociedades de la originaria apertura a la trascendencia, ínsita en el corazón humano. En esto, sentimos cercanos también a todos esos hombres y mujeres que, aun sin reconocerse en ninguna tradición religiosa, se sienten sin embargo en búsqueda de la verdad, la bondad y la belleza, esta verdad, bondad y belleza de Dios, y que son nuestros valiosos aliados en el compromiso de defender la dignidad del hombre, de construir una convivencia pacífica entre los pueblos y de salvaguardar cuidadosamente la creación.

Queridos amigos, gracias de nuevo por vuestra presencia. Un cordial y fraterno saludo a todos.

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO EN LA AUDIENCIA AL CUERPO DIPLOMÁTICO ACREDITADO ANTE LA SANTA SEDE

Sala Regia. Viernes, 22 de marzo de 2013

Excelencias,
Señoras y señores:

Agradezco sinceramente a vuestro decano, el Embajador Jean-Clau-
de Michel, las amables palabras que me ha dirigido en nombre de todos,
y os acojo con gozo en este intercambio de saludos, simple pero intenso
al mismo tiempo, que quiere ser idealmente el abrazo del Papa al mundo.
En efecto, por vuestro medio encuentro a vuestros pueblos, y así puedo
en cierto modo llegar a cada uno de vuestros conciudadanos, con todas
sus alegrías, sus dramas, sus esperanzas, sus deseos.

Vuestra numerosa presencia es también un signo de que las relacio-
nes que vuestros países mantienen con la Santa Sede son beneficiosas,
son verdaderamente una ocasión de bien para la humanidad. Efectiva-
mente, esto es precisamente lo que preocupa a la Santa Sede: el bien de
todo hombre en esta tierra. Y precisamente con esta idea comienza el
Obispo de Roma su ministerio, sabiendo que puede contar con la amista-
dad y el afecto de los Países que representáis, y con la certeza de que
compartís este propósito. Al mismo tiempo, espero que sea también la
ocasión para emprender un camino con los pocos Países que todavía no
tienen relaciones diplomáticas con la Santa Sede, algunos de los cuales
—se lo agradezco de corazón— han querido estar presentes en la Misa por
el inicio de mi ministerio, o enviado mensajes como gesto de cercanía.

Como sabéis, son varios los motivos por los que elegí mi nombre
pensando en Francisco de Asís, una personalidad que es bien conocida
más allá de los confines de Italia y de Europa, y también entre quienes
no profesan la fe católica. Uno de los primeros es el amor que Francisco
tenía por los pobres. ¡Cuántos pobres hay todavía en el mundo! Y ¡cuán-
to sufrimiento afrontan estas personas! Según el ejemplo de Francisco de
Asís, la Iglesia ha tratado siempre de cuidar, proteger en todos los rinco-
nes de la Tierra a los que sufren por la indigencia, y creo que en muchos
de vuestros Países podéis constatar la generosa obra de aquellos cristia-
nos que se esfuerzan por ayudar a los enfermos, a los huérfanos, a quie-
nes no tienen hogar y a todos los marginados, y que, de este modo, traba-
jan para construir una sociedad más humana y más justa.

Pero hay otra pobreza. Es la pobreza espiritual de nuestros días, que
afecta gravemente también a los Países considerados más ricos. Es lo que
mi Predecesor, el querido y venerado Papa Benedicto XVI, llama la «dic-
tadura del relativismo», que deja a cada uno como medida de sí mismo y
pone en peligro la convivencia entre los hombres. Llego así a una segun-
da razón de mi nombre. Francisco de Asís nos dice: Esforzaos en cons-
truir la paz. Pero no hay verdadera paz sin verdad. No puede haber ver-
dadera paz si cada uno es la medida de sí mismo, si cada uno puede
reclamar siempre y sólo su propio derecho, sin preocuparse al mismo

tiempo del bien de los demás, de todos, a partir ya de la naturaleza, que acomuna a todo ser humano en esta tierra.

Uno de los títulos del Obispo de Roma es «Pontífice», es decir, el que construye puentes, con Dios y entre los hombres. Quisiera precisamente que el diálogo entre nosotros ayude a construir puentes entre todos los hombres, de modo que cada uno pueda encontrar en el otro no un enemigo, no un contendiente, sino un hermano para acogerlo y abrazarlo. Además, mis propios orígenes me impulsan a trabajar para construir puentes. En efecto, como sabéis, mi familia es de origen italiano; y por eso está siempre vivo en mí este diálogo entre lugares y culturas distantes entre sí, entre un extremo del mundo y el otro, hoy cada vez más cercanos, interdependientes, necesitados de encontrarse y de crear ámbitos reales de auténtica fraternidad.

En esta tarea es fundamental también el papel de la religión. En efecto, no se pueden construir puentes entre los hombres olvidándose de Dios. Pero también es cierto lo contrario: no se pueden vivir auténticas relaciones con Dios ignorando a los demás. Por eso, es importante intensificar el diálogo entre las distintas religiones, creo que en primer lugar con el Islam, y he apreciado mucho la presencia, durante la Misa de inicio de mi ministerio, de tantas autoridades civiles y religiosas del mundo islámico. Y también es importante intensificar la relación con los no creyentes, para que nunca prevalezcan las diferencias que separan y laceran, sino que, no obstante la diversidad, predomine el deseo de construir lazos verdaderos de amistad entre todos los pueblos.

La lucha contra la pobreza, tanto material como espiritual; edificar la paz y construir puentes. Son como los puntos de referencia de un camino al cual quisiera invitar a participar a cada uno de los Países que representáis. Pero, si no aprendemos a amar cada vez más a nuestra Tierra, es un camino difícil. También en este punto me ayuda pensar en el nombre de Francisco, que enseña un profundo respeto por toda la creación, la salvaguardia de nuestro medio ambiente, que demasiadas veces no lo usamos para el bien, sino que lo explotamos ávidamente, perjudicándonos unos a otros.

Queridos Embajadores, Señoras y Señores, gracias de nuevo por todo el trabajo que desarrolláis, junto con la Secretaría de Estado, para edificar la paz y construir puentes de amistad y hermandad. Por vuestro medio, quisiera reiterar mi agradecimiento a vuestros Gobiernos por su participación en las celebraciones con motivo de mi elección, con la esperanza de un trabajo común fructífero. Que el Señor Todopoderoso colme de sus dones a cada uno vosotros, a vuestras familias y a los Pueblos que representáis. Muchas gracias.

MENSAJE URBI ET ORBI DEL SANTO PADRE FRANCISCO PASCUA 2013

Domingo, 31 de marzo de 2013

Queridos hermanos y hermanas de Roma y de todo el mundo: ¡Feliz Pascua! ¡Feliz Pascua!

Es una gran alegría para mí poder dar este anuncio: ¡Cristo ha resucitado! Quisiera que llegara a todas las casas, a todas las familias, especialmente allí donde hay más sufrimiento, en los hospitales, en las cárceles...

Quisiera que llegara sobre todo al corazón de cada uno, porque es allí donde Dios quiere sembrar esta Buena Nueva: Jesús ha resucitado, hay la esperanza para ti, ya no estás bajo el dominio del pecado, del mal. Ha vencido el amor, ha triunfado la misericordia. La misericordia de Dios siempre vence.

También nosotros, como las mujeres discípulas de Jesús que fueron al sepulcro y lo encontraron vacío, podemos preguntarnos qué sentido tiene este evento (cf. Lc 24,4). ¿Qué significa que Jesús ha resucitado? Significa que el amor de Dios es más fuerte que el mal y la muerte misma, significa que el amor de Dios puede transformar nuestras vidas y hacer florecer esas zonas de desierto que hay en nuestro corazón. Y esto lo puede hacer el amor de Dios.

Este mismo amor por el que el Hijo de Dios se ha hecho hombre, y ha ido hasta el fondo por la senda de la humildad y de la entrega de sí, hasta descender a los infiernos, al abismo de la separación de Dios, este mismo amor misericordioso ha inundado de luz el cuerpo muerto de Jesús, y lo ha transfigurado, lo ha hecho pasar a la vida eterna. Jesús no ha vuelto a su vida anterior, a la vida terrenal, sino que ha entrado en la vida gloriosa de Dios y ha entrado en ella con nuestra humanidad, nos ha abierto a un futuro de esperanza.

He aquí lo que es la Pascua: el éxodo, el paso del hombre de la esclavitud del pecado, del mal, a la libertad del amor y la bondad. Porque Dios es vida, sólo vida, y su gloria somos nosotros: es el hombre vivo (cf. san Ireneo, *Adv. haereses*, 4, 20, 5-7).

Queridos hermanos y hermanas, Cristo murió y resucitó una vez para siempre y por todos, pero el poder de la resurrección, este paso de la esclavitud del mal a la libertad del bien, debe ponerse en práctica en todos los tiempos, en los momentos concretos de nuestra vida, en nuestra vida cotidiana. Cuántos desiertos debe atravesar el ser humano también

hoy. Sobre todo el desierto que está dentro de él, cuando falta el amor de Dios y del prójimo, cuando no se es consciente de ser custodio de todo lo que el Creador nos ha dado y nos da. Pero la misericordia de Dios puede hacer florecer hasta la tierra más árida, puede hacer revivir incluso a los huesos secos (cf. *Ez 37,1-14*).

He aquí, pues, la invitación que hago a todos: Acojamos la gracia de la Resurrección de Cristo. Dejémonos renovar por la misericordia de Dios, dejémonos amar por Jesús, dejemos que la fuerza de su amor transforme también nuestras vidas; y hagámonos instrumentos de esta misericordia, cauces a través de los cuales Dios pueda regar la tierra, custodiar toda la creación y hacer florecer la justicia y la paz.

Así, pues, pidamos a Jesús resucitado, que transforma la muerte en vida, que cambie el odio en amor, la venganza en perdón, la guerra en paz. Sí, Cristo es nuestra paz, e imploremos por medio de él la paz para el mundo entero.

Paz para Oriente Medio, en particular entre israelíes y palestinos, que tienen dificultades para encontrar el camino de la concordia, para que reanuden las negociaciones con determinación y disponibilidad, con el fin de poner fin a un conflicto que dura ya demasiado tiempo. Paz para Irak, y que cese definitivamente toda violencia, y, sobre todo, para la amada Siria, para su población afectada por el conflicto y los tantos refugiados que están esperando ayuda y consuelo. ¡Cuánta sangre derramada! Y ¿cuánto dolor se ha de causar todavía, antes de que se consiga encontrar una solución política a la crisis?

Paz para África, escenario aún de conflictos sangrientos. Para Malí, para que vuelva a encontrar unidad y estabilidad; y para Nigeria, donde lamentablemente no cesan los atentados, que amenazan gravemente la vida de tantos inocentes, y donde muchas personas, incluso niños, están siendo rehenes de grupos terroristas. Paz para el Este la República Democrática del Congo y la República Centrafricana, donde muchos se ven obligados a abandonar sus hogares y viven todavía con miedo.

Paz en Asia, sobre todo en la península coreana, para que se superen las divergencias y madure un renovado espíritu de reconciliación.

Paz a todo el mundo, aún tan dividido por la codicia de quienes buscan fáciles ganancias, herido por el egoísmo que amenaza la vida humana y la familia; egoísmo que continúa en la trata de personas, la esclavitud más extendida en este siglo veintiuno: la trata de personas es precisamente la esclavitud más extendida en este siglo veintiuno. Paz a todo el mundo, desgarrado por la violencia ligada al tráfico de drogas y la explotación inicua de los recursos naturales. Paz a esta Tierra nuestra. Que

Jesús Resucitado traiga consuelo a quienes son víctimas de calamidades naturales y nos haga custodios responsables de la creación.

Queridos hermanos y hermanas, a todos los que me escuchan en Roma y en todo el mundo, les dirijo la invitación del Salmo: «Dad gracias al Señor porque es bueno, / porque es eterna su misericordia. / Diga la casa de Israel: / “Eterna es su misericordia”» (*Sal 117,1-2*).

SALUDO

Queridos hermanos y hermanas venidos de todas las partes del mundo y reunidos en esta plaza, corazón de la cristiandad, y todos los que estáis conectados a través de los medios de comunicación, os renuevo mi felicitación: ¡Buena Pascua!

Llevad a vuestras familias y vuestros Países el mensaje de alegría, de esperanza y de paz que cada año, en este día, se renueva con vigor.

Que el Señor resucitado, vencedor del pecado y de la muerte, reconforte a todos, especialmente a los más débiles y necesitados. Gracias por vuestra presencia y el testimonio de vuestra fe. Un pensamiento y un agradecimiento particular por el don de las hermosas flores, que provienen de los Países Bajos. Repito a todos con afecto: Cristo resucitado guíe a todos vosotros y a la humanidad entera por sendas de justicia, de amor y de paz.

Benedicto XVI

MENSAJE DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI PARA LA L JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES

Las vocaciones signo de la esperanza fundada sobre la fe

21 de abril de 2013 – IV domingo de pascua

Queridos hermanos y hermanas:

Con motivo de la 50 Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, que se celebrará el 21 de abril de 2013, cuarto domingo de Pascua, quisiera invitaros a reflexionar sobre el tema: «*Las vocaciones signo de la esperanza fundada sobre la fe*», que se inscribe perfectamente en el con-

texto del Año de la Fe y en el 50 aniversario de la apertura del Concilio Ecuménico Vaticano II. El siervo de Dios Pablo VI, durante la Asamblea conciliar, instituyó esta Jornada de invocación unánime a Dios Padre para que continúe enviando obreros a su Iglesia (cf. Mt 9,38). «El problema del número suficiente de sacerdotes –subrayó entonces el Pontífice– afecta de cerca a todos los fieles, no sólo porque de él depende el futuro religioso de la sociedad cristiana, sino también porque este problema es el índice justo e inexorable de la vitalidad de fe y amor de cada comunidad parroquial y diocesana, y testimonio de la salud moral de las familias cristianas. Donde son numerosas las vocaciones al estado eclesiástico y religioso, se vive generosamente de acuerdo con el Evangelio» (Pablo VI, *Radiomensaje*, 11 abril 1964).

En estos decenios, las diversas comunidades eclesiales extendidas por todo el mundo se han encontrado espiritualmente unidas cada año, en el cuarto domingo de Pascua, para implorar a Dios el don de santas vocaciones y proponer a la reflexión común la urgencia de la respuesta a la llamada divina. Esta significativa cita anual ha favorecido, en efecto, un fuerte empeño por situar cada vez más en el centro de la espiritualidad, de la acción pastoral y de la oración de los fieles, la importancia de las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada.

La esperanza es espera de algo positivo para el futuro, pero que, al mismo tiempo, sostiene nuestro presente, marcado frecuentemente por insatisfacciones y fracasos. ¿Dónde se funda nuestra esperanza? Contemplando la historia del pueblo de Israel narrada en el Antiguo Testamento, vemos cómo, también en los momentos de mayor dificultad como los del Exilio, aparece un elemento constante, subrayado particularmente por los profetas: la memoria de las promesas hechas por Dios a los Patriarcas; memoria que lleva a imitar la actitud ejemplar de Abrahán, el cual, recuerda el Apóstol Pablo, «apoyado en la esperanza, creyó contra toda esperanza que llegaría a ser padre de muchos pueblos, de acuerdo con lo que se le había dicho: Así será tu descendencia» (Rm 4,18). Una verdad consoladora e iluminante que sobresale a lo largo de toda la historia de la salvación es, por tanto, la fidelidad de Dios a la alianza, a la cual se ha comprometido y que ha renovado cada vez que el hombre la ha quebrantado con la infidelidad y con el pecado, desde el tiempo del diluvio (cf. Gn 8,21-22), al del éxodo y el camino por el desierto (cf. Dt 9,7); fidelidad de Dios que ha venido a sellar la nueva y eterna alianza con el hombre, mediante la sangre de su Hijo, muerto y resucitado para nuestra salvación.

En todo momento, sobre todo en aquellos más difíciles, la fidelidad del Señor, auténtica fuerza motriz de la historia de la salvación, es la que siempre hace vibrar los corazones de los hombres y de las mujeres, confirmando los en la esperanza de alcanzar un día la «Tierra prometida». Aquí está el fundamento seguro de toda esperanza: Dios no nos deja nunca solos y es fiel a la palabra dada. Por este motivo, en toda situación gozosa o desfavorable, podemos nutrir una sólida esperanza y rezar con el salmista: «Descansa sólo Dios, alma mía, porque él es mi esperanza» (Sal 62,6). Tener esperanza equivale, pues, a confiar en el Dios fiel, que mantiene las promesas de la alianza. Fe y esperanza están, por tanto, estrechamente unidas. De hecho, «“esperanza”, es una palabra central de la fe bíblica, hasta el punto de que en muchos pasajes las palabras “fe” y “esperanza” parecen intercambiables. Así, la *Carta a los Hebreos* une estrechamente la “plenitud de la fe” (10,22) con la “firme confesión de la esperanza” (10,23). También cuando la *Primera Carta de Pedro* exhorta a los cristianos a estar siempre prontos para dar una respuesta sobre el *logos* –el sentido y la razón– de su esperanza (cf. 3,15), “esperanza” equivale a “fe”» (Enc. *Spe salvi*, 2).

Queridos hermanos y hermanas, ¿en qué consiste la fidelidad de Dios en la que se puede confiar con firme esperanza? En su amor. Él, que es Padre, vuelca en nuestro yo más profundo su amor, mediante el Espíritu Santo (cf. Rm 5,5). Y este amor, que se ha manifestado plenamente en Jesucristo, interpela a nuestra existencia, pide una respuesta sobre aquello que cada uno quiere hacer de su propia vida, sobre cuánto está dispuesto a empeñarse para realizarla plenamente. El amor de Dios sigue, en ocasiones, caminos impensables, pero alcanza siempre a aquellos que se dejan encontrar. La esperanza se alimenta, por tanto, de esta certeza: «Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él» (1 Jn 4,16). Y este amor exigente, profundo, que va más allá de lo superficial, nos alienta, nos hace esperar en el camino de la vida y en el futuro, nos hace tener confianza en nosotros mismos, en la historia y en los demás. Quisiera dirigirme de modo particular a vosotros jóvenes y repetiros: «¿Qué sería vuestra vida sin este amor? Dios cuida del hombre desde la creación hasta el fin de los tiempos, cuando llevará a cabo su proyecto de salvación. ¡En el Señor resucitado tenemos la certeza de nuestra esperanza!» (*Discurso a los jóvenes de la diócesis de San Marino-Montefeltro*, 19 junio 2011).

Como sucedió en el curso de su existencia terrena, también hoy Jesús, el Resucitado, pasa a través de los caminos de nuestra vida, y nos ve inmersos en nuestras actividades, con nuestros deseos y nuestras nece-

sidades. Precisamente en el devenir cotidiano sigue dirigiéndonos su palabra; nos llama a realizar nuestra vida con él, el único capaz de apagar nuestra sed de esperanza. Él, que vive en la comunidad de discípulos que es la Iglesia, también hoy llama a seguirlo. Y esta llamada puede llegar en cualquier momento. También ahora Jesús repite: «Ven y sígueme» (Mc 10,21). Para responder a esta invitación es necesario dejar de elegir por sí mismo el propio camino. Seguirlo significa sumergir la propia voluntad en la voluntad de Jesús, darle verdaderamente la precedencia, ponerlo en primer lugar frente a todo lo que forma parte de nuestra vida: la familia, el trabajo, los intereses personales, nosotros mismos. Significa entregar la propia vida a él, vivir con él en profunda intimidad, entrar a través de él en comunión con el Padre y con el Espíritu Santo y, en consecuencia, con los hermanos y hermanas. Esta comunión de vida con Jesús es el «lugar» privilegiado donde se experimenta la esperanza y donde la vida será libre y plena.

Las vocaciones sacerdotales y religiosas nacen de la experiencia del encuentro personal con Cristo, del diálogo sincero y confiado con él, para entrar en su voluntad. Es necesario, pues, crecer en la experiencia de fe, entendida como relación profunda con Jesús, como escucha interior de su voz, que resuena dentro de nosotros. Este itinerario, que hace capaz de acoger la llamada de Dios, tiene lugar dentro de las comunidades cristianas que viven un intenso clima de fe, un generoso testimonio de adhesión al Evangelio, una pasión misionera que induce al don total de sí mismo por el Reino de Dios, alimentado por la participación en los sacramentos, en particular la Eucaristía, y por una fervorosa vida de oración. Esta última «debe ser, por una parte, muy personal, una confrontación de mi yo con Dios, con el Dios vivo. Pero, por otra, ha de estar guiada e iluminada una y otra vez por las grandes oraciones de la Iglesia y de los santos, por la oración litúrgica, en la cual el Señor nos enseña constantemente a rezar correctamente» (Enc. *Spe salvi*, 34).

La oración constante y profunda hace crecer la fe de la comunidad cristiana, en la certeza siempre renovada de que Dios nunca abandona a su pueblo y lo sostiene suscitando vocaciones especiales, al sacerdocio y a la vida consagrada, para que sean signos de esperanza para el mundo. En efecto, los presbíteros y los religiosos están llamados a darse de modo incondicional al Pueblo de Dios, en un servicio de amor al Evangelio y a la Iglesia, un servicio a aquella firme esperanza que sólo la apertura al horizonte de Dios puede dar. Por tanto, ellos, con el testimonio de su fe y con su fervor apostólico, pueden transmitir, en particular a las nuevas generaciones, el vivo deseo de responder generosamente y sin demora a Cristo que llama a seguirlo más de cerca. La respuesta a la llamada divina por

parte de un discípulo de Jesús para dedicarse al ministerio sacerdotal o a la vida consagrada, se manifiesta como uno de los frutos más maduros de la comunidad cristiana, que ayuda a mirar con particular confianza y esperanza al futuro de la Iglesia y a su tarea de evangelización. Esta tarea necesita siempre de nuevos obreros para la predicación del Evangelio, para la celebración de la Eucaristía y para el sacramento de la reconciliación. Por eso, que no falten sacerdotes celosos, que sepan acompañar a los jóvenes como «compañeros de viaje» para ayudarles a reconocer, en el camino a veces tortuoso y oscuro de la vida, a Cristo, camino, verdad y vida (cf. Jn 14,6); para proponerles con valentía evangélica la belleza del servicio a Dios, a la comunidad cristiana y a los hermanos. Sacerdotes que muestren la fecundidad de una tarea entusiasmante, que confiere un sentido de plenitud a la propia existencia, por estar fundada sobre la fe en Aquel que nos ha amado en primer lugar (cf. 1Jn 4,19). Igualmente, deseo que los jóvenes, en medio de tantas propuestas superficiales y efímeras, sepan cultivar la atracción hacia los valores, las altas metas, las opciones radicales, para un servicio a los demás siguiendo las huellas de Jesús. Queridos jóvenes, no tengáis miedo de seguirlo y de recorrer con intrepidez los exigentes senderos de la caridad y del compromiso generoso. Así seréis felices de servir, seréis testigos de aquel gozo que el mundo no puede dar, seréis llamas vivas de un amor infinito y eterno, aprenderéis a «dar razón de vuestra esperanza» (1 P 3,15).

Vaticano, 6 de octubre de 2012

BENEDICTUS PP XVI

Decano Colegio Cardenalicio

MISA “PRO ELIGENDO PONTIFICE” HOMILÍA DEL CARDENAL ANGELO SODANO, DECANO DEL COLEGIO CARDENALICIO

Basílica Vaticana. Martes, 12 de marzo de 2013

*Queridos concelebrantes,
Distinguidas autoridades,
Hermanos y hermanas en el Señor:*

“Cantaré eternamente las misericordias del Señor”. Es el canto que una vez más ha resonado en la tumba del Apóstol Pedro, en esta hora importante de la historia de la Santa Iglesia de Cristo. Son las palabras del salmo 88 que han florecido en nuestros labios para adorar, agradecer y suplicar al Padre que está en los Cielos. “Misericordias Domini in aeternum cantabo”. Es el bello texto en latín que nos ha introducido en la contemplación de Aquel que siempre vigila con amor sobre su Iglesia, sosteniéndola en su camino a través de los siglos y vivificándola con su Santo Espíritu.

También nosotros hoy con esta actitud interior queremos ofrecernos con Cristo al Padre que está en los Cielos, para agradecerle la amorosa asistencia que siempre reserva a su Santa Iglesia, y en particular el luminoso Pontificado que nos ha concedido con la vida y las obras del 265 Sucesor de Pedro, el amado y venerado Pontífice Benedicto XVI, al cual en este momento renovamos toda nuestra gratitud.

Al mismo tiempo queremos implorar del Señor que a través de la solicitud pastoral de los Padres Cardenales, quiera pronto conceder a su Santa Iglesia otro Buen Pastor. Cierto, nos sostiene en esta hora la fe en la promesa de Cristo sobre el carácter indefectible de su Iglesia. Jesús, en efecto, dijo a Pedro: “Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella” (Mt 16,18).

Hermanos, las lecturas de la Palabra de Dios que acabamos de escuchar nos pueden ayudar a comprender mejor la misión que Cristo ha confiado a Pedro y a sus Sucesores.

1. *El mensaje del amor*

La primera lectura nos ha vuelto a proponer un célebre oráculo mesiánico de la segunda parte del libro de Isaías, aquella parte llamada “el Libro de la consolación” (Is 40-66). Es una profecía dirigida al pueblo de Israel destinado al exilio en Babilonia. Para ellos Dios anuncia el envío de un Mesías lleno de misericordia, un Mesías que podrá decir: “El espíritu del Señor Dios está sobre mí... me ha enviado a traer el feliz anuncio a los pobres, para vendar los corazones rotos, a proclamar la libertad a los esclavos, la excarcelación de los prisioneros, a promulgar el año de misericordia del Señor” (Is 61,1-3).

El cumplimiento de dicha profecía se ha realizado plenamente en Jesús, venido al mundo para hacer presente el amor del Padre hacia los hombres. Es un amor que se hace particularmente notar en el contacto con el sufrimiento, la injusticia, la pobreza, con todas las fragilidades del

hombre, tanto físicas como morales. Es conocida al respecto la célebre encíclica del Papa Juan Pablo II, *Dives in misericordia*, que añadía: “El modo y el ámbito en que se manifiesta el amor es llamado ‘misericordia’ en el lenguaje bíblico” (*Ibid.* n. 3).

Esta misión de misericordia ha sido luego confiada por Cristo a los pastores de su Iglesia. Es una misión que compromete a cada sacerdote y obispo, pero compromete aún más al Obispo de Roma, Pastor de la Iglesia universal. A Pedro, en efecto, Jesús dijo: “Simón de Juan ¿me amas tú más que éstos? ... Apacienta mis ovejas” (Jn 21,15). Es conocido el comentario de san Agustín a estas palabras de Jesús: “Sea por lo tanto tarea del amor apacientar la grey del Señor”; “sit amoris officium pascere dominicum gregem” (*In Iohannis Evangelium*,123,5; PL 35,1967).

En realidad, es este amor que impulsa a los Pastores de la Iglesia a desarrollar su misión de servicio a los hombres de cada tiempo, desde el servicio caritativo más inmediato hasta el servicio más alto, aquel de ofrecer a los hombres la luz del Evangelio y la fuerza de la gracia.

Así lo ha indicado Benedicto XVI en el *Mensaje para la Cuaresma* de este año (cf. n. 3). Leemos, en efecto, en dicho mensaje: “A veces, de hecho, se tiene la tendencia a reducir el término «caridad» a la solidaridad o a la simple ayuda humanitaria. En cambio, es importante recordar que la mayor obra de caridad es precisamente la evangelización, es decir, el «servicio de la Palabra». Ninguna acción es más benéfica y, por tanto, caritativa hacia el prójimo que partir el pan de la Palabra de Dios, hacerle partícipe de la Buena Nueva del Evangelio, introducirlo en la relación con Dios: la evangelización es la promoción más alta e integral de la persona humana. Como escribe el siervo de Dios el Papa Pablo VI en la Encíclica *Populorum progressio*, es el anuncio de Cristo el primer y principal factor de desarrollo (cf. n. 16)”.

2. El mensaje de la unidad

La segunda lectura está tomada de la Carta a los Efesios, escrita por el Apóstol Pablo precisamente en esta ciudad de Roma durante su primer encarcelamiento (años 62-63 d.C.). Es una carta sublime en la cual Pablo presenta el misterio de Cristo y de la Iglesia. Mientras la primera parte es más doctrinal (cap. 1-3), la segunda, donde se introduce el texto que hemos escuchado, es de índole más pastoral (cap. 4-6). En esta parte, Pablo enseña las consecuencias prácticas de la doctrina presentada antes y empieza con una incisiva invitación a la unidad eclesial: “Los exhorto pues yo, el prisionero del Señor, a comportarse de manera digna de la vo-

cación que han recibido, con toda humildad, mansedumbre y paciencia, soportándose recíprocamente con amor, tratando de conservar la unidad del espíritu a través del vínculo de la paz” (Ef 4,1-3).

San Pablo explica luego que en la unidad de la Iglesia existe una diversidad de dones, según la multiforme gracia de Cristo, pero esta diversidad está en función de la edificación del único cuerpo de Cristo: “Es él el que ha establecido a algunos como apóstoles, otros como profetas, otros como evangelistas, otros como pastores y maestros, para hacer idóneos a los hermanos para cumplir el ministerio, a fin de edificar el cuerpo de Cristo” (4,11-12).

Es propiamente por la unidad de su Cuerpo Místico que Cristo ha enviado luego su Santo Espíritu y al mismo tiempo ha establecido a sus Apóstoles, entre los cuales Pedro sobresale como el fundamento visible de la unidad de la Iglesia.

En nuestro texto, San Pablo nos enseña que también todos nosotros tenemos que colaborar para edificar la unidad de la Iglesia, ya que para realizarla es necesaria “la colaboración de cada articulación, según la energía propia de cada miembro” (Ef 4,16). Todos nosotros, pues, estamos llamados a cooperar con el Sucesor de Pedro, fundamento visible de la unidad eclesial.

3. *La misión del Papa*

Hermanos y hermanas en el Señor, el Evangelio de hoy nos conduce a la última cena, cuando el Señor les dijo a sus Apóstoles: “Éste es mi mandamiento: que se amen los unos a los otros, como yo los he amado” (Jn 15,12). El texto también evoca la primera lectura del profeta Isaías a propósito del quehacer del Mesías, para recordarnos que la actitud fundamental de los Pastores de la Iglesia es el amor. Es ese amor el que nos impulsa a ofrecer la propia vida por los hermanos. Nos dice, en efecto, Jesús: “Nadie tiene un amor más grande que éste: dar la vida por los propios amigos” (Jn 15,12).

La actitud fundamental de cada buen Pastor es, pues, dar la vida por sus ovejas (cf. Jn 10,15). Esto vale sobre todo para el Sucesor de Pedro, Pastor de la Iglesia universal. Porque cuanto más alto y más universal es el oficio pastoral, tanto más grande tiene que ser la caridad del Pastor. Por esto, en el corazón de cada Sucesor de Pedro resuenan siempre las palabras que el Divino Maestro dirigió un día al humilde pescador de Galilea: “*Diligis me plus his? Pasce agnos meos... pasce oves meas*”; ¿me

quieres más que éstos? Apacienta mis corderos... apacienta mis ovejas (cf. *Jn* 21,15-17).

En el ámbito de este servicio de amor a la Iglesia y a la humanidad entera, los últimos Pontífices también han sido artífices de muchas iniciativas benéficas en favor de los pueblos y la comunidad internacional, promoviendo sin cesar la justicia y la paz. Rogamos para que el futuro Papa pueda continuar esta incesante obra a nivel mundial.

Del resto, este servicio de caridad es parte de la naturaleza íntima de la Iglesia. Lo ha recordado el Papa Benedicto XVI diciéndonos: “También el servicio de la caridad es una dimensión constitutiva de la misión de la Iglesia y es expresión irrenunciable de su misma esencia” (Carta apostólica en forma de *Motu proprio Intima Ecclesiae natura*, el 11 de noviembre de 2012, proemio; cf. Carta Encíclica *Deus caritas est*, n. 25).

Es una misión de caridad que es propia de la Iglesia, y de modo particular es propia de la Iglesia de Roma, que, según la bella expresión de S. Ignacio de Antioquía, es la Iglesia que “preside en la caridad”; “*praesidet caritati*” (cfr. *Ad Romanos*, praef.; *Lumen gentium*, n. 13).

Hermanos, oremos para que el Señor nos conceda un Pontífice que desarrolle con corazón generoso esta noble misión. Se lo pedimos por intercesión de María Santísima, Reina de los Apóstoles, y de todos los Mártires y los Santos que a lo largo de los siglos han hecho gloriosa esta Iglesia de Roma. Amén.

Conferencia Episcopal Española

Asamblea Plenaria

MENSAJE CON MOTIVO DE LA BEATIFICACIÓN DE MÁRTIRES DEL S. XX EN ESPAÑA, EN EL AÑO DE LA FE; EN TARRAGONA, EL 13 DE OCTUBRE DE 2013

“Los mártires del siglo XX en España, firmes y valientes testigos de la fe

"Por la fe, los mártires entregaron su vida como testimonio de la verdad del Evangelio, que los había transformado y hecho capaces de llegar hasta el mayor don del amor, con el perdón de sus perseguidores."

Benedicto XVI, Carta Apostólica *Porta fidei*, 13

Queridos hermanos:

1. Os anunciamos con gran alegría que, Dios mediante, el domingo día 13 de octubre de 2013, se celebrará en Tarragona la beatificación de unos quinientos hermanos nuestros en la fe que dieron su vida por amor a Jesucristo, en diversos lugares de España, durante la persecución religiosa de los años treinta del siglo XX. Fueron muchos miles los que por entonces ofrecieron ese testimonio supremo de fidelidad. La Iglesia reconoce ahora solemnemente a este nuevo grupo como mártires de Cristo. Según el lema de esta fiesta, ellos fueron "firmes y valientes testigos de la fe" que nos estimulan con su ejemplo y nos ayudan con su intercesión. Invitamos a los católicos y a las comunidades eclesiales a participar en este gran acontecimiento de gracia con su presencia en Tarragona, si les es posible, y, en todo caso, uniéndose espiritualmente a su preparación y celebración.

I. Los mártires, modelos en la confesión de la fe y principales intercesores

2. En la Carta apostólica *Porta fidei*, por la que convoca el Año de la fe, que estamos celebrando, el Papa Benedicto XVI dice que en este Año "es decisivo volver a recorrer la historia de la fe, que contempla el miste-

rio insondable del entrecruzarse de la santidad y el pecado". Según recuerda Benedicto XVI, los mártires, después de María y los Apóstoles –en su mayoría, también mártires– son ejemplos señeros de santidad, es decir, de la unión con Cristo por la fe y el amor a la que todos estamos llamados.[1]

3. El Concilio Ecuménico Vaticano II habla repetidamente de los mártires. Entre otros motivos, celebramos el Año de la fe para conmemorar los cincuenta años de la apertura del Concilio y recibir más y mejor sus enseñanzas. Por eso, es bueno recordar ahora el precioso pasaje en el que el Concilio, al exhortar a todos a la santidad, nos presenta el modelo de los mártires:

4. "Jesús, el Hijo de Dios, mostró su amor entregando su vida por nosotros. Por eso, nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus hermanos (cf. 1 Jn 3, 16 y Jn 15, 13). Pues bien: algunos cristianos, ya desde los primeros tiempos, fueron llamados y serán llamados siempre, a dar este supremo testimonio de amor delante de todos, especialmente, de los perseguidores. En el martirio el discípulo se asemeja al Maestro, que aceptó libremente la muerte para la salvación del mundo, y se configura con Él derramando también su sangre. Por eso, la Iglesia estima siempre el martirio como un don eximio y como la suprema prueba de amor. Es un don concedido a pocos, pero todos deben estar dispuestos a confesar a Cristo delante de los hombres y a seguirlo en el camino de la Cruz en medio de las persecuciones, que nunca le faltan a la Iglesia." [2]

5. Además de modélicos confesores de la fe, según la enseñanza del Concilio, los mártires son también intercesores principales en el Cuerpo místico de Cristo: "La Iglesia siempre ha creído que los Apóstoles y los mártires, que han dado con su sangre el supremo testimonio de fe y de amor, están más íntimamente unidos a nosotros en Cristo [que otros hermanos que viven ya en la Gloria]. Por eso, los venera con especial afecto, junto con la bienaventurada Virgen María y los santos ángeles, e implora piadosamente la ayuda de su intercesión." [3]

¹ Cf. Benedicto XVI, Carta Apostólica *Porta fidei*, n° 13

² Concilio Vaticano II, Const. *Lumen gentium*, 42. - "El estado de persecución - escribe el Cardenal Bergoglio, hoy Papa Francisco - es normal en la existencia cristiana, sólo que se viva con la humildad del servidor inútil y lejano de todo deseo de apropiación que lo lleve al victimismo (...) Esteban no muere solamente por Cristo, muere como él, con él, y esta participación en el misterio mismo de la pasión de Jesucristo es la base de la fe del mártir." (Jorge M. Bergoglio / Papa Francisco, *Mente abierta, corazón creyente* (2012), Madrid 2013, 60).

³ Concilio Vaticano II, Const. *Lumen gentium*, 50.

II. Mártires del siglo XX en España beatificados el Año de la fe

6. Al dirigir una mirada de fe al siglo XX, los obispos españoles dábamos gracias a Dios, con el beato Juan Pablo II, porque "al terminar el segundo milenio, la Iglesia ha vuelto a ser de nuevo Iglesia de mártires" y porque "el testimonio de miles de mártires y santos ha sido más fuerte que las insidias y violencias de los falsos profetas de la irreligiosidad y del ateísmo." [4] El Concilio dice también que la mejor respuesta al fenómeno del secularismo y del ateísmo contemporáneos, además de la propuesta adecuada del Evangelio, es "el testimonio de una fe viva y madura (...). Numerosos mártires dieron y dan un testimonio preclaro de esta fe." [5] El siglo XX ha sido llamado, con razón, "el siglo de los mártires".

7. La Iglesia que peregrina en España ha sido agraciada con un gran número de estos testigos privilegiados del Señor y de su Evangelio. Desde 1987, cuando tuvo lugar la beatificación de los primeros de ellos –las carmelitas descalzas de Guadalajara– han sido beatificados 1001 mártires, de los cuales 11 han sido también canonizados.

8. Ahora, con motivo del Año de la fe –por segunda vez después de la beatificación de 498 mártires celebrada en Roma en 2007– se ha reunido un grupo numeroso de mártires que serán beatificados en Tarragona en el otoño próximo. El Santo Padre ya ha firmado los decretos de beatificación de tres obispos: los siervos de Dios, Salvio Huix, de Lérida; Manuel Basulto, de Jaén y Manuel Borrás, de Tarragona. Serán beatificados también un buen grupo de sacerdotes diocesanos, sobre todo de Tarragona. Y muchos religiosos y religiosas: benedictinos, hermanos hospitalarios de San Juan de Dios, hermanos de las escuelas cristianas, siervas de María, hijas de la caridad, redentoristas, misioneros de los Sagrados Corazones, claretianos, operarios diocesanos, hijos de la Divina Providencia, carmelitas, franciscanos, dominicos, hijos de la Sagrada Familia, calasancias, maristas, paúles, mercedarios, capuchinos, franciscanas misioneras de la Madre del Divino Pastor, trinitarios, carmelitas descalzos, mínimas, jerónimos; también seminaristas y laicos; la mayoría de ellos eran jóvenes; también hay ancianos; hombres y mujeres. Antes de la beatificación, aparecerá, si Dios quiere, el tercer libro de la colección Quiénes son y de dónde vienen, en el que se recogerá la biografía y la fotografía de cada uno de los mártires de esta Beatificación del Año de la fe [6].

⁵ Concilio Vaticano II, Const. *Gaudium et spes*, 21.

⁶ El libro tendrá las mismas características de los dos anteriores: cf. M. E. González Rodríguez, *Los primeros 479 santos y beatos mártires del siglo XX en España. Quiénes*

III. Firmes y valientes testigos de la fe

9. La vida y el martirio de estos hermanos, modelos e intercesores nuestros, presentan rasgos comunes, que haremos bien en meditar en sus biografías. Son verdaderos creyentes que, ya antes de afrontar el martirio, eran personas de fe y oración, particularmente centrados en la Eucaristía y en la devoción a la Virgen. Hicieron todo lo posible, a veces con verdaderos alardes de imaginación, para participar en la Misa, comulgar o rezar el rosario, incluso cuando suponía un gravísimo peligro para ellos o les estaba prohibido, en el cautiverio. Mostraron en todo ello, de un modo muy notable, aquella firmeza en la fe que San Pablo se alegraba tanto de ver en los cristianos de Colosas (cf. Col 2, 5). Los mártires no se dejaron engañar "con teorías y con vanas seducciones de tradición humana, fundadas en los elementos del mundo y no en Cristo" (Col 2, 8). Por el contrario, fueron cristianos de fe madura, sólida, firme. Rechazaron, en muchos casos, los halagos o las propuestas que se les hacían para arrancarles un signo de apostasía o simplemente de minusvaloración de su identidad cristiana.

10. Como Pedro, mártir de Cristo, o Esteban, el protomártir, nuestros mártires fueron también valientes. Aquellos primeros testigos, según nos cuentan los Hechos de los Apóstoles, "predicaban con valentía la Palabra de Dios" (Hch 4, 31) y "no tuvieron miedo de contradecir al poder público cuando éste se oponía a la santa voluntad de Dios: 'Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres' (Hch 5, 29). Es el camino que siguieron innumerables mártires y fieles en todo tiempo y lugar." [7] Así, estos hermanos nuestros tampoco se dejaron intimidar por coacción ninguna, ni moral ni física. Fueron fuertes cuando eran vejados, maltratados o torturados. Eran personas sencillas y, en muchos casos, débiles humanamente. Pero en ellos se cumplió la promesa del Señor a quienes le confiesen delante de los hombres: "no tengáis miedo... A quien se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos" (Mt 10, 31-32); y abrazaron el escudo de la fe, donde se apagan la flechas incendiarias del maligno (cf. Ef 6, 16).

IV. Una hora de gracia

11. La Beatificación del Año de la fe es una ocasión de gracia, de bendición y de paz para la Iglesia y para toda la sociedad. Vemos a los

son y de dónde vienen, EDICE, Madrid 2008; y Id. (Ed.), *Quiénes son y de donde vienen. 498 mártires del siglo XX en España*, EDICE, Madrid 2007.

⁷ Concilio Vaticano II, Declaración *Dignitatis humanae*, 11.

mártires como modelos de fe y, por tanto, de amor y de perdón. Son nuestros intercesores, para que pastores, consagrados y fieles laicos recibamos la luz y la fortaleza necesarias para vivir y anunciar con valentía y humildad el misterio del Evangelio (cf. Ef 6, 19), en el que se revela el designio divino de misericordia y de salvación, así como la verdad de la fraternidad entre los hombres. Ellos han de ayudarnos a profesar con integridad y valor la fe de Cristo.

12. Los mártires murieron perdonando. Por eso, son mártires de Cristo, que en la Cruz perdonó a sus perseguidores. Celebrando su memoria y acogiénose a su intercesión, la Iglesia desea ser sembradora de humanidad y reconciliación en una sociedad azotada por la crisis religiosa, moral, social y económica, en la que crecen las tensiones y los enfrentamientos. Los mártires invitan a la conversión, es decir, "a apartarse de los ídolos de la ambición egoísta y de la codicia que corrompen la vida de las personas y de los pueblos, y a acercarse a la libertad espiritual que permite querer el bien común y la justicia, aun a costa de su aparente inutilidad material inmediata." [8] No hay mayor libertad espiritual que la de quien perdona a los que le quitan la vida. Es una libertad que brota de la esperanza de la Gloria. "Quien espera la vida eterna, porque ya goza de ella por adelantado en la fe y los sacramentos, nunca se cansa de volver a empezar en los caminos de la propia historia". [9]

V. La Beatificación en Tarragona

13. En Tarragona se conserva la tradición de los primeros mártires hispanos. Allí, en el anfiteatro romano el año 259, dieron su vida por Cristo el obispo San Fructuoso y sus diáconos San Eulogio y San Augurio. San Agustín se refiere con admiración a su martirio. El obispo Manuel Borrás, auxiliar de la sede tarraconense, junto con varias decenas de sacerdotes de aquella diócesis, vuelven a hacer de ésta en el siglo XX una iglesia preclara por la sangre de sus mártires. Por estos motivos, la Conferencia Episcopal ha acogido la petición del Arzobispo de Tarragona de que la beatificación del numeroso grupo de mártires de toda España, prevista casi como conclusión del Año de la fe, se celebre en aquella ciudad.

14. Exhortamos a cada uno y a las comunidades eclesiales a participar ya desde ahora espiritualmente en la Beatificación del Año de la fe.

⁸ CCXXV Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española, Declaración *Ante la crisis, solidaridad* (3 de octubre de 2012), 7.

⁹ *Ibid.*

Invitamos a quienes puedan a acudir a Tarragona, para celebrar, con hermanos de toda España, este acontecimiento de gracia. Oremos por los frutos de la beatificación, que, con la ayuda divina y la intercesión de la Santísima Virgen, auguramos abundantes para todos:

Oh Dios, que enviaste a tu Hijo, para que muriendo y resucitando nos diese su Espíritu de amor: nuestros hermanos, mártires del siglo XX en España, mantuvieron su adhesión a Jesucristo de manera tan radical y plena que les permitiste derramar su sangre por él y con él. Danos la gracia y la alegría de la conversión para asumir las exigencias de la fe; ayúdanos, por su intercesión, y por la de la Reina de los mártires, a ser siempre artífices de reconciliación en la sociedad y a promover una viva comunión entre los miembros de tu Iglesia en España; enséñanos a comprometernos, con nuestros pastores, en la nueva evangelización, haciendo de nuestras vidas testimonios eficaces del amor a Ti y a los hermanos. Te lo pedimos por Jesucristo, el Testigo fiel y veraz, que vive y reina por los siglos de los siglos.

Amén.

Madrid, 19 de abril de 2013

Comisión Episcopal de Seminarios y Universidades

REFLEXIÓN TEOLÓGICO PASTORAL CON MOTIVO DEL DÍA DEL SEMINARIO

¡Sé de quién me he fiado!

Y el fracaso nos abruma. El convencimiento de nuestra inutilidad es una losa de plomo que nos oprime y que nos amarga la existencia. La alegría huye entonces necesariamente del corazón sacerdotal. Vamos tirando, haciendo las cosas mecánicamente, pero sin que nuestro corazón se entusiasme por nada y sin que nada nos ilusione. Y nos pasamos la vida devorando en silencio nuestra amargura y lamentando el actual estado de cosas que nosotros no podemos vencer.

Parecería que estas palabras han sido escritas por un sacerdote de nuestros días, abrumado por la tarea pastoral, preocupado por la escasez de vocaciones sacerdotales, incierto incluso sobre su propia identidad ante las nuevas formas de corresponsabilidad emergentes, incapaz en definitiva de anunciar el Evangelio a una sociedad posmoderna.

Sin embargo, tales palabras están fechadas el 24 de marzo de 1949 y son del entonces obispo de Solsona, monseñor Vicente Enrique y Tarancón, quien en pleno tiempo pascual había decidido dirigirse a sus sacerdotes mediante una carta pastoral titulada *La alegría sacerdotal*. Y es que, «nada hay nuevo bajo el sol» (Ecl 1, 9), salvo la gozosa certeza de que el sacerdote ha sido llamado, consagrado y enviado, de tal forma que con san Pablo puede decir: «¡Sé de quién me he fiado!».

Este es el lema que se ha elegido en este Año de la fe para el Día del Seminario. Las diferentes traducciones bíblicas en castellano nos ayudan a perfilar más si cabe las palabras del Apóstol: «Sé de quién me he fiado» (*Sagrada Biblia de la CEE*); «Yo sé bien en quien tengo puesta mi fe» (Biblia de Jerusalén); «Sé en quién he puesto mi confianza» (*Biblia de la Casa de la Biblia*).

También los títulos que se dan al fragmento en el que se contienen estas palabras, (normalmente *2 Tim* 6-14), nos ayudan a comprender mejor su sentido: «Testimonio valiente del evangelio» (*Sagrada Biblia de la CEE*); «La fortaleza permite soportar los sufrimientos» (*Nuevo comentario bíblico San Jerónimo*); «Fidelidad al evangelio» (*Casa de la Biblia*). Finalmente, todo un apartado del *Catecismo de la Iglesia Católica* (nn. 150-152) lleva por título esta cita de san Pablo, «Yo sé en quién tengo puesta mi fe», desgranando estos números la profesión de fe en cada una de las Personas de la Santísima Trinidad.

Nos acercamos pues al corazón de la experiencia madura del Apóstol y del ministerio presbiteral. Monseñor Juan M.^a Uriarte indica que, entre otras características, el estilo presbiteral de orar ha de estar especialmente vinculado a la Palabra de Dios y, en ella, a «los “textos fundacionales” del ministerio ordenado en el Nuevo Testamento», ofreciendo una lista en la que aparece, por supuesto, *2 Tim* 1, 6-14.

En este guion teológico-pastoral seguiremos una estructura muy sencilla, desde las palabras que componen la cita de san Pablo: “sé”-“de quién”-“me”-“he fiado”. Por tanto, 1) sabiduría, 2) Dios, 3) hombre (existencia sacerdotal) y 4) fe. Todo ello, desde algunas de las efemérides que el Señor nos regala en este Año de la fe a través de su Iglesia: el 50.º aniversario de la inauguración del concilio Vaticano II, el 20º aniversario de la promulgación del *Catecismo*, el reciente doctorado de san Juan de

Ávila o el último Sínodo de los Obispos, sobre “La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana”. Utilizaremos también los tres trascendentales medievales (Verdad, Bien y Belleza), pues responden a los anhelos más profundos del corazón del hombre. Por último, nos ayudarán también las tres realidades que el Sínodo Extraordinario de los Obispos celebrado en 1985 utilizó para definir el legado del Vaticano II: comunión, misterio y misión.

(“Yo”) Un presupuesto quizás no tan obvio: la fe como alabanza y conversión

Cuando en la escuela teníamos que analizar morfosintácticamente alguna frase siempre aparecía un personajillo que se nos resistía y nos daba mil quebraderos de cabeza, en el mejor de los casos; un cero y la reprimenda de nuestros padres y profesores en el peor: aquellos dichosos sujetos elípticos u omitidos... Así nos pasa con el lema de este año... ¿Sé de quién me he fiado? Pero, ¿quién es el sujeto de esta frase? Ah, ¿está omitido? ¡Si es un “yo”! Pues, cuidado, porque con la fe, con el ministerio presbiteral, puede pasar algo parecido...

Los cristianos, ¿tenemos realmente fe? Un presbítero de la Iglesia, ¿tiene fe? Porque ya nos ha advertido Benedicto XVI que con frecuencia nos preocupamos mucho por las consecuencias públicas de la fe, dando por descontado que hay fe, lo cual, por desgracia, es cada vez menos realista. Quizás hemos confiado demasiado en las estructuras y en los programas pastorales, en la distribución y en los organigramas, pero, ¿qué pasará si la sal se vuelve sosa? (cf. PF 2). Así pues, tenemos que dejarnos interpelar por el Señor: «Cuando venga el hijo del Hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?» (Lc 18, 8). Quizás nos ayude este pequeño relato, inspirado en los evangelios catecumenales del ciclo A del Leccionario cuaresmal, el tiempo litúrgico que estamos viviendo.

Érase una vez un presbítero que quiso prepararse para celebrar la gran fiesta de la Pascua. Y, vestido de saco y de ceniza, consciente de sus propias debilidades, se dispuso a seguir un itinerario de cuarenta días.

A lo largo de la primera semana fue tentado en medio del desierto de la indiferencia y el desaliento, pero el Señor le visitó, le habló al corazón, le enamoró de nuevo y, así, pudo continuar su camino.

Sin embargo, un nuevo peligro le acechaba al comenzar la segunda semana: había visto al Señor transfigurado, había contemplado algo de su glo-

ria; tan a gusto se estaba allí, que no le quedaban ganas a nuestro hermano de bajar del Tabor y ponerse a expulsar demonios. Y el Señor le advirtió: “Mira, primero tengo que morir y resucitar de entre los muertos, y tú conmigo. Y solo después entrarás en mi gloria”.

Llegó la tercera semana, el sol apretaba, y el presbítero, sediento de experiencias nuevas, se había dejado llevar por los ídolos. Y el Señor se acercó de nuevo a él, le hizo ver su propia verdad y le prometió los torrentes del agua viva del Espíritu, que es la única y auténtica novedad en la Iglesia.

Pero no fue suficiente: la mitad del camino recorrido, ese camino agobiante en medio del mundo, había sido suficiente para cegar al presbítero y minar su confianza. Y, en la cuarta semana, una duda martilleaba su cabeza e inquietaba su corazón: “¿pequé yo o pecaron los que vinieron antes que yo?; ¿quién es el responsable o los responsables de la actual situación eclesial?”. Una vez más, el Señor dijo e hizo. “Ni pecaste tú ni tus ancianos, sino que esto es para que se manifieste la gloria de Dios”. Y no es que hiciera algo mejor, sino que ¡hizo algo nuevo!: dispó las tinieblas y sus manos abrieron los ojos del presbítero, que pudo exclamar: “¡Creo, Señor!”

Así las cosas, llegó la quinta semana y el tentador sembró en el corazón del presbítero la duda acerca del valor y el sentido de la propia vida; el valor y el sentido de las vidas de aquellos a quienes amamos; el valor y el sentido de las vidas más inocentes, las de los pobres de la tierra. La respuesta interpeladora que se escuchó entonces ya no dejaba lugar a dudas: “Yo soy la resurrección y la vida.

¿Crees esto?”. Y el presbítero le contestó: “Sí, Señor, yo creo que tú eres el Cristo, el hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo”.

La Cuaresma terminaba y aquel presbítero creyó que ya estaba listo para comer la antigua Pascua. Pero el Señor le sorprendió una vez más, pues le hizo una última pregunta, la más difícil y personal de todas: “¿Quieres subir conmigo a Jerusalén? Solo así podrás comer la Pascua nueva y eterna...”.

Moraleja: la fe es don y tarea, agradecimiento y conversión permanente, cara y cruz de una misma moneda: la fe.

«En efecto, por gracia estáis salvados, mediante la fe. Y esto no viene de vosotros. Es don de Dios. Tampoco viene de las obras, para que nadie pueda presumir» (Ef 2, 8-9). Asumamos, pues, la fe como alabanza y con-

versión permanentes y veamos en estas dos actitudes la piedra de toque de nuestra fidelidad.

La adoración, la alabanza y la bendición son el mejor antídoto contra nuestro egoísmo, porque le devuelve a Dios el puesto que se merece en nuestra vida, nos descentran para centrarnos en él. Y si no nos lo acabamos de creer, oremos con tantas plegarias del libro de los Salmos y escuchemos también al Vaticano II y al *Catecismo de la Iglesia Católica*: «La fe por la cual se cree en Cristo produce frutos de alabanza y de acción de gracias por los beneficios recibidos de Dios» (UR 23). «Adorar a Dios es alabarlo, exaltarle y humillarse a sí mismo, como hace María en el Magníficat, confesando con gratitud que Él ha hecho grandes cosas y que su nombre es santo (cf. Lc 1, 46-49)» (n. 2097).

Por otra parte, al igual que la alabanza, la conversión nos vuelve siempre hacia el Señor. Cuando don Pedro Guerrero es elegido arzobispo de Granada, san Juan de Ávila le escribe una larga y afectuosa carta para «dale el parabién de la elección de prelado, significándole las obligaciones que le tocan, y dale avisos para el gobierno». ¿Y cuál es la primera de las cosas que se atreve a apuntarle?: «Lo primero, que vuestra señoría se convierta de todo su corazón al Señor» (Carta 177). Y nuevamente el Concilio nos recuerda que «la Iglesia encierra en su propio seno a pecadores, y siendo al mismo tiempo santa y necesitada de purificación, avanza continuamente por la senda de la penitencia y de la renovación [...], y a los creyentes les debe predicar continuamente la fe y la penitencia» (LG 8, SC 9).

“Sé”: sabiduría versus ciencia (la Verdad como comunión)

Que nadie se llame a engaño. No se trata de volver a la época de las cavernas, ni de anular la Ilustración. Pero, dicho sea de paso, basta ya de demagogias baratas y de clichés estereotipados. Si la Edad Media hubiera sido una época bárbara y oscura, ¿cómo se explica el milagro de la luz de las catedrales góticas, por ejemplo?

Por lo tanto, hay una sabiduría que no es de este mundo, que no es ciencia, sino experiencia: «pues nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y este crucificado» (1 Cor 2, 2). Y es precisamente esta sabiduría que viene de arriba —«porque todo buen regalo y todo don perfecto viene de arriba, procede del Padre de las luces» (Sant 1, 17)—, es esta sabiduría la que desenmascara toda ideología y la que se complementa con la investigación científica y la humaniza, poniéndola al servicio del hombre y no al contrario.

Por eso, en su primera encíclica, aquel papa al que algunos se habían encargado de dar tan mala prensa –porque la Iglesia es a día de hoy la única instancia capaz de ofrecer una esperanza fiable y no interesa un papa sin pelos en la lengua– daba en el clavo al escribir: «*Hemos creído en el amor de Dios*: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (DCE 1).

Ser cristiano, ser sacerdote, no es cumplir una serie de normas o ser bueno o saber mucho, sino experimentar al Señor vivo y resucitado, hacer experiencia de su Pascua, de su paso por nuestras vidas. Es la comunión de todo el Pueblo de Dios, que celebra como cuerpo de Cristo, que se presenta ante el mundo como Templo de piedras vivas animado por el Espíritu Santo. Es «la Casa con mil puertas», como decía el himno de la pasada JMJ de Madrid, para que cuantos más puedan entrar y descubrir lo que nosotros ya sabemos, por haberlo vivido en primera persona (del singular y del plural).

Dicho esto, ¡claro que la fe es razonable! Y por eso es necesario formarse uniendo fe, vida, espiritualidad y teología, porque como dicen nuestros hermanos del oriente cristiano: “todo aquel que reza es ya un teólogo”. La mística teología de un san Juan de la Cruz, o la ciencia del divino amor de una santa Teresita del Niño Jesús nos recuerdan que la ciencia de la fe y la ciencia del amor van inseparablemente unidas, pues ambas se convierten en la sabiduría del corazón, en la teología de los santos (cf. F. Lethel). Entonces, «la teología se convierte en meditación, oración y canto de alabanza, e incita a una sincera conversión» (Benedicto XVI).

En su *Memorial segundo al concilio de Trento*, san Juan de Ávila escribe lo siguiente acerca de la teología que se debe enseñar en las universidades y seminarios de su tiempo: «La teología que escriben santos y que es sólida y en la que concuerdan unos con otros se debe preferir a la que estas condiciones no tiene [...] aunque en particular pueda cada uno leer otros buenos autores que hay». Y por si esta referencia nos pareciera anacrónica, acudamos al Concilio y veamos cómo tanto *Presbyterorum Ordinis* como *Optatam totius*, y más recientemente *Pastores dabo vobis*, invitan a considerar la formación sacerdotal –inicial o permanente– a la luz de la fe y sostenida por una adecuada vida espiritual (cf. PO 18-19; OT 15-16; PDV 51-56).

No se trata de saber mucho, «porque no el mucho saber harta y satisface al ánimo, más el sentir y gustar de las cosas internamente» (san Ignacio de Loyola, EE 2), pero sí de saber estar a la altura de las circunstancias. Estar *in-formados*, de tal forma que a pesar de las múltiples ocupaciones pastorales —dicho sea de paso, la pastoral no es un método, sino un arte, un saber— el sacerdote saque tiempos de calidad para la formación y esté al día, de modo que curso tras curso pueda decir: «He leído un buen libro de teología, he orado con un buen libro de espiritualidad, he trabajado el ABC (Aficiones personales, Biblia, Catecismo)».

Por último, la Verdad es comunión, y recuperar esta Verdad, esta sabiduría, se hace hoy especialmente necesario frente a la «dictadura del relativismo» (Benedicto XVI) y frente a la falta de comunión interna. En el prólogo de su libro *La Verdad es sinfónica*, H. U. von Balthasar escribió en 1972 unas palabras que no han perdido actualidad:

Se habla hoy mucho de pluralismo. Pero es legítimo preguntarse si ha habido una época menos pluralista que la que estamos viviendo. En la actual crisis de la Iglesia, los programas y las consignas habituales, por más dispares que sean, se presentan en cada caso como una panacea. La verdad cristiana es sinfónica. Proclamarlo a los cuatro vientos y tenerlo siempre presente nos parece quizá la tarea más necesaria del momento actual. Pero la sinfonía no supone en modo alguno una armonía almibarada y sin tensiones. La música más profunda y sublime es siempre dramática, es acumulación y resolución (a un nivel más elevado) de tensiones, de conflictos. Pero la disonancia no tiene nada que ver con la cacofonía. Tampoco es el único medio de poner en marcha la tensión sinfónica.

Puesto que la sabiduría nos remite a la Verdad y esta Verdad es Jesucristo, dicha Verdad sinfónica ha de ser propuesta, nunca impuesta, con humildad pero con fuerza. Ha de ser propuesta frente al oscurecimiento de la verdad y el igualitarismo absurdo de opiniones en nuestra sociedad. Ha de ser propuesta frente a la tentación de mordernos y devorarnos unos a otros, destruyéndonos mutuamente en la comunión de la Iglesia (cf. *Gál 5, 15*).

“De quién”: Dios versus ídolos (el Bien como misterio)

Imaginémonos una casa de dos pisos, el primero de ellos es la razón, el segundo la fe, porque ambas son, con palabras de Juan Pablo II en el prólogo de *Fides et ratio*, «como las dos alas con las cuales el espíritu hu-

mano se eleva hacia la contemplación de la verdad». Pues bien, fruto de un largo proceso, la escolástica encontró la manera de comunicar ambos pisos, construyó la escalera entre ambas. Pero, a medida que fue pasando el tiempo, el camino se cegó de nuevo, hasta que llegamos al Vaticano I y nos encontramos con las definiciones dogmáticas de un Dios al que podemos acceder por la razón, pero esto era insuficiente... Y de igual forma que aquel concilio inclinó el platillo de la balanza hacia el papado y faltaba el contrapeso del episcopado, era necesario un Vaticano II que, junto al acceso a Dios por la razón, insistiera en la gratuidad, el asombro y la novedad de la revelación.

Pero, y ¿quién es este Dios? Pues, la gran noticia, «¡Dios es amor!» (1 Jn 4, 8). ¡Dios como misterio! Dios trinidad y comunión, Dios que habla a los hombres como amigos (cf. DV 2), sin que nunca nos acostumbremos a este Dios que nos habla (cf. VD 4). «El Dios que dijo: brille la luz en el seno de las tinieblas ha brillado en nuestros corazones, para que resplandezca el conocimiento de la gloria de Dios reflejada en el rostro de Cristo» (2 Cor 4, 6). «Fuego. Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob, no de los filósofos y de los sabios. Certeza, Certeza. Sentimiento. Alegría. Paz. Dios de Jesucristo» (B. Pascal).

Y. Congar aseguraba que él debía a la liturgia la mitad de la teología que sabía. En el precioso resumen de la historia de la salvación que se contiene en la Plegaria eucarística IV, el sacerdote descubre fehacientemente quién es este Dios de quien se ha fiado. Este es el Dios cristiano. No es el Dios caricaturizado o idolátrico que cada uno nos formamos, no es el Dios que cada uno fabricamos arrancando unas páginas de nuestra Biblia y quedándonos solo con otras, no es el Dios de los gurús de la Nueva Era, no es el Dios vengativo y justiciero al que hay que aplacar con sacrificios incluso humanos (!), ni tampoco el panteón politeísta de los muchos que en el mundo ha habido y todavía hay. ¡Es el Dios de Jesucristo!

Esta ha sido y es la cuestión central del magisterio de Benedicto XVI, la cuestión de Dios. Ya en su homilía de comienzo de pontificado el Papa lo explicaba así:

En la misión de pescador de hombres, siguiendo a Cristo, hace falta sacar a los hombres del mar salado por todas las alienaciones y llevarlo a la tierra de la vida, a la luz de Dios. Así es, en verdad: nosotros existimos para enseñar Dios a los hombres. Y únicamente donde se ve a Dios, comienza realmente la vida. Solo cuando encontramos en Cristo al Dios vivo, conocemos lo que es la vida. No somos el producto casual y sin sentido de la

evolución. Cada uno de nosotros es el fruto de un pensamiento de Dios. Cada uno de nosotros es querido, cada uno es amado, cada uno es necesario. Nada hay más hermoso que haber sido alcanzados, sorprendidos, por el Evangelio, por Cristo. La tarea del pastor, del pescador de hombres, puede parecer a veces gravosa. Pero es gozosa y grande, porque en definitiva es un servicio a la alegría, a la alegría de Dios que quiere hacer su entrada en el mundo.

Él mismo recordaría más tarde en la JMJ de Sidney (2008) que «muchos sostienen que a Dios se le debe “dejar en el banquillo”». Y tres años antes, en la JMJ de Colonia, había ya advertido:

En numerosas partes del mundo existe hoy un extraño olvido de Dios. Parece que todo marche igualmente sin él. Pero al mismo tiempo existe también un sentimiento de frustración, de insatisfacción de todo y de todos. Dan ganas de exclamar: junto al olvido de Dios existe como un boom de lo religioso. No quiero desacreditar todo lo que se sitúa en este contexto. Puede darse también la alegría sincera del descubrimiento. Pero, a menudo la religión se convierte casi en un producto de consumo. Se escoge aquello que agrada, y algunos saben también sacarle provecho. Pero la religión buscada a la «medida de cada uno» a la postre no nos ayuda. Es cómoda, pero en el momento de crisis nos abandona a nuestra suerte.

Y terminaba diciendo el Papa: «Ayudad a los hombres a descubrir la verdadera estrella que nos indica el camino: Jesucristo», pues como nos recordaba también el Concilio al tratar de la génesis del ateísmo, los propios creyentes hemos podido tener parte no pequeña de culpa al velar más bien que *re-velar* el genuino rostro de Dios y de la religión (cf. GS 19).

Este es el Dios vivo y verdadero, el Dios que hacía vibrar y emocionarse al Maestro Ávila hasta el punto de quebrar el discurso de su pluma y prorrumper espontáneamente en oraciones como esta: «¡Y tanto deseo tienes de verme y abrazarme, que, estando en el cielo con los que tan bien te saben servir y amar, vienes a este que sabe muy bien ofenderte y muy mal servirte! ¡Que no te puedes, Señor, hallar sin mí! ¡Que mi amor te trae! ¡Oh, bendito seas, que, siendo quien eres, pusiste tu amor en un tal como yo!» (*Carta 6*).

No en vano escribió nuestro santo una pequeña joya titulada *Tratado del Amor de Dios* y cuya intención así declara: «La causa que más mueve el corazón al amor de Dios es considerar profundamente el amor que nos tuvo Él, y, con Él, su Hijo benditísimo, nuestro Señor. [...] Pues

veamos ahora, Señor, si Vos nos amáis; y si es así que nos amáis, qué tanto es el amor que nos tenéis» (n. 1). Y he aquí la pregunta que el santo formula en un sermón kerigmático, pregunta que jamás debiéramos dejar de hacer ni de hacernos: «¿Conoces a Dios, hermano? Di, ¿ha topado Dios contigo?» (*Sermón 32*).

Ante otra pregunta, esta vez la del joven rico, Jesús responde:

«¿Por qué me preguntas qué es bueno? Uno solo es Bueno» (*Mt 19, 17*). Es necesario que hoy recuperemos el Bien como misterio. Para algunos lo único atractivo de la Iglesia son sus obras de caridad; para otros, son precisamente sus bienes lo que constituyen un escándalo. Pero las obras y los bienes han de ser explicados, porque la revelación está entretejida de hechos y palabras íntimamente relacionados entre sí (cf. DV 2).

Cuenta el famoso sacerdote holandés y escritor de libros de espiritualidad H. J. M. Nouwen lo siguiente: «En cierta ocasión, hace unos cuantos años, tuve la oportunidad de conocer a la madre Teresa de Calcuta. En aquellos momentos me debatía yo con muchos problemas y decidí aprovechar la ocasión para pedir consejo a la madre Teresa. En cuanto nos sentamos, me puse a explicarle todos mis problemas y dificultades, tratando de convencerla de lo complicado que era todo ello. Cuando, al cabo de diez minutos de elaborada explicación, me callé al fin, la madre Teresa me miró y me dijo tranquilamente: “Bueno, cuando pase una hora al día adorando a su Señor y no haga nunca nada sabiendo que es malo..., estará usted bien”».

Tengamos la valentía de recuperar el Bien como misterio, incluso como apunte para la pastoral vocacional. ¡Cuántos sacerdotes han balbuceado quizás su primera llamada vocacional como una disposición a hacer el bien y servir a los demás, descubriendo después su respuesta consciente a la llamada de Cristo! «”Señor, ¿por qué precisamente a mí?” Pero el amor no tiene un “porqué”, es un don gratuito al que se responde con la entrega de sí mismo» (Benedicto XVI). Recuperemos, por tanto, el Bien como misterio. ¡Cuántos anhelos y obras de amor, de paz, de justicia, de libertad, de belleza, de verdad, de alegría! Y a partir de ahí vayamos al misterio, expliquemos quién es el Dios de Jesucristo. Esto no es un moralismo, no es anunciar los valores del Reino, sino aquel en quien el reino de Dios se ha acercado a nosotros, porque el reino de Dios, como ya apuntó Orígenes, es ¡el mismo Jesucristo!

“Me”: presbítero versus super-apóstol (la Belleza como misión)

Ya dijimos que el sujeto de la frase «sé de quién me he fiado» estaba omitido. Es el «yo», el yo sacerdotal. Pero ocurre una cosa curiosa, y es

que, en castellano, el verbo es reflexivo: “fiar-se”, yo “me” fío. Esta pequeña peculiaridad filológica quizás no tenga que pasar tan desapercibida para nosotros, pero antes detengámonos brevemente en la identidad del presbiterado. El concilio Vaticano II indicó que «el sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerárquico, aunque diferentes esencialmente y no solo en grado, se ordenan, sin embargo, el uno al otro, pues ambos participan a su manera del único sacerdocio de Cristo» (LG 10). Con esto —y con *Presbyterorum Ordinis*— parecía quedar salvaguardada la identidad sacerdotal, si bien nadie podía prever la crisis sacerdotal posconciliar. En cualquier caso, a los cincuenta años del Vaticano II se puede decir que hay una sana teología del ministerio ordenado y un amplio repertorio de literatura de espiritualidad sacerdotal.

La identidad del presbítero se configura sacramentalmente por la ordenación y su yo es expropiado al servicio de la Iglesia (*in persona Christi / in nomine Ecclesiae*), de tal modo que, como reza el Proemio de *Presbyterorum Ordinis*, «los presbíteros, por la ordenación sagrada y por la misión que reciben de los obispos, son constituidos para servir a Cristo Maestro, Sacerdote y Rey, de cuyo ministerio participan, por el que la Iglesia se constituye constantemente en este mundo Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu Santo».

Esto significa todo un proyecto de vida, el mismo que la del Señor, una “pro-existencia” diría el exégeta H. Schürmann. Quizás no sea solo por casualidad que san Pablo cite precisamente estas palabras del Señor en su discurso de despedida a los presbíteros de Éfeso: «Hay más dicha en dar que en recibir» (Hch 20, 28). En efecto, «la ordenación sacerdotal no se administra como un medio de salvación para el individuo, sino para toda la Iglesia. Solo Cristo es el verdadero sacerdote, los demás son ministros suyos» (santo Tomás de Aquino).

El presbítero vive en humildad y con una obediencia responsable y voluntaria, abrazando el don del celibato por amor a Cristo así como una pobreza apostólica (cf. PO 15-17). Y puesto que vida y ministerio se implican mutuamente —y todos los cristianos estamos llamados a la santidad por la unión íntima con Cristo (cf. LG 39-42; CEC 2013-2014)— los presbíteros se santificarán por el ejercicio sincero e infatigable en el Espíritu de Cristo del propio ministerio (cf. PO 13).

Por último, «quien cree, nunca está solo» (Benedicto XVI), así que no se nos olvide tampoco que el presbítero está llamado a la comunión jerárquica con el obispo diocesano como padre y pastor (cf. PO 7), es copresbítero (cf. 1 Pe 5, 1-4) y se inserta en la fraternidad sacramental de un presbiterio diocesano (cf. PO 8), atento también a discernir los carismas

de los laicos en las diferentes formas de corresponsabilidad que se puedan desarrollar (cf. PO 9). En su libro autobiográfico *¡Levantaos! ¡Vamos!*, Juan Pablo II cuenta que solía hacerse dos preguntas junto a sus colaboradores ante cualquier decisión pastoral: «La primera: ¿cuál es la verdad de fe que ilumina este problema? Y la segunda: ¿a quién podemos recurrir o preparar para resolverlo? Encontrar la motivación religiosa para actuar y la persona adecuada para llevar a cabo una determinada tarea era un buen comienzo, que daba buenas esperanzas de éxito a las iniciativas pastorales».

Volvamos ahora a ese pequeño detalle gramatical. El “yo” y el “me” bien pueden recordarnos que el presbítero es antes que nada un cristiano, y que la calidad de su sacerdocio ministerial dependerá también de la calidad de cómo viva su condición de bautizado, sin que se pueda ni se deba dar nada por supuesto.

Es muy iluminador en este sentido el siguiente testimonio personal del sacerdote italiano M. Camisasca: «Si me fijo en lo que he vivido, no tengo dudas: el sacerdote es un hombre elegido por Dios entre el resto de los hombres para ser instrumento de su misericordia hacia ellos». Y se pregunta: «¿Dónde encontrará el valor, la fuerza espiritual para volver una y otra vez hacia el hombre? ¿Dónde encontrará la energía para replegarse constantemente sobre nuevas heridas sin caer en un cansancio infinito o, peor aún, en la desilusión del alma, que puede llevar hacia la desazón y al final hacia al escándalo?». La respuesta no puede ser otra: «Únicamente en la certeza de ser alguien con quien se ha tenido misericordia. Con quien se tiene constantemente».

Solo aquel presbítero que haya descendido a los propios infiernos y haya muerto y resucitado con Cristo, solo él podrá cantar realmente el pregón pascual —«¡oh, feliz culpa que mereció tal y tan grande Redentor!»— y anunciar realmente el amor de Dios (cf. *Rom* 31-39), narrando su propia vida como historia de salvación. Y podrá decirle con autenticidad a su interlocutor: «Llora Jesucristo porque tú te rías; llora porque tú te descansas; llora por tu consuelo; llora en la tierra porque tú vayas al cielo; llora por el perdón de tus pecados y porque te llegues a él y no le ofendas» (san Juan de Ávila, *Sermón* 32).

Como los Padres sinodales señalaron el año pasado en el *Mensaje al Pueblo de Dios* tras el Sínodo sobre la Nueva Evangelización, «la misión de la Iglesia no se dirige a un territorio en concreto, sino que sale al encuentro de la pliegues más oscuros del corazón de nuestros contemporáneos, para llevarlos al encuentro con Jesús, el Viviente que se hace presente en nuestras comunidades». Por eso, seguían diciendo, «La obra de

la nueva evangelización consiste en proponer de nuevo al corazón y a la mente, no pocas veces distraídos y confusos, de los hombres y mujeres de nuestro tiempo y, sobre todo a nosotros mismos, la belleza y la novedad perenne del encuentro con Cristo».

En efecto, nadie da lo que no tiene. Una vez más, el sacerdote puede acudir a la experiencia de un san Pablo. Lo suyo es ser presbítero, no uno de esos super-apóstoles con los que el Apóstol se encuentra en Corinto: nada de intelectualismos ni de grandilocuencias, sino la locura de la sabiduría de la cruz (cf. 1 *Cor* 2, 6-4, 21); nada de recomendarse o anunciarse a sí mismo o de atribuirse a las propias fuerzas los éxitos pastorales («de ahí que un signo para reconocer a un auténtico sacerdote sea el asombro humilde ante su propia vocación» dice el n. 250 del *Youcat*), sino solo gloriarse en el Señor (cf. 2 *Cor* 10, 12-18); nada de predicar un Jesús diferente o un evangelio distinto (¡eso es de alguna forma un egocentrismo narcisista enmascarado!), sino ser fieles al nosotros eclesial (cf. 2 *Cor* 11, 4).

Todo esto supone la gozosa experiencia pascual de muerte y resurrección, de experimentar la fuerza en la debilidad. Solo así es posible permanecer arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe (cf. *Col* 2, 7). El Señor susurra al oído de cada sacerdote: «Te basta mi gracia: la fuerza se realiza en la debilidad» (2 *Cor* 12, 9). Y cada uno, lleno de fe y confianza, podrá asegurar: «Por eso vivo contento en medio de las debilidades, de los insultos, las privaciones, las persecuciones y las dificultades sufridas por Cristo. Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2 *Cor* 12, 9-10).

Pero tampoco pueden los presbíteros ser ingenuos. No pueden olvidar que son personas —es decir, cuerpo, alma y espíritu (cf. 1 *Tes* 5, 23)—, y ello significa que deben también cuidarse integralmente. Esta es la antropología adecuada que nos ha legado Juan Pablo II con su “Teología del cuerpo”. Cuidarse, dejarse cuidar y que se cuide de ellos. Sin sujeto no hay ni cristiano ni presbítero; sin una salud acorde a la edad, sin una sana psicología, sin una profunda vida espiritual, algo empezará a fallar y quizás ni el propio sacerdote se dé cuenta, ni tampoco quienes le rodean...

No se le escaparían estos detalles al Maestro Ávila. Gran parte de su epistolario va dirigido a sacerdotes y religiosos, exhortándoles, sosteniéndoles, aconsejándoles, incluso en los más pequeños detalles, de horarios, comidas, lecturas, etc. Tenemos también su *Tratado sobre el sacerdocio, sus Memoriales al Concilio de Trento*, sus *Pláticas y homilias de tema sacerdotal*, etc. En tan alta estima tiene el “oficio sacerdotal” que lo pone por encima de los ángeles y aún por encima de la mismísima Virgen María.

A los sacerdotes los llama «confesores, que es oficio de hacer buenos y sanar llagas de ánimas», «predicadores de la Palabra de Dios, medio para engendrar y criar hijos espirituales», «padres y pastores», «ayudadores de Dios mediante su oración», «no solo el cura es médico y maestro, mas también es juez», «y también le conviene el oficio de ser atalaya». «Esto, padres, es ser sacerdotes: que tengan experiencia que Dios oye sus oraciones y les da lo que piden y tengan tanta familiaridad con él» (*Plática 1*). «Y así, en ordenándoos, sois candela que habéis de dar lumbre» (*Plática 6*).

El príncipe cristiano Mishkin aseguró en una ocasión que «la belleza salvaría al mundo», lo cual le vale la duda y la burla de otro de los personajes de la obra *El idiota* de F. Dostoyevsky: «¿Qué clase de belleza será la que salve al mundo?». Los cristianos sabemos cuál es la respuesta del príncipe: Jesucristo, que es el más bello de los hombres (cf. Sal 45, 3). Es el buen y bello pastor (cf. *Jn 10, 11*) porque el adjetivo griego *kalós* significa ambas cosas, el Bien y la Belleza se identifican.

El presbítero entonces tendrá que asumir la Belleza no solo como identidad, sino también como misión. Su tarea será abrir el corazón de nuestros contemporáneos a la belleza del amor crucificado, porque en este mundo no ha habido gesto más bello que el del Hijo del hombre abriendo sus brazos para abrazar a toda la humanidad herida por el pecado y la muerte.

Su tarea será también devolver la belleza a cada hombre y a cada mujer a los que el pecado ha afeado y ensuciado, borrando en ellos la imagen y semejanza de Dios, como bien sabía aquel sacerdote de la posguerra italiana cuando escribía: «Nosotros, los curas, tenemos por único sentido de la vida contentar al Señor y demostrarle que hemos comprendido que cada alma es un universo de dignidad infinita» (Lorenzo Milani). Y es que «el hombre es el camino cotidiano de la vida de la Iglesia» (Juan Pablo II), y la belleza de la antropología cristiana es el gran tesoro que hemos de ofrecer como contenido de la nueva evangelización, pues sabemos «que cuanto uno mirare a Jesucristo, tanto será mejor hombre» (san Juan de Ávila, *Carta 12*).

La belleza no es estática sino extática, es decir, dinámica, hace salir de sí mismo en un éxodo casi inconsciente que remite al que es la Belleza en persona, el Amor en persona. Por eso, en la nueva evangelización aparecen nuevos lenguajes y también nuevos areópagos (MCS, artes, afectividad y sexualidad, derechos humanos, diálogo fe-cultura, cuidado de la creación, etc.) que invitan a descubrir la belleza de la Palabra anunciada, de la liturgia celebrada, de la comunión vivida, de la *diakonía* ofrecida.

Frente al utilitarismo práctico y consumista, la belleza de la gratuidad, la belleza como misión, porque «nada más bello que conocerle y comunicar a los otros la amistad con él» (Benedicto XVI).

“He fiado”: la fe presbiteral como caridad pastoral

Llegamos al final de nuestro recorrido. Curiosamente nos ha quedado un prosaico “he fiado”, como si el sacerdote le firmara un cheque en blanco al Señor o le diera de lo suyo a la espera de que él se lo devuelva... ¡Y vaya si lo hace! El ciento por uno, y vida eterna —con persecuciones apunta Mc 10, 30— pero el ciento por uno al fin y al cabo.

«¡Oh, bendita sea tu misericordia, Señor mío, que tan caro te costó lo que ahora tan de balde se da» exclamará el Maestro Ávila (*Sermón* 32).

El caso es que cada uno de los sacerdotes a lo largo y ancho del mundo se ha fiado («Sé de quién me he fiado») y puede seguir diciendo con el Apóstol: «y estoy firmemente persuadido de que tiene poder para velar por mi depósito hasta aquel día» (2 *Tim* 1, 12-13). Este depósito no es otro sino el depósito de la fe, que Pablo ha recibido y que, a lo largo de toda la carta, pide a su discípulo Timoteo que conserve íntegro y que, a su vez, transmita.

Esta fe se concreta para el presbítero, ante la multiplicidad de tareas, ante el riesgo de la dispersión de vida, ante la tentación de la herejía del activismo o del espiritualismo, ante la tentación de convertirse en un funcionario o en un profesional de lo religioso, en el amor del buen pastor, pues «El apacentar la grey del Señor es una función de amor» (san Agustín).

En efecto, mediante la caridad pastoral, «los presbíteros conseguirán la unidad de su vida uniéndose a Cristo en el conocimiento de la voluntad del Padre y en la entrega de sí mismos por el rebaño que se les ha confiado (cf. 1 *Jn* 3, 16). De esta forma, desempeñando el papel del Buen Pastor, en el mismo ejercicio de la caridad pastoral encontrarán el vínculo de la perfección sacerdotal que reduce a unidad su vida y su ministerio» (PO 14; cf. PDV 23). Esta caridad pastoral, sigue diciendo el Concilio, fluye sobre todo de la eucaristía y se alimenta de la oración. Encuentra su certificación auténtica en el cumplimiento de la voluntad de Dios, que es inseparable de la fidelidad a la misión de la Iglesia. Y el fruto de todo ello será la alegría apostólica.

Pero es que además esta alegría testimoniada como gozo pascual será fuente de nuevas vocaciones al sacerdocio (cf. PO 11). Llegamos así a la pastoral vocacional, lo que un sacerdote ha denominado «la preocu-

pación por los sucesores». También en esto cada sacerdote, cada comunidad cristiana, cada diócesis, la Iglesia entera en definitiva, tiene que vivir de ese: «Sé de quién me he fiado», máxime en este Año de la fe, sabiendo que el Señor siempre cumple sus promesas: «Os daré pastores según mi corazón» (*Jer 3, 15*).

Pero como la vocación también se transmite por contagio, junto a la oración y al trabajo pastoral, será necesario este testimonio alegre y gozoso que acabamos de mencionar. Nuevamente en palabras de san Juan de Ávila: «Lo que se os puede decir, hermanos, es que si sois clérigos, habéis de vivir, hablar y tratar y conversar, de tal manera que provoquéis a otros a servir a Dios» (Plática 6). Valgan también estas palabras con las que terminan uno de los libros sobre teología del sacerdocio más conocido de nuestro tiempo.

En el sacerdote tendrá que verse que el reino de Dios es “el tesoro escondido en el campo” y “la perla preciosa” por la que hay que entregar todo lo que se tiene, no con la actitud de una sombría y triste renuncia, sino con la alegre certeza de estar consiguiendo algo mucho mejor. El estar profundamente subyugado por Jesucristo y por su evangelio, y el sentirse fascinado por la vocación a la misión, apremia a entregarse «con toda alegría», como se dice en la Sagrada Escritura; a jugárselo todo a una sola carta. Y precisamente que el evangelio es en verdad fascinante, algo por lo que vale la pena empeñarlo todo, habrá que verlo palpablemente en la vida del sacerdote y constituirá también un gran atractivo para sus potenciales sucesores (G. Greshake).

Y todo esto por la fe (cf. Heb 11, 3-40). En definitiva, ya sea la definición de fe que aparece en Heb 11, 1, o la del catecismo del padre Asteite o del padre Ripalda, o la del Catecismo de la Iglesia Católica, o los siete rasgos de la misma que aparecen en el Youcat, todas ellas serán complementarias. Serán más o menos intelectuales, más o menos existenciales, pero conjuntándolas siempre serán imprescindibles estos cuatro elementos, que son los cuatro pasos que previamente hemos recorrido hasta llegar hasta aquí (fidelidad, razonabilidad, confianza, libertad):

- *Fidelidad*: la fe es la experiencia de nuestra alabanza y conversión cotidianas.
- *Razonabilidad*: la fe es una sabiduría en la que la Verdad aparece como comunión.
- *Confianza*: la fe es confianza en un Dios que se nos revela como el único Bueno, permaneciendo al mismo tiempo como misterio.

– *Libertad*: la fe es la respuesta libre a una llamada en la que el sujeto se siente necesitado de comunicar a los demás su experiencia, haciendo suya la Belleza por misión.

Son muchísimas las referencias a la fe que encontramos entre los escritos de san Juan de Ávila. Fray Luis de Granada lo retrata precisamente como hombre de fe: «La hacienda con que se sustentaba era la fe y confianza muy firme que tenía en la Providencia paternal de nuestro Señor» (*Vida del Padre Maestro Juan de Ávila*, p. 2ª n. 3).

En uno de sus sermones, exclamará el maestro Ávila: «¡Oh, bienaventurado aquel que entiende qué cosa es fe!» (n. 5). Y en otro de sus escritos define así la fe: «la fe es la primera reverencia con que el ánima adora a su Criador, sintiendo de él altísimamente, como de Dios se debe sentir. Porque aunque algunas cosas de Dios se pueden por razón alcanzar, las cuales llama san Pablo *lo manifestado de Dios* (Rom 1, 19); más los misterios que la fe cree, no puede la razón alcanzar cómo sean. Y por eso se dice que cree la fe lo que no ve, y adora con firmeza lo que a la razón es escondido» (*Audi, filia*, 31, 2).

Más escasas son, en cambio, las veces que utiliza la cita «Sé de quién me he fiado». Un total de cinco veces, una en un “Sermón sobre la purificación de nuestra Señora” y las cuatro restantes en cartas, cuyos destinatarios están todos ellos pasando por la prueba de la persecución. El Maestro Ávila les escribe para consolarles. Tales son tres señoras y el religioso predicador Fr. Alonso de Vergara. A este último le dice, y con sus palabras concluimos, lo siguiente: «Ofrezca, padre, su vida y honra en las manos del Crucificado, y hágale donación de ella, que Él la podrá en cobro, como ha hecho a otros: *Yo sé a quién creí*, dice san Pablo (2 Tim 1, 12). Y no le fue mal por ello».

Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis

NOTA SOBRE LA FORMACIÓN RELIGIOSA Y MORAL DE LA ESCUELA

Una vez más la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis estima necesario recordar a los padres católicos de los alumnos que acuden, tanto a las escuelas estatales como las de iniciativa social, el deber de la formación religiosa de sus hijos así como el derecho que les asiste ante el

Estado de que sus hijos reciban formación religiosa en el ámbito escolar. Es preciso que los padres de familia con hijos en edad escolar presten atención a que sus hijos reciban la enseñanza religiosa, dentro de las normas establecidas en el Acuerdo entre la Santa Sede y el Estado Español sobre Enseñanza y Asuntos Culturales y en las disposiciones legales concordadas que las desarrollan. Pedimos a los responsables de los centros, que garanticen el ejercicio efectivo de este derecho que asiste a los padres.

“En la Europa de los derechos del hombre y del ciudadano, la realización de tal enseñanza garantiza derechos fundamentales de conciencia, que serían heridos por formas de marginación y desvalorización. Es justo, por tanto, que se definan claramente las normas legislativas y los ordenamientos institucionales, de forma tal que aseguren, en relación con la presencia, los horarios y la organización escolar, las condiciones para un efectivo y digno desarrollo de la enseñanza de la religión en la escuela, según el principio de su igual dignidad cultural y formativa con las demás disciplinas, que no está de ningún modo en contraste con el riguroso respeto de la libertad de conciencia de cada uno”. (JUAN PABLO II, Discurso en el Simposio sobre la enseñanza religiosa, Roma, 1991).

Además, recordamos que toda comunidad cristiana debe comprometerse en este esfuerzo por lograr que los niños, adolescentes y jóvenes reciban la formación religiosa y moral que reclama su condición de cristianos. Esta formación se ha de recibir en el ambiente familiar, en la parroquia y en la escuela. Estos tres ámbitos de formación cristiana no se pueden considerar separados entre sí. Cada uno de ellos ofrece sus propias posibilidades educativas y tiene sus propios contenidos; todos son necesarios y se complementan.

La formación religiosa escolar tiene la peculiar condición de ayudar a los alumnos a alcanzar una formación cristiana en relación y diálogo con los conocimientos y la cultura que la escuela transmite. Estos conocimientos y esta cultura pueden orientarse a favor o en contra de determinadas creencias religiosas y valores morales. Los alumnos católicos tienen derecho a que tal orientación se haga en conformidad con la fe y moral católica.

Conocemos las especiales dificultades con que se encuentran quienes tienen que cumplir el deber de impartir la enseñanza religiosa en los Colegios e Institutos. Más allá de los problemas de tipo legal y organizativo, en los que están en juego derechos y deberes de las personas que deben ser respetados por todos con exquisita delicadeza; es preciso cuidar con esmero la calidad de la enseñanza religiosa. La formación inicial, que prepara para impartir la enseñanza religiosa, y la formación perma-

nente de los profesores de religión católica es una acción pastoral prioritaria para la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis; constituyen una valiosa ayuda para los profesores, reforzando los contenidos de la formación inicial y elaborando los cursos de formación permanente, ya publicados y aplicados en las diócesis españolas.

Dadas las especiales dificultades que hoy ofrece la formación religiosa escolar, consideramos muy importantes los encuentros periódicos de los profesores de religión entre sí y también con los catequistas y padres de alumnos. Es preciso poner en común el análisis de los problemas que surgen, las experiencias pedagógicas y pastorales, las líneas de acción que es necesario llevar a la práctica.

En el curso 2012-13 la opción por la enseñanza religiosa católica ha descendido en 3,5 puntos. El descenso se ha dado solamente en los centros estatales, mientras que ha subido 2 puntos porcentuales en los centros de iniciativa social-entidad titular católica y 1,7 en los de iniciativa social-entidad titular civil.

Toda la comunidad cristiana católica debe sentirse especialmente llamada a seguir con atención e interés todo cuanto se refiere a la formación cristiana de los niños y jóvenes en los centros educativos.

Ponemos en manos de nuestra Madre María los trabajos y esperanzas en pro de la formación cristiana de los niños adolescentes y jóvenes.

Madrid 6 de marzo de 2013

Subcomisión Episcopal para la Familia y la Vida

MENSAJE CON OCASIÓN DEL DÍA DE LA VIDA “Humano desde el principio”

La Iglesia quiere celebrar en esta Jornada por la Vida el don precioso de la vida humana, especialmente en las primeras etapas tras su concepción. En esta ocasión, de manera especial, ante la falta de protección a la que hoy en día está sometida.

La vida humana es sagrada porque desde su inicio comporta la acción creadora de Dios y permanece siempre en una especial relación con el Creador, su único fin. La vida humana es un don que nos sobrepasa. Solo Dios es Señor de la vida desde su comienzo hasta su término. Nadie, en ninguna circunstancia, puede atribuirse el «derecho de matar de modo

directo a un ser humano inocente» [1]. Por ello, todo atentado contra la vida del hombre es también un atentado contra la razón, contra la justicia, y constituye una grave ofensa a Dios. De aquí la voz de la Iglesia extendiéndose por todas partes y proclamando que «el ser humano debe ser respetado y tratado como persona desde el instante de su concepción» y, por tanto, a partir de ese mismo momento se le deben reconocer los derechos de la persona, principalmente el derecho inviolable de todo ser humano inocente a la vida [2].

En esta ocasión, nuestro punto de partida no puede ser otro más que el de la sagrada dignidad del hombre y del valor supremo de su vida para toda conciencia recta. Vivir es el primero de los derechos humanos, raíz y condición de todos los demás. El derecho a la vida se nos muestra aún con mayor fuerza cuanto más inocente es su titular o más indefenso se encuentra, como en el caso de un hijo en el seno materno.

La tutela del bien fundamental de la vida humana y del derecho a vivir forma parte esencial de las obligaciones de la autoridad. Este servicio que ha de prestar la autoridad no consiste más que en recoger la demanda que está presente en la sociedad constituida por personas que nacen a la vida en el seno de una familia, célula básica de dicha sociedad. El derecho a la vida, que no es una concesión del Estado, es un derecho anterior al Estado mismo y este tiene siempre la obligación de tutelarlos [3].

Afirmar y proteger el derecho a la vida y en concreto el de un hijo en el seno materno, derecho que es inherente a todo ser humano y que constituye la base de la seguridad jurídica y de la justa convivencia, resulta esperanzador y próspero para la sociedad [4].

El papa Benedicto XVI nos recordó el gran valor y la importancia que el reconocimiento, aprecio y defensa la vida humana tiene para la construcción de la paz social, el desarrollo integral de los pueblos y el cuidado y protección del ambiente:

«Quienes no aprecian suficientemente el valor de la vida humana y, en consecuencia, sostienen, por ejemplo, la liberación del aborto, tal vez no

¹ Juan Pablo II, *Evangelium vitae*, 53.

² Juan Pablo II, *Evangelium vitae*, 60.

³ CCXIII Reunión de la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española, *Declaración sobre el Anteproyecto de "Ley del aborto": atentar contra la vida de los que van a nacer, convertido en "derecho"*, 6.

⁴ CVII Reunión de la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española, *Declaración sobre la Despenalización del aborto y conciencia moral*.

se dan cuenta que, de este modo, proponen la búsqueda de una paz ilusoria. La huida de las responsabilidades, que envilece a la persona humana, y mucho más la muerte de un ser inerte e inocente, nunca podrán traer felicidad o paz. En efecto, ¿cómo es posible pretender conseguir la paz, el desarrollo integral de los pueblos o la misma salvaguardia del ambiente, sin que sea tutelado el derecho a la vida de los más débiles, empezando por los que aún no han nacido? Cada agresión a la vida, especialmente en su origen, provoca inevitablemente daños irreparables al desarrollo, a la paz, al ambiente. Tampoco es justo codificar de manera subrepticia falsos derechos o libertades, que, basados en una visión reductiva y relativista del ser humano, y mediante el uso hábil de expresiones ambiguas encaminadas a favor-recer un pretendido derecho al aborto y a la eutanasia, amenazan el derecho fundamental a la vida» [5].

En nuestro contexto actual, parece obligado añadir que una conciencia cristiana bien formada no debe favorecer con el propio voto la realización de un programa político o la aprobación de una ley particular que contengan propuestas alternativas o contrarias a los contenidos fundamentales de la fe y la moral en este sentido. Dado que las verdades de fe constituyen una unidad inseparable, no es lógico el aislamiento de uno solo de sus contenidos en detrimento de la totalidad de la doctrina católica.

Por otro lado y de igual modo queremos decir que el compromiso político a favor de un aspecto aislado de la doctrina social de la Iglesia no basta para satisfacer la responsabilidad de la búsqueda del bien común en su totalidad. En esta línea de responsabilidades consideramos importante recordar que tampoco el católico puede delegar en otros el compromiso cristiano que proviene del evangelio de Jesucristo, para que la verdad sobre el hombre y el mundo pueda ser anunciada y realizada.

Cuando la acción política tiene que ver con principios morales que no admiten derogaciones, excepciones o compromiso alguno, es cuando el empeño de los católicos se hace más evidente y cargado de responsabilidad. Ante estas exigencias éticas fundamentales e irrenunciables, en efecto, los creyentes deben saber que está en juego la esencia del orden moral, que concierne al bien integral de la persona. Este es el caso de las leyes civiles en materia de aborto y eutanasia [6].

⁵ Benedicto XVI, *Mensaje para la celebración de la XLVI Jornada Mundial de la Paz*.

⁶ Congregación para la Doctrina de la Fe, *Nota doctrinal sobre algunas cuestiones relativas al compromiso y la conducta de los católicos en la vida política*, 4.

Es, como obispos, nuestra obligación ayudar al discernimiento acerca de la justicia y de la moralidad de las leyes. En este sentido, debemos reiterar que la actual legislación española sobre el aborto es gravemente injusta, puesto que no reconoce ni protege adecuadamente la realidad de la vida. Es, pues, urgente la modificación de la ley, con el fin de que sean reconocidos y protegidos los derechos de todos en lo que toca al más elemental y primario derecho de la vida.

También es apremiante la difusión que en este campo realiza la Iglesia a través de diversas entidades como los COF (Centro de Orientación Familiar); la formación de las personas que trabajan en ellos; la creación de dichos centros donde no los haya; la incorporación de más católicos responsables, comprometidos y formados en las diversas tareas que este trabajo a favor de la vida conlleva. Entre estos trabajos consideramos importante resaltar la labor de asistencia y ayuda a las madres embarazadas, en riesgo de abortar, en el nivel asistencial-material y también en el psicológico antes y después de un posible aborto. En este sentido urgimos también, a la formación de sacerdotes en este terreno para poder asistir adecuadamente a las cada vez más numerosas madres que padecen el síndrome post-aborto.

Por todo ello y dada la fragilidad de la condición humana y conscientes de nuestras limitaciones, invocamos y pedimos la ayuda a santa María Virgen, Madre de la Vida.

Oficina de Información

LA BEATIFICACIÓN DE MÁRTIRES DEL S.XX EN ESPAÑA, EN EL AÑO DE LA FE, TENDRÁ LUGAR EL DOMINGO 13 DE OCTUBRE

Se ha adelantado la fecha, que en un principio estaba fijada el día 27 de ese mismo mes

La Beatificación del Año de la Fe tendrá lugar, en Tarragona, a las 12 horas del domingo 13 de octubre de 2013. Se ha adelantado la fecha, que en un principio estaba fijada el día 27 de ese mismo mes, para evitar

la coincidencia con el Encuentro de las Familias con el Santo Padre, que se celebrará en Roma los días 26 y 27 de octubre.

La organización de la ceremonia de beatificación corresponde a Secretaría General, a través de la Oficina para las Causas de los Santos de la Conferencia Episcopal Española, en coordinación con la diócesis anfitriona.

La última Asamblea Plenaria de la CEE decidió que la ceremonia de beatificación de mártires del siglo XX en España se celebre en Tarragona. La sede elegida cuenta con una gran historia de fe cristiana y martirial, pues los protomártires hispanos son el obispo de Tarragona, Fructuoso, y sus dos diáconos Augurio y Eulogio. Además, en esta ocasión 147 mártires de los que serán beatificados son de Tarragona, entre ellos el que fue Obispo Auxiliar de la diócesis, Manuel Borrás y 66 sacerdotes diocesanos.

El Plan Pastoral de la CEE recoge como una de las grandes acciones, inscritas en el Año de la Fe, la beatificación de mártires del siglo XX en España. En el Plan se recuerdan las Palabras del Papa **Benedicto XVI** cuando, precisamente al convocar el Año de la Fe, señaló que “por la fe, los mártires entregaron su vida como testimonio de la verdad del Evangelio, que los había transformado y hecho capaces de llegar hasta el mayor don del amor con el perdón de sus perseguidores”.

AUMENTA EN UN 2,3% EL NÚMERO DE SEMINARISTAS CON RESPECTO AL AÑO ANTERIOR

“Sé de quién me he fiado”, lema del Día del Seminario 2013

El número de seminaristas en España sigue aumentando. Si el curso anterior la cifra pasó de 1.227 a 1.278, en este curso 2012-2013 la cifra total es de 1.307, lo que supone un aumento de 29 seminaristas, en términos absolutos, y un incremento del 2,3%. También en este curso ha aumentado en un 6,5% el número de nuevos ingresos en los seminarios mayores y se han ordenado 133 seminaristas, lo que supone 11 más que en el año anterior (un incremento del 9%).

Sé de quién me he fiado

Las diócesis españolas celebran el Día del Seminario en torno al 19 de marzo, festividad de San José. Este año se ha elegido como lema “Sé de quién me he fiado” y como imagen, en el cartel, la misma figura del Jesucristo que preside el retablo de la capilla de la Sucesión Apostólica, en

la sede de la Conferencia Episcopal Española. Con esta imagen concluía precisamente el vídeo de la Campaña del año pasado (www.teprometounavidaapasionante.com). Ahora se vuelve a recordar a los jóvenes, con distintos materiales, que seguir a Jesucristo, como sacerdote, no quita nada y a cambio ofrece “una vida apasionante” que llena de sentido, libertad y plenitud, no sólo su vida propia sino la de cuantos les rodean.

El “Día del Seminario” se viene celebrando desde el año 1935. Desde entonces cada año llega con un nuevo lema pero con el mismo objetivo: suscitar vocaciones sacerdotales mediante la sensibilización, dirigida a toda la sociedad, y en particular a las comunidades cristianas.

La Iglesia está viva

En esta ocasión, la Campaña del Día del Seminario viene enmarcada por diversas efemérides eclesiales: Año de la Fe, 50º aniversario de la inauguración del Concilio Vaticano II, 20º aniversario de la promulgación del Catecismo, el reciente Doctorado de San Juan de Ávila y el Sínodo de los Obispos sobre “la nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana”. Además, coincide providencialmente con un tiempo en el que la Iglesia entera agradece conmovida los años de pontificado de Benedicto XVI y reza para que el Espíritu Santo ilumine a los cardenales que tienen la responsabilidad de elegir un nuevo pontífice.

En el contexto del Día del Seminario, recordamos con particular emoción las palabras de aliento de Benedicto XVI en su último encuentro con los cardenales y con el clero de Roma. En las dos ocasiones, al igual que hizo en la Eucaristía de inauguración de su pontificado, se refirió a la Iglesia como un cuerpo vivo, “es siempre una alegría ver cómo la Iglesia vive”. Con palabras de Romano Guardini, subrayó que la Iglesia es “una realidad viviente. Vive a lo largo del tiempo, en devenir como cualquier ser vivo, transformándose. Sin embargo, en su naturaleza, permanece siempre la misma, su corazón es Cristo”, Aquel del que nos hemos fiado, tal y como este año expresa el lema del Día del Seminario.

SE PRESENTA EL DOCUMENTO “VOCACIONES SACERDOTALES PARA EL SIGLO XXI”

La Conferencia Episcopal Española (CEE) presenta el Documento “Vocaciones sacerdotales para el siglo XXI. Hacia una renovada pastoral de las vocaciones al sacerdocio ministerial”. El texto fue aprobado por la

XCIX Asamblea Plenaria, celebrada del 23 al 27 de abril de 2012, y se presenta ahora, en el contexto del Día del Seminario, que se celebra en las diócesis españolas en torno al 19 de marzo y que este año lleva por lema “Sé de quién me he fiado”.

El Documento arranca con algunos interrogantes que **Benedicto XVI** lanzó a los jóvenes durante la Jornada Mundial de la Juventud Madrid 2011: “¿Qué quiere Dios de mí? ¿Cuál es su designio sobre mi vida? ¿Me llama Cristo a seguirlo más de cerca?” Con este trasfondo y en continuidad con el impulso renovador que supuso el Año Sacerdotal, la misma JMJ o el Doctorado de San Juan de Ávila, los obispos españoles ofrecen este texto con la finalidad de “propiciar la oración por las vocaciones, reflexionar sobre el trabajo de promoción vocacional, compartir tanto las dificultades como las esperanzas de quienes trabajan en el ámbito de la pastoral vocacional, y, finalmente, ofrecer algunas propuestas pastorales”. Les mueve a ello la preocupación causada por “el descenso progresivo de las vocaciones sacerdotales que tiene lugar en Occidente en las últimas décadas” y ante el que es preciso abordar algunas preguntas clave que están en el ambiente, de cara a descubrir “las causas de la confusión o desorientación que pueden afectar a un joven de hoy” y al mismo tiempo plantearse cómo despertar en él “esas energías de donación que posee en sí mismo y la capacidad de seguir con totalidad y certeza a Jesús”.

El texto está dividido en tres grandes capítulos: el encuentro con Cristo, la llamada al sacerdocio y, en un solo apartado, lugares de llamada y propuestas de acción pastoral. Los obispos concluyen con una explícita llamada a la esperanza.

El encuentro con Cristo

El primer capítulo parte del reconocimiento de un contexto socio-cultural muy complejo, que incluye un proceso de secularización aparentemente imparable y fuertes corrientes de pensamiento laicista que pretenden excluir a Dios de la vida de las personas y los pueblos. Vivimos inmersos en una crisis cultural que afecta particularmente a la institución familiar. La despreocupación por el bien común da paso a menudo a la realización inmediata de los deseos y en este contexto “la capacidad de corresponder a la llamada de Dios queda en cierta medida debilitada”.

Pero no todo es negativo. Los obispos destacan también numerosos aspectos positivos de la sociedad en general y del mundo juvenil en particular, como por ejemplo, el hecho de que la juventud sea la etapa de la vida en la que se devela a la persona con toda la riqueza y plenitud de sus

potencialidades, impulsando la búsqueda de metas más altas que den sentido a la misma; el que se dé un mayor respeto a la persona humana y a su dignidad, y en líneas generales también una mayor sensibilidad por la promoción de los derechos humanos, aunque con dolorosas excepciones en temas fundamentales que afectan a la vida y a la familia; se destaca también el deseo de libertad personal propio de la edad juvenil y el sentido innato de la verdad que los jóvenes tienen; el valor que dan al testimonio y a la coherencia de vida; y la experiencia de voluntariado, tan extendida hoy entre el mundo juvenil.

Con las sombras y las luces dibujadas, el Documento aborda a continuación el hecho de que todos estemos llamados al encuentro con Cristo. La vida cristiana comienza después de un encuentro personal con Él. Como resume **Benedicto XVI** en *Deus caritas est* “no se empieza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”.

Por todo ello, los obispos subrayan que se ha de propiciar ese encuentro, conociendo bien la realidad personal del joven y la situación en que se encuentra en relación a la fe y a la religión. “Actualmente nos encontramos con una gran diversidad de personas y de situaciones que exige a su vez una gran variedad de itinerarios y de pedagogía. Sólo así podremos ofrecer una propuesta personalizada y con sentido”. Y concluyen este apartado alentando la esperanza en los jóvenes, en “una época marcada entre otras cosas por una manifiesta crisis de esperanza debido a las dificultades acuciantes del momento presente”. La vida cristiana es un camino, una peregrinación y también una escuela de aprendizaje y de ejercitación de la esperanza. “Por tanto, para reavivar la esperanza de los jóvenes, es preciso que la pastoral juvenil y vocacional se dirija a todos ellos, a los más próximos y a los que están más alejados, y se oriente a devolverles el entusiasmo por encontrar el verdadero sentido de su vida”, afrontando el reto de educarles en la fe, ante la situación de *emergencia educativa* que estamos viviendo, “sin miedo de confrontar la fe con los avances del conocimiento humano”, al contrario, es preciso “promover una pastoral de la inteligencia, de la cultura, de la persona, que responda a todos los interrogantes”.

La llamada al sacerdocio

El segundo capítulo está dedicado a la llamada al sacerdocio. “Todo comienza con una iniciativa y una llamada de Cristo a la puerta del corazón del hombre”.

La llamada de Dios es personal, pero los obispos nos recuerdan la dimensión eclesial y comunitaria que tiene toda vocación. “Las comunidades diocesanas y parroquiales están llamadas a reforzar el compromiso a favor de las vocaciones al sacerdocio ministerial. Sólo las comunidades cristianas vivas saben acoger con prontitud las vocaciones y después acompañarlas en su desarrollo”.

Cuando en el texto se explica con detalle la *vocación sacerdotal* se incide en que “la llamada es doble: la comunión con Él y la participación en su misión (...) No somos repetidores de una doctrina aprendida, sino comunicadores de su palabra, de los misterios del Reino, de Cristo mismo. Los envía para que den testimonio ante los hombres de lo que han visto y oído, de lo que han experimentado. Los envía a llevar la salvación a los confines de la tierra”.

El apartado concluye exponiendo cómo “la gracia de la llamada y la libertad en la respuesta no se oponen”, deteniéndose en el discernimiento vocacional y en el camino de las mediaciones, con especial atención a la familia cristiana, un “primer Seminario”. A pesar de las dificultades por las que atraviesa en la actualidad la institución familiar, los obispos alientan a las familias, “la Iglesia sigue confiando en su capacidad educativa y de transmitir aquellos valores que capacitan al sujeto para plantear su existencia desde la relación con Dios. El futuro de las vocaciones se forja, en primer lugar, en la familia. Para ello es imprescindible que la familia cristiana esté abierta a la vida, cumpliendo generosamente el servicio a la vida que le corresponde y aplicándose con dedicación y esmero en la tarea de educar a los hijos en la fe”.

Lugares de llamada y propuestas para la acción pastoral

Por último, en el tercer capítulo, se presentan algunos lugares y ambientes propicios para la llamada, como por ejemplo, la parroquia y las comunidades cristianas, la familia, las instituciones de educación y ámbitos formativos y los eventos diocesanos, nacionales e internacionales.

Se indican también algunas propuestas pastorales centradas en la oración, como “principal actividad de la pastoral vocacional de la Iglesia”, la Palabra de Dios, la participación activa en la vida sacramental, la catequesis, el planteamiento de la vida como vocación, el trabajo vocacional con los monaguillos y, entre otros, la importancia de los planes y de los centros de pastoral vocacional.

Se termina subrayando la fuerza y la importancia del testimonio sacerdotal: “los jóvenes necesitan un ideal de altura que comprometa toda

su existencia. No hay que tener miedo a los planteamientos de exigencia en la vida espiritual, en la formación y en el compromiso”, y en esta misma línea, se apunta la “importancia de presentar el testimonio histórico de los santos como estímulo para identificarse con los valores que no coinciden con los *héroes* ni los *triunfadores* de la cultura dominante”. Para llevar a cabo una renovada pastoral de las vocaciones es fundamental que “los sacerdotes vivan con radicalidad su ministerio”: sacerdotes enamorados de Jesucristo, fieles a su misión, que se entreguen en totalidad, verdaderos hombres de comunión, llenos de celo por la evangelización del mundo, que vivan como apóstoles de Cristo y servidores de los hombres, que experimenten la grandeza y la belleza del ministerio sacerdotal, hombres, al fin, de alegría y de esperanza.

Una llamada final a la esperanza

El Documento concluye con una llamada explícita a la esperanza. “Nos hallamos en un tiempo apasionante para vivir el sacerdocio y para trabajar en la promoción de las vocaciones sacerdotales. Para ello es necesario mantener clara y manifiesta la identidad sacerdotal y ofrecer a nuestros contemporáneos el testimonio de que somos hombres de Dios”.

Más allá de las apariencias y de las dificultades, “tenemos una certeza clara: la iniciativa es de Dios, que continúa llamando, y la Iglesia tiene capacidad de suscitar, acompañar y ayudar a discernir en la respuesta”. Para ello hay que “salir al encuentro de los niños y de los jóvenes, responder a sus expectativas, a sus problemas e inseguridades, dialogar con ellos proponiéndoles un ideal de altura que comprometa toda la existencia, una elección que comprometa toda su vida. Nuestra tarea consistirá en sembrar, en anunciar el evangelio de la vocación. Una siembra oportuna y confiada (...) Es la hora de la fe, la hora de la confianza en el Señor que nos envía mar adentro a seguir echando las redes en la tarea ineludible de la pastoral vocacional”.

DOS DE CADA TRES ALUMNOS ELIGEN CURSAR VOLUNTARIAMENTE RELIGIÓN CATÓLICA

La Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis de la Conferencia Episcopal Española (CEE) ha elaborado el informe anual sobre el número de alumnos que reciben formación religiosa y moral en la escuela. En la actualidad, dos de cada tres alumnos eligen cursar voluntaria-

mente religión católica (el 66,7%). Con respecto al año pasado, los porcentajes bajan en los centros estatales, mientras que suben 2 puntos en los centros de “iniciativa social-entidad titular católica” y 1,7 en los de “iniciativa social-entidad titular civil”.

Por otra parte, los obispos de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis han publicado una Nota dirigida a toda la comunidad católica para que se sienta “especialmente llamada a seguir con atención e interés todo cuanto se refiere a la formación cristiana de los niños y jóvenes en los centros educativos”. Asimismo, piden a los responsables de los centros que “garanticen el ejercicio efectivo de este derecho que asiste a los padres”. Se trata de un derecho fundamental, reconocido por la Constitución Española en el artículo 27.3.

“Conocemos las especiales dificultades con que se encuentran quienes tienen que cumplir el deber de impartir la enseñanza religiosa en los Colegios e institutos –afirman los obispos -. Más allá de los problemas de tipo legal y organizativo, están en juego derechos y deberes de las personas que deben ser respetados por todos con exquisita delicadeza; es preciso cuidar con esmero la calidad de la enseñanza religiosa”.

Además de la catequesis, que tiene su propio ámbito, la clase de religión es necesaria para el logro de una formación completa del alumno, puesto que “la formación religiosa escolar tiene la peculiar condición de ayudar a los alumnos a alcanzar una formación cristiana en relación y diálogo con los conocimientos y la cultura que la escuela transmite”.

EL COMITÉ EJECUTIVO DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA ENVÍA UNA CARTA DE FELICITACIÓN AL PAPA FRANCISCO

El Comité Ejecutivo de la Conferencia Episcopal Española (CEE), reunido por primera vez después de la elección del Papa Francisco, ha enviado una carta de felicitación a Su Santidad. En ella los obispos le hacen llegar al Santo Padre “la seguridad de su comunión plena al servicio del Pueblo de Dios” y agradecen al Señor “el tiempo de gracia que está suponiendo este tiempo de significativos acontecimientos eclesiales”. “Después del admirable gesto del Papa Benedicto, al renunciar al ministerio petrino –se puede leer en el texto-, la elección de Vuestra Santidad ha llenado de alegría a toda la Iglesia y aun al mundo entero”.

Los obispos españoles se congratulan de modo especial de que el Espíritu Santo haya encomendado el gobierno de la Iglesia a “un pastor

tan cercano a nosotros por espiritualidad, historia y cultura, como sabemos también por los Ejercicios Espirituales que tuvo la generosidad de dirigirnos en enero de 2006. Esto nos obliga especialmente –concluye la carta– a estar en todo junto a Vuestra Santidad, con colaboración diligente, obediencia plena y oración ardiente. Así lo hará también el pueblo católico de España”.

Texto completo de la carta

Madrid, 11 de abril de 2013

A Su Santidad el Papa Francisco
Ciudad del Vaticano

Santidad:

El Comité Ejecutivo de la Conferencia Episcopal Española, reunido por primera vez después de la elección de Vuestra Santidad como obispo de Roma, sucesor del Apóstol San Pedro, cabeza del colegio de los Obispos, Vicario de Cristo y Pastor de la Iglesia universal en la tierra, le hace llegar la seguridad de su comunión plena al servicio del Pueblo santo de Dios.

Damos gracias al Señor por el tiempo de gracia que está suponiendo este tiempo de significativos acontecimientos eclesiales. Después del admirable gesto del Papa Benedicto, al renunciar al ministerio petrino, la elección de Vuestra Santidad ha llenado de alegría a toda la Iglesia y aun al mundo entero.

Los obispos españoles se congratulan de modo especial de que el Espíritu Santo haya encomendado el gobierno supremo de la Santa Iglesia, peregrina en este mundo, a un pastor tan cercano a nosotros por espiritualidad, historia y cultura, como sabemos también por los Ejercicios Espirituales que tuvo la generosidad de dirigirnos en enero de 2006. Esto nos obliga especialmente a estar en todo junto a Vuestra Santidad, con

colaboración diligente, obediencia plena y oración ardiente. Así lo hará también todo el pueblo católico de España.

Con filial afecto, suyos en el Corazón de Cristo,

† ANTONIO M^a ROUCO VARELA
Cardenal-Arzbispo de Madrid
Presidente de la Conferencia Episcopal Española

† JUAN ANTONIO MARTÍNEZ CAMINO
Obispo Auxiliar de Madrid
Secretario General de la Conferencia Episcopal Española

NOTA DE PRENSA FINAL DE LA CI ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Los obispos españoles han celebrado, del 15 al 19 de abril, la CI Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española (CEE), en la que se ha aprobado, entre otras cosas, un nuevo Catecismo y un Mensaje con motivo de la Beatificación del Año de la fe, que tendrá lugar en Tarragona el domingo 13 de octubre de este mismo año.

Han participado 74 de los 77 obispos en activo: 2 cardenales, 13 arzobispos más el Ordinario castrense, 52 diocesanos y 9 auxiliares. La diócesis de Tortosa, vacante tras el traslado de Mons. D. **Javier Salinas Viñals** a Mallorca, ha estado representada por su Administrador diocesano, D. **José Luis Arín Roig**. También han estado presentes cardenales, arzobispos y obispos eméritos.

Discurso inaugural del Cardenal Rouco

El lunes, en el discurso inaugural, el Presidente de la CEE, el Cardenal **Antonio M^a Rouco Varela**, Arzbispo de Madrid, comenzó recordando el especial tiempo de gracia que la Iglesia ha vivido “desde la nunca vista despedida pública de un papa ejerciendo su ministerio de pastor de la Iglesia universal, hasta la celebración el cónclave, en un clima de extraordinaria expectación mundial, crecida, si cabe todavía más, con la elección del papa **Francisco**”. En circunstancias tan nuevas, las transformaciones experimentadas por el mundo en los últimos años y los enormes

desafíos que se le presentan a la misión de la Iglesia, la renuncia del papa **Benedicto XVI** “no sólo se comprende, sino que se admira como un gesto de excepcional virtud personal. No era fácil dar ese paso, era también un modo de permanecer junto a la cruz del ministerio (...) Al retirarse al silencio de la oración, expresando públicamente su obediencia al próximo papa, **Benedicto XVI** nos ha dejado a todos, en particular a los pastores, un ejemplo excepcional de virtud”.

Posteriormente, el Arzobispo de Madrid recordó que en enero de 2006, los miembros de la CEE tuvieron la oportunidad de conocer y tratar al papa **Francisco** “cuando, como cardenal arzobispo de Buenos Aires, tuvo la generosidad de venir a darnos los Ejercicios Espirituales” y repasó algunas de sus palabras y gestos de sus primeras semanas de pontificado, en las que “lo hemos visto y oído invitando a toda la Iglesia a lo esencial” y en particular a los obispos a “ser pastores con olor a oveja” e ir “allí donde lo que somos por gracia se muestre claramente como pura gracia, en ese mar del mundo actual, donde solo vale la unción –y no la función– y resultan fecundas las redes echadas únicamente en el nombre de Aquel de quien nos hemos fiado: Jesús”. “¡Qué hermosa manera –expresaba el Cardenal **Rouco**– de concretar espiritual y prácticamente el programa de la nueva evangelización en el que estamos empeñados!”.

El Presidente de la CEE dedicó la segunda parte de su discurso a la Nueva Evangelización, en el contexto del Año de la fe y abordó, en la parte final, los graves problemas sociales que estamos viviendo. Se refirió a los duros efectos de la crisis económica, como por ejemplo el paro, la falta de medios para hacer frente a los compromisos contraídos en la adquisición de viviendas o a la debida atención a los ancianos e inmigrantes. Asimismo recordó que persiste en nuestra sociedad una desprotección legal del derecho a la vida de los que van a nacer; que se mantiene una legislación sobre el matrimonio gravemente injusta y que es necesaria también una legislación más justa en lo que se refiere a la libertad de enseñanza y, en concreto, al ejercicio efectivo del derecho fundamental que asiste a los padres en la elección de la formación ética y religiosa que desean para sus hijos.

El Cardenal **Rouco**, señaló que “ante la difícil situación económica por la que atravesamos, las tensiones sociales no parecen disminuir”, sin embargo, “nadie debería aprovechar las dificultades reales por las que atraviesan las personas y los grupos sociales para perseguir ningún fin particular, por legítimo que fuere” que perdiera de vista bienes superiores como “la reconciliación, la unidad y la primacía del derecho”.

El Presidente de la CEE finalizó su discurso recordando que “una de las formas de responder a la vocación cristiana y a la llamada universal a la santidad, particularmente en el caso de los fieles laicos, es la de la participación en la acción social y política” y agradeció “una vez más el trabajo de los voluntarios que dedican su tiempo a las obras por las que diversas instituciones de la Iglesia asisten a los necesitados y a los más afectados por la crisis”.

Saludo del Nuncio

El Nuncio Apostólico en España, Mons. **Renzo Frantini**, retomó también los acontecimientos de la renuncia de **Benedicto XVI** y el inicio del pontificado de **Francisco**. Afirmó que el nuevo Papa “con su estilo personal, cercano y espontáneo, ha insistido en continuidad con su antecesor, en la centralidad de Cristo crucificado, en el protagonismo del Espíritu Santo y ha invitado a toda la iglesia a «reencontrar la confortadora alegría de evangelizar» para ofrecer en Cristo, la luz de los pueblos, al mundo de hoy”. “Pienso que, por parte de todo episcopado –continuó el Sr. Nuncio– merece una particular atención la consideración que hace el Papa **Francisco** al peligro de la *autoreferencialidad* de nuestras instituciones eclesíásticas, cayendo en un *narcisismo*. El Papa nos recuerda que tenemos que salir, caminar, evangelizar y construir la Iglesia llevando la cruz, anunciando en las periferias a Jesucristo”.

Catecismo “Testigos del Señor”

Los obispos han aprobado el segundo Catecismo para la Iniciación Cristiana Testigos del Señor. Está destinado a niños y adolescentes de entre 10 y 14 años y es continuación de “Jesús es el Señor”, primer catecismo de infancia, dirigido a niños de entre 6 y 10 años, que fue aprobado en la Asamblea Plenaria en marzo de 2008.

El texto se enviará a Roma para su *recognitio* y posteriormente se editará el Catecismo y se presentará a la opinión pública.

Con el “fin de promover la fe desde el aprecio a la Palabra de Dios”, la redacción y divulgación de este nuevo Catecismo es una acción contemplada en el vigente Plan Pastoral de la CEE, (2011-2015), que lleva por título “La nueva evangelización desde la Palabra de Dios. Por tu Palabra, echaré las redes (Lc 5,5)”.

La Asamblea ha aprobado el Documento *Iglesia Particular y Vida Consagrada. Cauces Operativos para facilitar las relaciones mutuas entre los Obispos y la Vida Consagrada en España*. Se hará público próximamente, una vez editado, ya con las sugerencias que los obispos han aportado en esta Asamblea.

Mensaje con motivo de la Beatificación del Año de la Fe

La Plenaria ha aprobado un Mensaje con motivo de la Beatificación del Año de la Fe. La ceremonia tendrá lugar en Tarragona el próximo 13 de octubre. Los obispos invitan a todos los católicos a participar con su presencia en Tarragona y, en todo caso, a unirse espiritualmente a este acontecimiento de gracia.

El Mensaje está dividido en cinco partes: los mártires, modelos en la confesión de la fe y principales intercesores; mártires del siglo XX en España beatificados en el Año de la fe; firmes y valientes testigos de la fe (lema de la Beatificación); una hora de gracia; y la Beatificación en Tarragona, donde se explica cómo en la ciudad tarraconense se conserva la tradición de los primeros mártires cristianos.

La beatificación de mártires del siglo XX en España es también una de las acciones que recoge el vigente Plan Pastoral de la CEE.

Otros temas del orden del día

En la Plenaria se ha informado sobre diversos asuntos de seguimiento, sobre las actividades de las distintas Comisiones Episcopales y sobre las actividades del IEME (Instituto Español de Misiones Extranjeras).

Se ha aprobado la traducción española de los Textos Litúrgicos para la celebración de la Fiesta de Nuestro Señor Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote; fiesta que después del Año Sacerdotal todas las conferencias episcopales pueden incluir en sus calendarios litúrgicos. En el Calendario Litúrgico español ya estaba incluida, pero ahora se celebrará con los nuevos textos que la Santa Sede ofrece a toda la Iglesia. El Leccionario I (Dominical y Festivo A) será previsiblemente estudiado de nuevo por la Plenaria del mes de noviembre.

Igualmente, está previsto que vuelvan a la próxima Plenaria las *Normas Básicas para la Formación de los Diáconos Permanentes en las diócesis españolas*, presentadas para su estudio por la Comisión Episcopal del Clero.

Por otra parte, se han aprobado las intenciones de la CEE para el Apostolado de la Oración (2014), que se unen a la intención pontificia y misional.

Aprobación de Asociaciones Nacionales

La Asamblea Plenaria ha aprobado la modificación de los Estatutos del *Movimiento Scout Católico*.